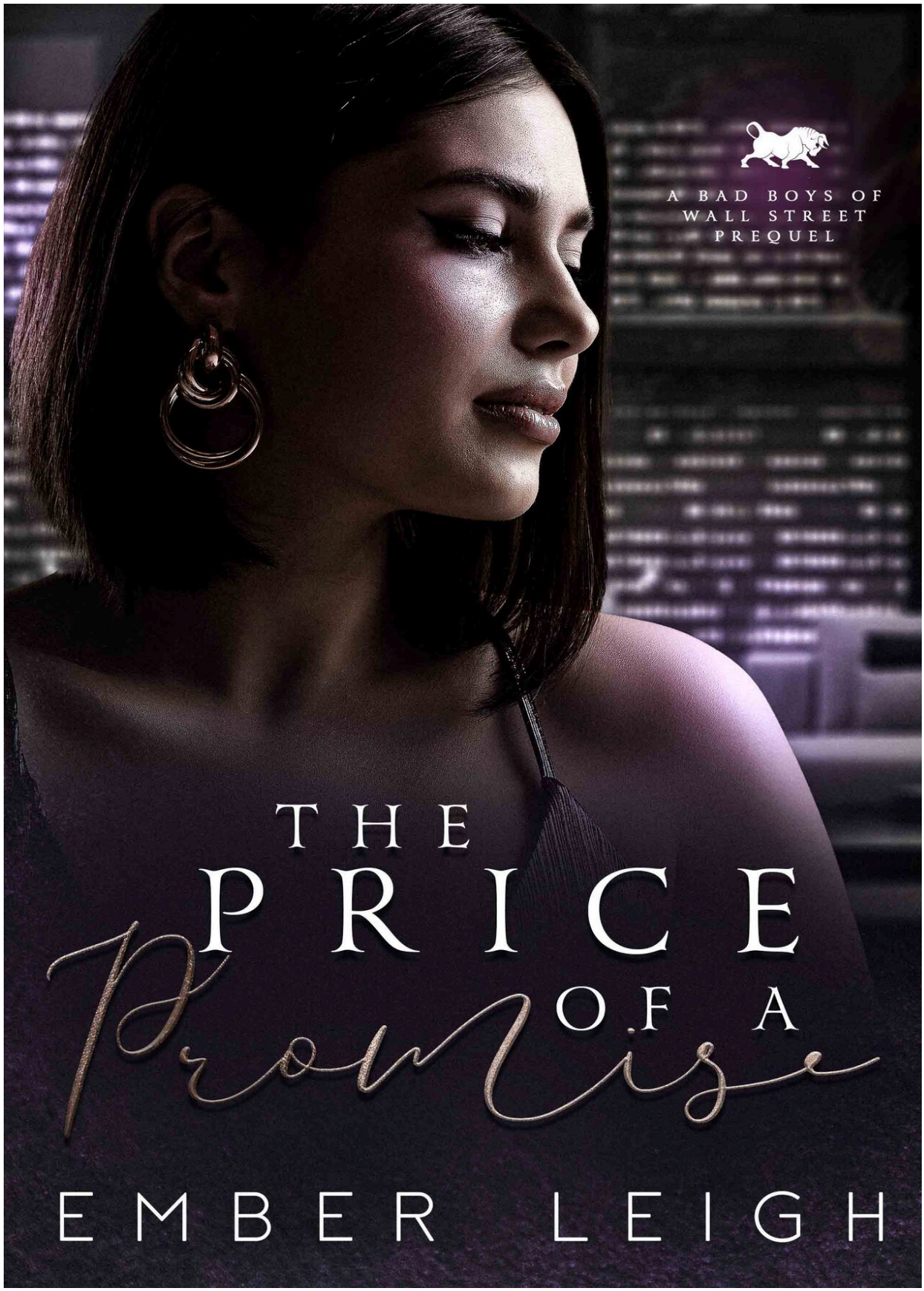

THE BAD BOYS
OF WALL STREET
El
Precio
de una
Promesa
EMBER LEIGH


A BAD BOYS OF WALL STREET PREQUEL
THE PRICE OF A Promise
EMBER LEIGH

El Precio de una Promesa

Los Chicos Malos de Wall Street: una Precuela

Ember Leigh

Copyright © 2022 por Ember Leigh

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna sin el permiso por escrito de la editorial o de la autora, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor de EE. UU.

Edición: Elisabeth Nelson

Portada: Covers by Combs

Maquetado con Atticus

emberleighauthor@gmail.com

Acerca de 'El precio de una promesa'

Su amor nunca tuvo una oportunidad...

Axel Fairchild es el eterno marginado, tanto en su programa de MBA de élite como en el mundo de las finanzas de Nueva York. Abrirse paso a base de encanto, desparpajo e inteligencia siempre le funcionó; y está a punto de rendir frutos a lo grande mientras se prepara para lanzar su propio negocio de finanzas con sus hermanos después de graduarse. Solo le queda una cosa en su lista de pendientes: arrancar al amor de su vida, Cora Margulis, de su familia controladora y manipuladora.

Cora ama la audaz seguridad de Axel y la forma en que pone de cabeza su privilegiado mundo. Él es una bocanada de aire fresco en el sofocante y exclusivo círculo en el que ha vivido toda su vida. A medida que se acerca el final de su programa de MBA y su padre la presiona para unirse a las filas de su imperio inmobiliario, Cora puede ver su vía de escape. El futuro más allá del lujoso mundo que siempre ha conocido la asusta, pero con Axel a su lado, sabe que pueden crear el futuro de sus sueños; juntos.

Pero la familia Margulis es famosa por doblegar a la gente a su voluntad a puerta cerrada. Cuanto más se acercan Axel y Cora a la graduación, más opresiva se vuelve la presión de la familia de Cora para que elija el camino correcto. Lo único que se interpone en el «y

vivieron felices para siempre» de Cora y Axel es Allan Margulis. Y no se detendrá hasta tener a Cora en el bolsillo y ver a Axel convertido en una ruina.

Contenidos

NOTA DE LA AUTORA
ADVERTENCIA DE CONTENIDO
CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE

AGRADECIMIENTOS
OTRAS OBRAS DE EMBER LEIGH

NOTA DE LA AUTORA

Multimillonarios. Chicos malos. Corazones sensibles. Estos inadaptados son conocidos como los Chicos Malos de Wall Street.

El Precio de una Promesa es la novela corta de precuela de la serie los Chicos Malos de Wall Street. Se recomienda leer esta serie en orden, ya que el drama es cronológico y se va acumulando a lo largo de los libros. Comienza este apasionado romance prohibido entre la rica heroína de NYC y el chico de Kentucky de origen humilde. Su historia de amor empieza en El Precio de una Promesa y concluye ocho años después en El Precio de la Venganza.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

-menciones de suicidio

CAPÍTULO UNO

AXEL

—Espera, Axel. Ya casi llego.

—¿Ah, sí? ¿Por donde están los góticos que tocan el acordeón o más arriba, con los punks veganos?

Cora se rio de esa manera que sonaba como el suspiro de los ángeles. A través del teléfono, podía oír el batir del océano en la Costa Oeste. —Los punks veganos.

—Mierda, nena. Sí que estás cerca.

La respiración entrecortada de Cora a través del teléfono se volvió más agitada. Apreté los párpados para poder imaginarla: caminando con dificultad por la arena de Venice Beach, entrecerrando los ojos ante el sol demasiado brillante de un día de noviembre en California, que según ella iba en contra de la naturaleza para la neoyorquina de pura cepa que era. Vivía en Stanford, pero le gustaba hacer el viaje a Los Ángeles de vez en cuando para ir de compras y a las playas.

—Apúrate, lindura —la regañé, sonriendo para mí mientras me sentaba en Coopers Beach, en los Hamptons. Esto era lo nuestro. La manera en que nos manteníamos conectados, a pesar de la abrumadora distancia. Cuatro mil kilómetros de distancia física no significaban nada si ambos estábamos en una playa frente al

océano. Era el vudú que nos mantenía juntos mientras sobrevivíamos a la escuela de posgrado en costas opuestas.

Visitas semanales a la playa y una que otra visita a través del país. Pero solo cuando podíamos encontrar la coartada adecuada.

—De acuerdo. Ya llegué. —Suspiró exageradamente y esta vez, la imaginé desplomándose en la arena. En mi mente, yo estaba allí con ella. Listo para atraparla, para rodearla con mis brazos y encontrar ese rincón perfecto que ella ocupaba en ellos. Ese que me permitía enterrar la cara en el costado de su exuberante melena color chocolate oscuro y embriagarme con su dulce aroma a clementina. Sostenerla así era la única forma de calmar mi corazón desbocado cuando la ansiedad me acechaba como un depredador. Cuando estaba en mis brazos, sentía que podía aferrarme con fuerza a las raíces de mi futuro; como si pudiera alzar la vista y ver florecer mi felicidad.

Una de las muchas maneras en que supe que Cora no solo era la indicada para mí, sino la única.

Planeaba decírselo pronto. En el momento en que llegara el anillo y yo pudiera juntar el dinero para volar hacia allá otra vez.

—Bien. —Apoyé los codos en las rodillas, con el teléfono pegado a mi oreja derecha mientras contemplaba las olas de cobalto que se agitaban bajo la neblina gris del atardecer. La brisa salada, a la vez húmeda y fría, me calaba los huesos, pero el suave murmullo de Cora me envolvía en su cálido abrazo—. Casi puedo verte.

—Sí. Creo que yo también puedo verte —dijo con una risa gutural. Tenía la voz ronca de una joven cantante de blues, etérea y erótica a la vez. Combinada con un cabello oscuro y brillante y unos ojos verde salvia que funcionaban como un puto desfibrilador, era para quedarse con la boca abierta. Una belleza total. Y cien por ciento mía.

—¿Cuántos dedos estoy levantando? —Levanté mi dedo índice. Esta mierda nunca nos aburría. Llevábamos un año y algunos meses en nuestras carreras de posgrado y necesitábamos cualquier cosa que minimizara el peso aplastante de la distancia.

—Dos.

Levanté mi dedo medio para unirlo al índice. —Correcto.

Su risa suave flotó a través de mí, disipando todo el estrés que había acumulado durante la semana. A los pocos segundos de empezar nuestras llamadas, todo en el mundo se sentía bien. Como si estuviéramos juntos en la playa.

—Me dirías que tengo razón aunque no tuvieras ni un dedo.

—Bueno, lindura, es porque siempre tienes la razón —le dije. Dejé caer una mano sobre la arena y comencé la búsqueda distraída de cristales de mar. El otro ritual importante de nuestras visitas a la playa.

—No siempre.

—Bueno, tienes razón en una cosa, al menos.

La sonrisa en su rostro era evidente en su voz. —¿Y cuál es?

—Estar conmigo.

Esta era la parte en la que la volvería a tomar en mis brazos y caeríamos sobre la arena y nos quedaríamos allí por un largo tiempo, posiblemente hasta el anochecer, o hasta que los góticos raros nos espantaran con su música de mierda de acordeón (si estuviéramos en Los Ángeles). Pero no podía y mi pecho palpitaba por la ausencia de su calor. El tiempo no estaba haciendo las cosas mejores ni más fáciles. De hecho, cada día adicional lejos de ella solo demostraba cuánto no quería una vida sin ella. Habíamos pasado nuestro tercer aniversario en costas opuestas, deseando podernos comer la boca a través de FaceTime. No quería que nuestro cuarto fuera más de lo mismo. Me ajusté más la chaqueta mientras un viento helado azotaba la playa.

—Te extraño, Axel.

Podía oír el profundo pozo de emoción en su voz. Mis mejillas se crisparon, atrapadas entre una sonrisa y una mueca. —Yo te extraño más. Iré para allá de nuevo pronto. Entonces podremos visitar esa otra playa que te gusta. ¿Cómo se llamaba? ¿Glass Beach?

Suspiró contenta. —Te encantará. Era una mina de oro para los cristales azul Axel. ¿Cuándo crees que puedas venir?

—En cuanto me paguen, compraré el boleto. —Se me hizo un nudo en la garganta y bajé la vista a la arena fina entre mis rodillas dobladas. Mi pasantía actualizando el plan de negocios de una empresa de tecnología con sede en Manhattan apenas pagaba las

cuentas. Vivía principalmente de dividendos de acciones, fondos de criptomonedas y puro ingenio. La verdad era que tenía que terminar de pagar su anillo antes de poder siquiera soñar con costear otro boleto de avión—. Y si eso no alcanza, recurriré a Trace.

Cora suspiró. —Déjame pagarlo con mi tarjeta de crédito…

—No. Tu papá se volverá loco si haces eso. No necesito que tenga más munición en mi contra.

Un pesado silencio resonó entre nosotros. Su padre acumulaba munición en mi contra como un preparacionista del fin del mundo. Necesitaba convencerlo de que se enfocara en un nuevo delirio, porque estaba a punto de cabrearlo pidiéndole matrimonio a su hija. Se iba a cabrear de todos modos; solo necesitaba asegurarme de que estuviera más del lado de la molestia fugaz en la escala, en lugar de la variedad de colapso nuclear.

El papá de Cora era el tipo de hombre que dejaría que su colapso nuclear se extendiera y afectara a la sociedad. Matando flora y fauna a su paso, dejando paisajes enteros estériles y radiactivos. El hombre era dueño de un imperio inmobiliario que hacía salivar a los jeques. Tenía recursos a su disposición con los que yo solo había soñado. El tipo de dinero que llevaba a la perplejidad real y profunda de Cora cuando empezamos a salir y descubrió que yo tenía un trabajo. *¿Por qué diablos trabajarías durante la universidad?*, me había preguntado. Su ingenuidad de cuna de oro fue solo la primera del millón de diferencias entre nuestras crianzas.

Pero la profundidad de nuestra conexión —nuestro amor— superaba todas las diferencias. Ni siquiera el hecho de que su padre se acercara cada vez más al estado radiactivo importaba.

Cora era mía; yo era suyo. Ambos lo sabíamos y no importaba lo que él pensara.

—Puedo volver al este —soltó Cora después de que nuestro silencio se hubiera fundido con el murmullo de las olas en nuestras respectivas costas.

—Quiere que te concentres en la escuela. —Esa era la excusa que su padre siempre tenía cuando ella quería volar a casa para una visita. Allan insistía en ir a California cada vez que Cora quería verlos. El hombre era dueño de una propiedad en Los Ángeles, que

era donde Cora se quedaba cada vez que hacía el viaje desde la universidad a Venice Beach. Pero también era dueño de la casa actual de Cora en Stanford, así como de una cantidad incalculable de otras propiedades dondequiera que posara la vista. Cora podía quedarse donde quisiera, a donde quisiera ir. Sabía leer entre líneas. Su objetivo expreso era evitar que Cora me viera *a mí*.

—Axel, puedo simplemente comprar el boleto. Que despotrique y patalee. No me importa.

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Siempre había sospechado que encontraría a la mejor mujer del mundo para tener a mi lado. Solo que no sabía que sería tan genial como para lanzarse de cabeza a un desastre radiactivo por mí.

—Sabes que se va a enojar…

—No me importa. Que se enoje. Esta mierda de la larga distancia me está matando.

Mis dedos tocaron un fragmento de cristal de playa, exactamente lo que había estado buscando. Recogí el suave remanente. Brillaba con un azul traslúcido en el día gris. —¿Qué tan enojado se pondrá cuando empecemos a tener hijos?

Se rio suavemente. Quizá sonó un poco triste. —Los querrá de todos modos. Sé que lo hará.

Estudié el bonito cristal de mar antes de tirarlo. No era el correcto. Tenía que ser verde, una mezcla de esmeralda y musgo. Para que hiciera juego con los ojos de Cora. Pasé mis dedos por la arena de nuevo, buscando la siguiente pieza. —¿Qué tan enojado estará cuando nos casemos?

Todo mi cuerpo estaba tenso, esperando su respuesta. No tenía idea de que el anillo estaba en camino. Ni idea de que planeaba pedírselo en cuestión de meses, no de años. Ni idea de que físicamente no podía esperar más de lo necesario para saber que ella sería mi esposa algún día.

Su silencio se sintió como una eternidad. Finalmente, dijo: —No lo suficiente como para no venir a la boda.

—¿Tú crees? —Mis dedos tocaron otra pieza de cristal de mar. Transparente. La tiré.

—¿Cómo podría perderse la boda de su única hija viva?

Tenía fe en su viejo. Yo, sin embargo, no. —Más le vale, carajo. —Mis dedos volvieron a la arena.

—Tenemos mucho tiempo para que se haga a todas estas ideas —dijo Cora.

Excepto que no lo teníamos. No ahora. No cuando mi propuesta de matrimonio traqueteaba dentro de mí como partículas de energía dentro del Colisionador de Hadrones. Esta mierda iba a estallar. Una vez que el anillo llegara, se acabaría el juego. Llevaba meses acechando el anillo de compromiso perfecto y me había lanzado sobre él como un león en el puto Serengueti cuando lo encontré: el perfecto corte de pera con halo entrelazado para mi Cora.

El sonido de la música de acordeón subió de volumen en el fondo desde el lado de Cora. Me reí, recordando lo raros que eran esos artistas la última vez que visité Venice Beach. Unos tipos góticos en zancos tocando a Ariana Grande en un maldito acordeón. Nunca vi una mierda así mientras crecía en las afueras rurales de Louisville. Aunque había un montón de mierda que no vi mientras crecía en la zona rural de Kentucky. Y algunas cosas que desearía no haber visto nunca.

Pero habíamos descubierto hilos que nos ataban a Cora y a mí con fuerza, como un par de zapatillas para correr. Ambos estábamos en la categoría del "hermano sobreviviente". Una designación que ninguno de los dos quiso jamás. Pero había una diferencia crucial.

Ella sabía cómo murió su hermano. Yo nunca sabría a dónde fue mi hermana ni qué tipo de miseria la acompañó hasta sus últimos días.

—Uy, creo que encontré tus ojos. —La emoción entrecortada de Cora me hizo animarme. Siempre había una carrera no reconocida para ver quién podía encontrar primero el color de ojos del otro en los cristales de mar. Recogíamos los cristales, los guardábamos como un homenaje a nuestro amor. Diez piezas de un verde musgo profundo e igualmente hermosas estaban guardadas en el apartamento que compartía con mis hermanos. Era una de las pocas cosas que no sabían de mí y me gustaba que Cora tuviera una parte de mí a la que ni siquiera mis dos mejores amigos —mis hermanos— podían acceder. Cora guardaba sus cristales de mar azul Axel en una

bolsa de terciopelo que escondía en su cajón de lencería sin otra razón que pensar que a mí me gustaría estar junto a sus bragas. Y créeme, de verdad me gustaba que los cristales de mar inspirados en Axel vivieran con sus bragas.

—¿Es igual? —pregunté.

—Sí. Creo que sí. —La sonrisa era evidente en su voz. Justo en ese momento, mis dedos tocaron otra pieza. Perfectamente esmeralda y musgo, con un toque de transparencia que la convertía en una candidata segura para añadir a mi colección.

—Yo también encontré tus ojos, nena.

Tarareó felizmente. —¿Ves? Es Dios haciéndonos saber que la distancia no significa nada cuando se trata de nuestro amor.

No creía en la parte de Dios, pero sí que creía en el resto. —La distancia… el tiempo… nada puede interponerse entre nosotros.

Las palabras sonaron como un edicto, reforzando la verdad para que ninguno de los dos la olvidara. Para que se convirtiera en un arma que ambos pudiéramos empuñar en la guerra que seguramente se desataría pronto.

Porque no importaba cuánto nos amáramos, no importaba cuán cerca estuviéramos de nuestros MBA, solo una cosa tenía realmente la posibilidad de interponerse entre nosotros.

Allan Margulis y su férreo control sobre su hija.

CAPÍTULO DOS

CORA

Las nubes se arremolinan.

Notas de pino danzan en el aire. Axel está cerca.

Su risa ronca se enreda en mí. Su sonrisa arrogante aparece sobre mi rostro. Está perfilado por el borde de un cumulonimbo y la seguridad en sí mismo. La suavidad aterciopelada de sus besos me consume.

—¿Te casarías conmigo?

Por supuesto que sí. Quiero decirlo. Mi corazón se muere por decirlo. Pero no puedo mover los labios. Los hermosos rasgos de Axel se crispan, llenos de confusión.

Suena una alarma, advirtiéndome de la decisión que tengo que tomar.

Me incorporé de golpe en la cama, con el pánico recorriéndome las venas. La alarma, al menos, no era un sueño. Mi teléfono sonaba junto a mi cama, pero Axel no estaba cerca; estaba en Nueva York. A un mundo de distancia. Demasiados kilómetros, y sentía cada uno de ellos en cada aliento que tomaba sin tenerlo cerca.

Busqué a tientas el teléfono, la propuesta de Axel pesándome mucho. No me había pedido que me casara con él en la vida real, pero soñaba casi todas las noches con su propuesta. Simplemente

hablábamos del matrimonio como algo inevitable. De la misma manera que nuestros MBA eran inevitables. De la misma manera que era inevitable que Axel eligiera la pizza de pepperoni por encima de todas las demás variedades.

De la misma manera que mi decisión sobre el negocio familiar era inevitable.

Respiré hondo cuando vi quién llamaba: mi padre. Me aclaré la garganta antes de contestar, tratando de ocultar la evidencia de somnolencia en mi voz por haberme quedado dormida después de mi clase de pilates de la mañana.

—Hola, papá —dije, forzando un tono alegre en mi voz.

—Cora, mi bichito. —La voz ruda de mi padre contrastaba con el apodo cariñoso. Mi padre siempre tenía una intención oculta, y la elección de sus palabras no era una excepción. Tenía tan pocos gestos tiernos para las mujeres de su vida que, cuando empleaba la dulzura, esta trabajaba para él más duro que cualquiera de sus empleados—. Hablemos de horarios.

—Por supuesto. —Bajé los pies de la cama y me dirigí hacia mi agenda abandonada en la sala de mi condominio. La calidez que había sentido por el poco frecuente apelativo se desvanecía rápidamente—. ¿Cómo está?

—Hablemos del próximo fin de semana.

Pasé a las páginas correspondientes mientras la familiar frialdad se extendía por mi pecho. —Está bien.

—Se te ha ofrecido una oportunidad emocionante. Una que sería un descuido de tu parte dejar pasar.

¿Emocionante para quién? Mi mirada se posó en los espacios en blanco del próximo fin de semana. Mi curso de mentes maestras del viernes por la tarde era lo único que estaba escrito allí. El espacio en blanco contenía las únicas constantes en mi vida: *estudiar* y *videollamada con Axel.*

—¿Qué es?

—Una asociación, y un camino hacia el futuro.

La frialdad en mi pecho se convirtió en hierro. Mis ojos se cerraron por un instante. —A ver, dígame.

—La junta directiva y yo hemos estado trabajando en la planificación a largo plazo de la compañía. Obviamente, no puedo ser el director ejecutivo para siempre. Y aunque todavía falta al menos una década, estoy pensando en lo que sucederá después de mi jubilación. De todas las opciones disponibles, solo hay una que me interesa, y esa es con mi Cora, mi bichito, al timón.

Agradecí que no pudiera verme, ya que estaba segura de que mi cara delataría mi conflicto. Llevaba evitando esta conversación desde la preparatoria. Cada día en la escuela de posgrado me acercaba más al punto de no retorno.

Dirigir el negocio familiar se sentía inevitable. Mi padre lo esperaba de mí. Pero yo había evitado el tema discretamente durante años, negándome a dar respuestas firmes hasta que pudiera descifrar qué era lo que tenía sentido.

El único problema era que no estaba segura de cuándo algo iba a tener sentido. No quería dirigir el negocio en absoluto. Pero lo que quería hacer —escaparme con Axel y crear una *start-up* juntos— era lo único que mi padre casi con toda seguridad nunca permitiría. No solo lo despreciaría. Se negaría a verlo por completo.

—La junta y yo hemos decidido que es hora de diversificar. Tenemos el ojo puesto en algunas industrias diferentes, pero cualquier movimiento que haga será pensando en usted. Esto no es solo mi legado. Es su futuro.

¿Realmente creía que existía una alternativa? Había estado planeando que mi hermano se hiciera cargo del negocio desde que Chris nació. Una vez que mi hermano se quitó la vida, me convertí en la reemplazante, en la futura directora ejecutiva de facto. La única persona que quería para el puesto, porque su primera opción se había suicidado. ¿Cómo podría alejarme de eso?

Pero las dudas no hacían más que aumentar. Solo estaba ganando tiempo, esperando que un plan de salida se hiciera evidente. Una oportunidad que satisficiera a mis padres *y* mis deseos internos.

Mi padre continuó. —Los Rossberg solicitaron una reunión con nosotros tres. Tienen curiosidad por sus cursos de innovación social en Stanford y yo tengo curiosidad por su apertura a ciertas alianzas comerciales en el futuro.

Sus palabras cayeron como un martillo. Ahí estaba. La intención oculta a la vista de todos. Los Rossberg eran una de las únicas familias más ricas que nosotros en la Costa Este. Magnates de la industria aérea con aspiraciones evidentes de cultivar un programa activo de viajes espaciales. Y el hijo mayor de los Rossberg, Eli, estaba en mi programa de MBA en Stanford. Una de las muchas familias que viajaban constantemente entre Nueva York y California.

—¿Quiere fusionar las compañías? —Las palabras se me atascaron en la garganta. No había forma de que mi padre pudiera planear una fusión de este lado si no tenía una moneda de cambio. Tragué saliva, estudiando los recuadros en blanco de mi fin de semana. Eli había dejado claro que estaba interesado en mí. Pero yo le había dejado aún más claro que tenía novio.

—Me gustaría fusionar más que eso.

Apreté los párpados con fuerza. *Yo soy la moneda de cambio.* —¿Como qué?

—Fusionar las familias.

Se me escapó una risa amarga. —Si está planeando un matrimonio arreglado, dígalo sin rodeos.

—Oh, vamos. No sea vulgar. Estamos en el siglo XXI, Cora.

—Claro. Entonces, ¿cómo lo llamaría? En términos del siglo XXI.

—Esta es una oportunidad de negocios. Una que se traducirá en una oportunidad *de vida*. Eso es todo. No necesita ser tan malditamente dramática.

Las lágrimas asomaron a mis ojos, pero no cayeron. Ya nunca caían. Hacía mucho que había aprendido a controlar mis reacciones, pero aun así, la virulencia en su voz me arrastró al pasado. De vuelta a la infancia, cuando tanto mi hermano como yo recibimos demasiadas de esas bofetadas verbales para contarlas. Yo siempre era *demasiado malditamente dramática* porque me atrevía a mostrar emociones y era rápida para llorar. Mi hermano había sido *demasiado malditamente afeminado* porque le encantaba el teatro y tenía un amor secreto por todo lo relacionado con las artes escénicas. Poco sabíamos entonces que las *emociones* y las *salidas creativas* no tenían cabida en la dinastía Margulis.

—No estoy siendo dramática. De hecho, creo que estoy siendo bastante directa. Dígame qué quiere de mí antes de que decida si lo hago o no.

—Esta es su decisión, Cora. Sabe que nunca la obligaría a hacer algo que no quiera hacer. Solo le estoy ofreciendo una oportunidad para hacer grandes cosas con su vida. Como siempre he hecho. Porque soy su padre.

Se me hizo un nudo en la garganta y volví a mirar los recuadros en blanco. Eran la única ancla que tenía en estas aguas turbulentas. Este era un huracán que siempre se formaba con mis padres. Control bajo el disfraz de *ayudarme.*

—¿Qué pasa si no quiero una fusión con Eli? —pregunto, incapaz de mantener la emoción fuera de mi voz. Ni siquiera quería mencionar a Axel ahora, aunque mi padre era más que consciente de que tenía novio.

—Yo diría que es demasiado pronto para tomar una decisión. ¿Por qué no evalúa todos los hechos antes de cerrarle la puerta? No querrá que sus emociones nublen su juicio. Algunas puertas no se pueden volver a abrir una vez que se cierran.

Un cóctel familiar de emociones se apoderó de mí. Una frustración candente, junto con una rabia inexpresable que simplemente hervía detrás de mis costillas. Una lágrima se escapó de mi ojo, y la sequé como si mi padre pudiera sentirla de alguna manera.

—Le enviaré los detalles de la reunión —continuó mi padre, con su tono totalmente empresarial irritándome—. Quieren reunirse en Nueva York este fin de semana. Prepararé el plan de vuelo si me da luz verde.

La emoción brotó en medio del conflicto. —¿Por qué en Nueva York?

—Viven aquí, usted lo sabe.

—Sí, pero Eli y yo estamos en la costa oeste.

—Ya se lo dije. Esta es una oportunidad de negocios que se traducirá en una oportunidad de vida. Ellos quieren la reunión, así que lo hacemos en sus términos.

No estaba segura de qué otra manera podría ver a Axel pronto si no fuera por este viaje autorizado. Me ahorraría la molestia de

inventar varias excusas hasta dar con una que a mi padre le pareciera aceptable.

No *quería* hacerlo, pero… si aceptaba la reunión, podría llenar a mi hombre de suficientes besos para aguantar unas semanas más. Nos habíamos perdido nuestro tercer aniversario por este constante desafío logístico. Teníamos que compensar algunas celebraciones.

—Iré —solté, antes de poder pensarlo mejor.

—¿Vendrá? —Incluso mi padre sonaba sorprendido.

—Sí. —Tragué un nudo en mi garganta. Ver a Axel una noche entera y parte de un día valía la pena soportar esta reunión. Ya encontraría la manera de manejar el ángulo de la «fusión» más tarde. Después de poder decirle a mi novio que lo amaba en persona, y que encontraríamos alguna manera de hacer que nuestro futuro funcionara—. Me gustaría el último vuelo del jueves por la noche, por favor.

—Excelente. Haré los arreglos para que un chofer la recoja en el aeropuerto.

El pánico se apoderó de mí al darme cuenta de lo que eso significaba. Si Vince, el chofer de mi padre, me interceptaba en el lado del aeropuerto para jets privados, mis posibilidades de escaparme para encontrarme con Axel se reducían a cero. Los jets privados que usábamos para transportarnos entre California y Nueva York siempre estaban disponibles con unos días de antelación. Pero no tanto en el último minuto.

—De hecho, espere —solté—. Eso no funcionará. Déjeme revisar mi agenda y yo me encargo del plan de vuelo. Quizás quiera ir antes.

—¿No perderá clases?

—Es trabajo en grupo esta semana, así que tengo algo de flexibilidad. —Mi corazón martilleaba en mi pecho. Necesitaba encontrar una manera de conseguir un boleto de primera clase en un vuelo comercial. Ese era el plan B, cuando el horario del jet privado no cuadraba con el nuestro. Mi padre odiaba enviarme en vuelos comerciales, pero a mí no me importaba. Creo que odiaba la pérdida de control más que nada. Pero eso era precisamente por lo que lo necesitaba para este viaje.

—Si espera hasta el viernes, puede asistir a clase *y* llegar a tiempo para la reunión —dijo mi padre.

Pero eso tampoco funcionaría. Necesitaba el viernes con Axel. A como diera lugar. —Solo quiero llegar a Nueva York con tiempo para prepararme para la reunión. Esto es algo importante. Una gran oportunidad. —Me pasé la lengua por los labios secos. Recé para que se tragara el cuento que le estaba soltando—. Consultaré mi agenda y resolveré algunas cosas con mi grupo, y luego podré encargarme del plan de vuelo. No se preocupe por eso.

Cerré la boca de golpe antes de poder decir algo más. Porque mi padre no necesitaba escuchar lo que resonaba dentro de mi cabeza.

Nada me impedirá ver a Axel.

CAPÍTULO TRES

AXEL

—¿Alguna vez vas a soltar esa cosa?

Trace acompañó sus palabras con ese arqueo de ceja condescendiente que sabía que me sacaba de quicio. Apreté con más fuerza la caja del anillo en la palma de mi mano y le lancé la mirada más fulminante que pude.

—¿Alguna vez vas a dejar de ser tan fastidioso?

—¿Ustedes dos van a dejar de ser ridículos alguna vez? —entonó Damian desde la cocina, que apenas era un área separada en nuestro armario de Manhattan donde apenas se podía respirar y que llamábamos hogar. Incluso entre los tres, el alquiler era tan caro que vender un órgano no era una idea del todo descabellada.

—¿Y ustedes dos van a dejar de hacer preguntas alguna vez? —repliqué. El silencio se extendió por el apartamento mientras todos nos dedicábamos sonrisas de suficiencia por turnos.

—Apuesto a que vas a dormir con eso debajo de la almohada esta noche —dijo finalmente Trace.

—Vete a la mierda —le solté, señalándolo donde estaba acostado en el sofá de dos plazas, con un libro de texto abierto sobre las piernas—. Lo haré.

—Deberíamos llamarlo el Portador del Anillo —murmuró Damian mientras se dirigía perezosamente hacia el sillón reclinable de nuestra sala. De nuevo, no era tanto una *sala* como un *área general en la que ocurrían todas las actividades*. Aunque este lugar era una mejora con respecto a nuestro apartamento durante los años de pregrado en Columbia. En aquel entonces, teníamos un auténtico monoambiente, con paredes imaginarias y una sábana como puerta del baño. Ahora, teníamos uno de dos dormitorios y nos turnábamos para compartir el segundo cada pocos meses. Un lujo, compartir habitación con tus hermanos solo la mitad del año.

—Qué gracioso —repliqué—. Aunque yo planeo ser el novio. ¿Quizás uno de ustedes podría ser el paje?

Mis hermanos llevaban aproximadamente un año fastidiándome por la compra de este anillo. Sabían lo mucho que significaba para mí, pero por supuesto, ninguna oportunidad para las bromas podía dejarse pasar entre hermanos.

—Yo voto por Damian, con su insaciable apetito por la interacción humana —bromeó Trace mientras Damian se acomodaba en el gastado sillón reclinable marrón que miraba hacia la cocina. Damian levantó la comisura del labio; sus gafas redondas de montura de alambre lo hacían parecer un nerd informático de los noventa al estilo de un joven Bill Gates. Pero con mucho mejor pelo.

—Preferiría estar programando, gracias. —Cuando tanto la mirada de Trace como la mía cayeron sobre Damian, añadió—: Pero obviamente me tomaría un descanso para ir a la boda.

—Más te vale —le advertí—. Pero en cuanto empieces a divertirte, tienes que irte. Porque no se puede pillar a ningún hermano mío, nerd y solitario, pasándoselo bien.

Damian intentó lanzarme una mirada fulminante, pero una sonrisa se dibujó en sus labios, rompiendo la fachada.

—Depende de dónde la celebres —dijo Damian, pasándose una mano por sus mechones castaños color miel—. Si apuntas a una boda en una iglesia, creo que podemos dar por hecho que nadie se lo pasará bien.

Trace le dio una patada a Damian en la rodilla, lo que provocó un ceño fruncido.

—Creo que la respuesta correcta es: «Hermano, me lo pasaré bien en tu boda sin importar dónde sea» —corrigió Trace.

—Eso espero, joder —dije, echando un último vistazo a la caja. Una constelación de diamantes increíblemente caros me guiñó un ojo, enviando otra sacudida de emoción a través de mí. Todavía no tenía un plan, y mucho menos un plazo. Demonios, no sabía si acabaríamos teniendo una boda en una iglesia. Solo sabía que iba a pedirle a Cora que se casara conmigo la próxima vez que la viera, lo que probablemente no sería hasta dentro de unos meses.

Tenía tiempo para planificar. Y por eso, la proposición sería perfecta. No me conformaría con menos.

Mi teléfono vibró en el bolsillo profundo de mis pantalones de chándal negros. Supe que era Cora incluso antes de mirarlo. Mi cuerpo tenía una forma de alertarme cuando ella llamaba o enviaba un mensaje. Era un poco raro, pero nunca me equivocaba.

—¿Qué tal, vaquera? —dije al teléfono, sin dejar de mirar el anillo. *Vaquera* era uno de mis apodos preferidos para ella, nacido de un viaje particularmente dulce y sexy que hicimos a Kentucky el año pasado. Dulce porque conoció a mamá Deb y papá Gary, y sexy porque me la follé hasta el agotamiento en los acres traseros de la granja de mis padres bajo la luz de la luna llena. Ella había quedado maravillada por la pura ruralidad de la casa de mis padres: las amplias franjas de campos de heno, las onduladas granjas de caballos, la forma en que los tractores compartían las carreteras con los coches. La llamé vaquera una vez mientras se reía a carcajadas en el gallinero, y el apodo se quedó.

—Ah, es Cora —dijo Trace de la misma manera que siempre lo hacía: una combinación de gruñido y anuncio.

Cora rio desde el otro lado del país. —¿Hola, nene? ¿Es un buen momento?

—Lo es. Pero déjame cambiarme de sitio. —Me dirigí a mi dormitorio; yo era el afortunado en ese momento que no tenía que compartir—. Váyanse a la mierda —grité por encima del hombro antes de cerrar la puerta de una patada—. ¿Por dónde íbamos?

—Creo que estabas a punto de decirme cuánto me extrañabas —ronroneó al teléfono.

Puse el teléfono en altavoz y lo lancé sobre mi cama mientras me ponía a buscar el lugar de descanso perfecto para la caja del anillo. —Es curioso que lo menciones, porque me estaba dando cuenta de que no hay palabras en el idioma español que se acerquen a describirlo.

—¿Ni una?

—Las que existen apenas rozan la superficie de lo mucho que te extraño —le dije mientras observaba los estantes de mi biblioteca. Había demasiado espacio allí; podría verlo mientras holgazaneaba en mi cama. No, este escondite tenía que ser sólido como una roca. Sólido como un *diamante*.

—¿Así que qué vas a hacer? ¿Simplemente aceptar el destino que el idioma español te ha dado?

Sonreí tan ampliamente que me dolieron las mejillas. —Cariño, me encanta cuando hablas así.

—¿Así cómo?

—Como uno de los jueces de *Shark Tank*.

Se echó a reír, y el matiz ronco de su risa hizo que se me hinchara tanto el corazón *como* la polla. —Podemos agradecerle a mi padre por eso.

Yo no quería agradecerle nada. Un magnate de los negocios digno de unirse al elenco de *Shark Tank*; esa era una de las únicas buenas cualidades que le concedería a ese hombre.

—Por eso, y por traerte al mundo. Pero eso es todo.

Cora suspiró profundamente, aunque no pude saber si transmitía molestia o acuerdo. Probablemente ambos. —Bueno, no lo condenemos todavía. Después de todo, me va a subir a un avión a Nueva York este fin de semana.

Un sonido ahogado me bloqueó las vías respiratorias. Mis dedos agarraron reflexivamente la caja del anillo mientras una tos me desgarraba. —¿Perdón?

—No te ahogues y te mueras antes de que pueda verte.

—No te preocupes, nena. Incluso si muriera, sabes que te perseguiría hasta que te corrieras.

Esa risa ronca me estremeció de nuevo, provocando otra sonrisa que no podría haber borrado de mi cara ni aunque lo intentara.

—Dios, te amo —dijo Cora.

—Yo te amo más. ¿Y cuál es la ocasión especial? ¿Alguien se casa? —Golpeé la caja del anillo contra mi frente mientras mi cerebro comenzaba a dividirse para conquistar los nuevos desafíos que tenía delante. Pensaba que tenía meses para planear la proposición perfecta. Ahora ella estaría en mis brazos en cuestión de días, y yo no estaba preparado.

Pero iba a seguir adelante. Por Dios, iba a pedirle a esta mujer que se casara conmigo cuando la viera.

Se rio suavemente, pero sonó sin humor. —Ah… no. Bueno, seguro que a mi padre le encantaría que hubiera una boda. Pero no.

—¿Qué?

Empezó a decir algo y luego se detuvo.

—Cora. —Fijé la vista en la pared del fondo de la habitación, donde mi póster de Elon Musk mantenía una vigilancia eterna sobre mis pertenencias—. ¿Qué significa eso?

—No significa nada.

—¿Qué carajo *significa*? —Odiaba cuando se hacía la misteriosa así. A menudo, su boca era más rápida que su cerebro, y yo podía leerla como un libro abierto. Así que cuando intentaba esquivar un comentario como ese, tenía que escarbar.

Cuando un largo suspiro salió de ella, supe que mi pala había dado con oro. —Organizó una reunión entre los Rossberg y yo.

Conocía ese apellido; sabía que lo conocía, de la misma manera que la gente menos culta conoce el apellido *Rockefeller* sin estar del todo segura de por qué. —¿Para qué?

—No lo sé. Posibles colaboraciones de negocios, ahora que Eli y yo nos graduamos pronto…

Eli. La bombilla se encendió, pero iluminó una imagen que no quería ver ni en pintura. —¿Tú y Eli, eh? —Sabía que ella y ese cabrón de cuello blanco iban juntos a Stanford. Me lo había encontrado una vez en un evento de caridad, uno de los pocos eventos en su mundo a los que el padre de Cora le había permitido llevarme. Quizás «permitido» no era la palabra correcta. Me había colado, y desde entonces me habían vetado discretamente. Eli había sido un desastre asqueroso y adulador —pelo engominado,

condescendencia arrugándole las comisuras de los ojos, una especie de desdén aburrido que acentuaba cada uno de sus murmullos y movimientos—, incluso a sus veintitantos años.

Recordaba esta mierda porque era jodidamente común en los círculos de élite. Mis hermanos y yo incluso teníamos una tarjeta de bingo para las señales más ostentosas de que estábamos tratando con ricos imbéciles y su calaña. Usar la palabra «calaña», irónicamente, estaba en la tarjeta de bingo.

—Estamos en el mismo programa…

—Lo sé. —Apreté la caja del anillo, un millón de preguntas diferentes brotando dentro de mí. Las presiones contradictorias crearon un ambiente peligroso debajo de mi caja torácica—. Entonces, lo de la boda… ¿tu padre quiere que te cases con él?

—Yo… creo que sí.

Un largo silencio se extendió entre nosotros, y sentí náuseas. Por supuesto que su padre quería que se casara con Eli. No me sorprendía. En la lista de posibles prometidos, cualquiera con un plan de jubilación ya estaba en la fila antes que yo. Pero al frente de la fila estaba cualquiera que se viera, hablara y actuara como Eli. El premio gordo por venir con dinero de familia.

No, lo que me cayó como una patada sorpresa en las pelotas fue el hecho de que su padre estuviera tejiendo el negocio de los Rossberg en el futuro de Cora. Esto era una oportunidad, fuera lo que fuera. Y tenía la funesta sospecha de que, de lo que sea que quisieran hablar, incluiría un futuro dorado y mucho dinero.

A Cora podría costarle decir que *no*.

—Entonces, ¿cuándo le vas a decir que el único hombre con el que te vas a casar soy yo?

Se rio, pero sonó triste. —Bueno, supongo que un buen momento sería una vez que alguien haga la pregunta…

Apreté los dientes, mirando la caja del anillo en mi mano. ¿Lo sabía? ¿Podía *sentir* que sostenía este anillo de compromiso? Intenté que la diversión no se notara en mi voz, para que nada me delatara. —¿En serio, Cora? ¿Cuándo va a aceptar que estamos juntos?

—No lo sé. ¿Cuando termines tu maestría? ¿Después de tu primer millón? Sabes, podrías acelerar el proceso y simplemente ir a

trabajar para él.

Una risa amarga se me escapó, una que no pude controlar. —Cora, te amo, pero...

—¿Pero qué? —El tono mordaz de su voz me dijo que estábamos entrando en terreno nuevo. Nunca hablábamos de que yo trabajara para Allan, porque era una idea que no podía existir en el mundo real. Así como los dinosaurios nunca reencarnarían usando zapatillas Chuck Taylor y tocando música de los White Stripes, yo nunca pasaría ni un solo momento de mi vida siendo el perrito faldero de Allan.

—Hay otras opciones —me apresuré a añadir. No quería decir *«pero no te amo tanto»*, porque no era verdad. A la hora de la verdad, haría cualquier cosa para que Cora fuera mía. Por mucho que me hiciera el duro, sabía que pasar un tiempo como el perrito faldero de Allan era una posibilidad, pero solo si era la última opción.

Simplemente me aseguraría de que ese resultado nunca llegara.

Cuando se quedó en silencio más tiempo del que me gustaba, añadí: —Mis hermanos y yo vamos a empezar nuestro negocio. Como lo hemos planeado durante años. Trace ya tiene una pista sobre algunos clientes potenciales, y si podemos conseguir diez clientes de entrada, me aseguraré de que esos diez se conviertan en veinte. Veinte en cincuenta. Cincuenta en cien. Y muy pronto tu papá estará tocando a *mi* puerta para que le gestione su dinero.

—Lo sé. Creo en su negocio. Pero sabes que hay otras rutas que no... tardarán tanto.

Sentí que se me erizaba el vello. Estaba acostumbrado a que todo el puto mundo dudara de mí, pero no mi Cora. —¿Que tardarán tanto, eh?

—Empezar un nuevo negocio lleva tiempo. Requiere capital.

—No me jodas.

—No me hables en ese tono, Axel. Solo estoy siendo realista. Tú fuiste quien me preguntó qué se necesitaría. Bueno, ya te lo dije.

Apreté de nuevo la caja del anillo, la ansiedad revolviéndose junto con la frustración. —No quise ser así. *Él* me cabrea, no tú.

Se rio tan suavemente que sonó como un suspiro. —Lo sé, cariño. Y creo en tu negocio. Lo apoyo. Pero puedes hacer otras cosas antes

de convertirte en millonario.

Abrí de golpe la caja de terciopelo negro, mirando los brillantes diamantes que flotaban sobre la banda de oro. Quizá tenía razón. Quizá la única manera de ponerle este anillo en el dedo era aguantármela y convertirme en el perrito faldero de Allan.

Ella llevó la conversación a temas más seguros: los deberes de la universidad, anécdotas divertidas del día, recuerdos de la última vez que la había hecho venirse. Hablamos hasta que empezó su siguiente clase, y luego me quedé mirando a Elon Musk, agarrando la caja de terciopelo del anillo con más fuerza que si esperara que Allan entrara aquí y me la arrancara de las manos.

—Chicos. —Empujé la puerta de mi cuarto, yendo directo hacia mis hermanos—. ¿Tienen un minuto? —La conversación con Cora retumbaba dentro de mí, como el traqueteo de advertencia del bastón con una calavera de un hechicero. Esto tenía que ser abordado. Si no, un veneno secreto podría echar raíces y yo me pudriría por dentro.

—¿Qué pasa? —Trace levantó la vista de su libro; Damian hizo a un lado su computadora portátil sin decir palabra, la señal más clara que sabía dar de que estaba escuchando.

—Me dirían si proponerle matrimonio a Cora es una mala idea, ¿verdad? —Todavía agarraba la caja del anillo. Podría no soltarla nunca—. Con lo que su padre siente por nosotros y todo eso.

Unas miradas indescifrables se instalaron en sus rostros. Y esa mierda no me gustó ni un poco.

—Acabo de hablar con Cora y me soltó la idea de que quizá necesite ir a trabajar para Allan para... ya saben...

—¿Conseguir un «sí»? —terminó Trace por mí.

—Cora dirá que sí, trabaje para su padre o no —dije.

—Me refiero a conseguir un «sí» de *él* —aclaró Trace.

Le dediqué una sonrisa fulminante. —No le voy a pedir su bendición.

—¿Por qué no? —preguntó Damian.

—Sí, probablemente te vendría bien ganarte su favor —dijo Trace, arrojando su libro sobre la desvencijada mesa de centro.

—Si le pido su bendición, me dirá que no. Además, aparentar no me serviría para ganarme su favor. Solo le dice que su opinión importa, y no es así.

El silencio se extendió por la sala, la primera señal de que mis hermanos no estaban de acuerdo conmigo. Habían desarrollado esa molesta costumbre a lo largo de los años. Cuando yo preferiría que salieran a pelear conmigo al respecto, me dejaban cocinándome en mis propias dudas y descontento primero.

Yo siempre cedía primero. —¿Qué?

Trace entrecerró los ojos. —Hermano, tienes que jugarle el juego esta vez.

—¿Para qué molestarse?

—¿Y por qué no? —replicó Damian. El tono de «es obvio» en su voz hizo que me girara hacia él.

—No quiero perder el tiempo pidiendo la bendición de un hombre que apenas me dirigiría un estornudo. Pensé que ambos entendían eso.

—Sí, lo entendemos —dijo Trace con ese tipo de mirada arrogante que me jodía muchísimo—, pero eso era antes de que planearas casarte con su hija. Este tipo podría hacer mil cosas diferentes para hacerte la vida más difícil, cualquier día de la semana. Podrías jugar según sus reglas por una vez y hacerte la vida un poco más fácil.

—A la mierda con sus reglas. —Apreté de nuevo la caja del anillo, como si comprobara que seguía ahí. Comprobando que este sueño mío —*hacer de Cora mi esposa*— seguía vivo.

—Eso es lo que siempre dices —dijo Damian.

—Y siempre lo digo en serio. A la mierda con sus reglas.

Damian puso los ojos en blanco. —Vienes aquí a preguntar si proponerle matrimonio es una mala idea y luego te pones de malas cuando te decimos la verdad.

Parpadeé rápidamente, girándome para que todo mi cuerpo quedara frente a Damian. Para poder abalanzarme si era necesario. —¿Perdona? ¿Acaso estás buscando que te dé una paliza en medio de tu trabajito de programación?

Se le escapó una risa y dejó caer la cabeza hacia atrás en el sofá. —Por Dios, Axel. Perdóname por responder a tu pregunta.

—No tienes que ser un cabrón de mierda al respecto —repliqué. La tensión burbujeaba en el aire entre los tres mientras yo reflexionaba sobre sus palabras. Tenían razón..., una verdad que no quería admitir en voz alta. Así que continué con: —Así que digamos que, en un universo alternativo, ustedes tienen razón.

—En un universo alternativo —repitió Trace.

—Iría a reunirme con él y ¿qué? ¿Pedirle la mano de su hija en matrimonio? Sentiría como que estoy a punto de abordar el Titanic o algo así.

—Quieres demostrarle que *no* eres una mala idea —dijo Damian—. ¿Verdad? Bueno, ¿cómo haces eso? Necesitas decirle cuál es tu rumbo. Cuál es *nuestro* rumbo.

—Sí —añadió Trace—. Háblale de nuestro negocio. Hazle sentir que no estás manejando a ciegas. Convéncelo de que tu futuro es sólido y de que puede estar seguro de que el futuro de su hija es igualmente seguro.

—Muéstrale el puto plan de negocios —añadió Damian.

—¿El plan de negocios? —No estaba terminado. Ni de lejos. Tenía cuatro versiones diferentes en marcha con proyecciones muy distintas. Trace y yo no podíamos ponernos de acuerdo sobre el margen de beneficio ideal. Yo apuntaba a las estrellas, mientras que él quería ser *conservador* y apuntaba a la copa de los árboles.

Pero yo no jugaba así. No cuando mi futuro estaba en juego. Era apostar a lo grande o enterrar la puta cabeza en la arena. No me gustaba especialmente el sabor de la arena entre los dientes, así que sabía hacia dónde nos dirigíamos.

—Tenemos suficiente borrador como para empezar a buscar inversores —dijo Trace—. Aunque no esté finalizado, creo que está lo bastante listo para demostrar que vas en serio.

—Ni siquiera he constituido la sociedad de responsabilidad limitada —le dije—. Este cabrón será el primero en rechazarme porque mi papeleo no está en orden.

—No es como si fuera a comprobar tu número de identificación fiscal —murmuró Damian.

—¿Crees que no lo hará? Probablemente me hace una verificación de antecedentes mensual solo por diversión.

Trace se encogió de hombros. —Si quieres ir a esa presentación sin estar preparado, hazlo. Pero si así es como trabaja el director ejecutivo de Fairchild Enterprises, entonces quizás tengamos que hablar.

—Ay, por D... Trace. Eres jodidamente despiadado. —No estaba seguro de si estaba más molesto o asombrado por su audacia. Cuestionando mi compromiso con nuestro negocio, en mi propia cara. Qué cabrón. Un cabrón brillante—. Tú serás el próximo al que estampe contra el sofá.

Parecía satisfecho consigo mismo. —Quizá *yo* debería ser el director ejecutivo.

—Absolutamente no. No tienes ni idea de cómo camelar a la gente. Deberías ceñirte al dinero contante y sonante.

—No has camelado al padre de Cora —señaló Damian.

—Gracias, Damian, por tu obviedad exagerada. —Me arrodillé en el sofá para poder darle un puñetazo en el hombro, que él aceptó con una risa ahogada—. A ese hombre apenas le gusta su propia familia. Nunca tuve una oportunidad. Así que es un punto irrelevante.

—Genial. Así que está decidido. Dejarás que tu emoción nuble tu juicio —dijo Trace, añadiendo una sonrisita al final que me decía cuánto placer le producía señalarme así.

—Ya me tienes harto con tus aires de listillo —dije, acortando la distancia entre nosotros para poder propinarle un golpe en el hombro también. Él solo se rio, porque sabía que tenía razón. Demonios, hasta yo sabía que tenía razón.

Si no se tratara de la única persona a la que amaba más que a mi propia vida, no tendría ningún problema en entrar pavoneándome en la oficina de su padre y jugármelo todo.

Cora era lo único en mi vida que no podía permitirme perder. No podía apostar con ella. No aceptaría una respuesta negativa a la gran pregunta.

Pero tenía que tratar esto como otro de esos momentos sociales camaleónicos en los que me había vuelto tan bueno con los años. Si esto fuera un negocio, Trace tenía razón: estaría jugándole el juego a más no poder.

Apreté los dientes mientras le daba vueltas a la idea. Ya podía verlo, por mucho que no quisiera: reunirme con Allan en su terreno en alguna parte. Compartir mis planes de negocio meticulosamente elaborados. Decirle cuánto significaba Cora para mí. Prácticamente ponerme de rodillas para proponerle matrimonio a él también.

Mis hermanos tenían razón. Lo sabían. Y sabían que yo también lo sabía.

Finalmente, deslicé la caja del anillo en el bolsillo derecho de mis pantalones deportivos.

—Ambos serán mis padrinos, ¿verdad? —pregunté.

Recibí dos sonrisas arrogantes a cambio.

CAPÍTULO CUATRO

CORA

AXEL: Estás cerca, ¿verdad?
AXEL: Olvídalo.
AXEL: Puedo olerte. Estás aquí.

Sonreí mirando el celular mientras los mensajes de texto llegaban uno tras otro. El vuelo de cinco horas en primera clase del LAX al JFK en modo avión había sido una agradable pausa en la vida. Y ahora, mientras me movía sin ataduras entre la multitud del aeropuerto, me di cuenta de que este era el verdadero lujo. Por una vez, mi padre no me estaba respirando en la nuca. Me las había ingeniado para reservar yo sola el vuelo a casa con nuestro agente de viajes. Y ahora que estaba en Nueva York propiamente, solo podía pensar en Axel. En cómo sabría cuando lo besara. En lo bien que olería cuando me rodeara con sus brazos.

Habían pasado tres meses desde la última vez que nos vimos, en agosto, durante una de mis visitas a casa desde Stanford. Solo habíamos tenido dos días juntos, ya que mi padre tenía la costumbre de sobrecargar mis visitas a casa. Pero habíamos metido suficiente amor y ternura como para que nos durara esos meses separados y más.

Aunque Axel era mi amor verdadero —el único hombre con el que podía ser yo misma—, tenía el estómago hecho un nudo al imaginar cómo sería volver a verlo. Tres meses no eran nada y lo eran todo a la vez. Las dudas se infiltraban sin importar lo que hiciera para ahuyentarlas. Tal vez no le gustaría lo que viera… tal vez ahora actuaba diferente después de tanto tiempo lejos y ni siquiera me daba cuenta. La duda y la inseguridad me acechaban como un depredador mientras caminaba a toda prisa por el JFK, aferrando mi maleta con ruedas detrás de mí.

PAPÁ: El agente me dio los detalles de tu vuelo. Vince te está esperando. Nos vemos pronto.

Mierda. Las dudas e inseguridades de antes comenzaron a agitarse, soltando burbujas siseantes mientras fermentaban en algo completamente nuevo. Una parálisis familiar que se extendió por mis venas como hielo y hierro al mismo tiempo. Me pesaba, me atrapaba. A mi padre le encantaba orquestarlo todo. El auto. El destino. La hora. Toda mi maldita vida.

Le envié un mensaje rápido a Axel para decirle que había aterrizado y luego deslicé el celular en mi enorme bolso Dior. Eran poco más de las siete de la noche, la oscuridad se arrastraba por los confines de la tierra a pesar del brillante resplandor de actividad que emanaba del aeropuerto. Esta noche sería mía. Sin importar lo que mi padre pensara.

Avancé rápidamente por la abarrotada terminal, mi maleta negra con ruedas era la compañera perfecta para el bolso Hermès que colgaba del hueco de mi codo. Mis padres me formaron a su imagen y semejanza, y esa imagen incluía accesorios caros, un pelo perfecto en todo momento y una actitud de no tolerar tonterías en las negociaciones. Nada más importaba. Al menos no para ellos. Querían las mejores cosas de la vida, con la gente más guapa, a las tarifas más favorables posibles. Eso era todo.

Lo que significaba que a Axel le encantaba molestarme por los accesorios. Ya podía *sentirlo* tomándome el pelo por el bolso Hermès, que era menos mi elección y más un requisito para la próxima reunión de este fin de semana. Lo sabía, simplemente era parte de la vida que llevaba yo. No podía presentarme a una reunión

con los padres de Eli llevando el bolso cruzado turquesa cosido a mano que había comprado en el paseo marítimo de Venice la primavera pasada, aunque fuera mi accesorio favorito. Necesitaba llevar los artículos que encajaran con la imagen que esperaban de mí. Empezando por este bolso francés de veinticinco mil dólares.

Sabía que mi difunto hermano, Chris, también habría preferido el bolso cruzado turquesa. Había oído su voz en mi cabeza cuando lo compré, lo que me hizo llorar en el hombro de Axel durante quince minutos a plena luz del día.

No. Este bolso enorme y asquerosamente glamuroso se consideraba una obligación laboral. Junto con otros selectos artículos con etiquetas de precio de cuatro cifras que tenía guardados en mi maleta con ruedas, como la funda para la computadora portátil de Chanel y la memoria USB de oro de 24 quilates. Eran artículos que sabía que necesitaba. Para *ellos*. No para mí. Ninguna de estas cosas eran prendas que yo habría elegido si no estuviera intentando crear la imagen que *ellos* querían para mí.

Cuanto más me acercaba a la zona de recogida de equipaje, más me acercaba a Axel. Imaginé que estaría esperando justo afuera de las puertas automáticas de la recogida de equipaje, tal vez recostado contra la larga fila de autos que salpicaban el circuito interior del JFK como perlas sucias. Estaba a cinco pasos de la recogida de equipaje cuando se me erizó la piel de los antebrazos. La emoción se arremolinó en mi pecho, tan intensa que ya estaba sin aliento. Solo podía concentrarme en las puertas corredizas que daban al mundo. Mis tacones repiqueteaban contra el suelo de baldosas, las ruedas de mi equipaje claqueteaban acompasadas. *Axel, Axel, Axel.*

Un brazo fuerte me sujetó por las costillas. Ni siquiera tuve tiempo de jadear, ni de parpadear, pero mi cuerpo supo lo que había pasado antes que mi cerebro.

—Ahí estás.

El bajo ronco de Axel recorrió mi cuerpo como una corriente eléctrica. Cada centímetro de mí comprendió su tacto, la sólida calidez de él mientras me estrechaba contra su cuerpo. No estaba segura de si dije algo o si mi sorpresa —o tal vez mi alivio— me había dejado muda. Mi cara estaba contra la superficie plana de su

pecho, hundida en la sudadera que llevaba bajo su característica —aunque maltrecha— chaqueta de cuero negra.

Sus brazos me apretaron, aprisionándome contra él. Las lágrimas asomaron a las comisuras de mis ojos mientras me fundía en él, aferrándome a donde podía: el costado de su chaqueta, la cintura de sus *jeans*.

—Por Dios, Axel —sollocé contra su pecho, con el corazón desbocado como si hubiera corrido un maratón. El abrazo no podía durar lo suficiente. Podría abrazarlo hasta las tres de la mañana y seguir queriendo más.

Me dio besos en la coronilla mientras yo lo bebía con mis sentidos: los músculos fibrosos de sus brazos a mi alrededor, su aroma a aire libre y cedro, como si llevara los bosques de Kentucky con él a dondequiera que fuera.

Cuando su agarre a mi alrededor se aflojó, me puse de puntillas, mis labios buscando los suyos como dos partes de un imán que se unen. Nuestras bocas chocaron, demasiado urgentes y codiciosas para un beso delicado. Su mano se deslizó por mi nuca, sus dedos se enredaron en mi pelo en la base de mi cráneo. Gimoteé durante el beso mientras él tiraba de mi pelo lenta y suavemente. Exactamente como me gustaba. La humedad brotó entre mis piernas. Axel conocía todos mis puntos secretos y le encantaba jugar con ellos. Incluso en medio de la recogida de equipaje del JFK.

—Te voy a comer viva, ricura —prometió, con los labios aún pegados a los míos. Las comisuras de su boca se curvaron y me levantó del suelo, haciéndome girar en círculo.

—¿Lo prometes?

—Prometido y notariado.

Me acurruqué contra él, riendo tontamente mientras me bajaba. Pero sus brazos no me soltaron. Incliné la cabeza para mirarlo de verdad, para absorber todos los cambios y las diferencias mínimas desde la última vez que lo había visto. Su pelo rubio cenizo estaba más largo en la parte superior, despeinado de una manera que quería proteger. La barba incipiente en su mandíbula me rozó los dedos mientras lo acariciaba, intentando memorizar cada detalle de este momento.

—¡Consíganse un puto cuarto! —murmuró alguien al pasar. Axel y yo nos miramos con grandes sonrisas por un momento antes de estallar en carcajadas.

—¡Lo haría si pudiera pagarlo! —gritó Axel en la dirección general de la persona que nos había regañado—. ¡Esta ciudad es tan cara que no tienes ni idea!

Me dejé caer contra él, la risa sacudiendo mi cuerpo.

—Menos mal que solo necesitamos un clóset —continuó Axel, dándome un beso en la frente—. Porque sabes que eso es lo que tengo para ti.

—Es mi clóset favorito de Manhattan —le dije, cerrando los ojos mientras me daba otro beso en los labios. Del tipo que era de terciopelo y calor. Del tipo que hacía que las bragas ardieran.

—¿Lista para ir a acurrucarnos junto a mi zapatero? —Sus ojos brillaron mientras me tomaba el pelo, su palma alisando mi cabello. Me encantaba que me admirara; nadie más en el mundo se había visto tan genuina y profundamente feliz de verme.

Abrí la boca para decirle que mi padre había fisgoneado mi plan de vuelo y había enviado al chófer, pero estar de nuevo cerca de Axel me envalentonó. Que las consecuencias se acumularan como quisieran. Necesitaba pasar la noche en casa de mi novio, y si eso incluía mandar a Vince a la mierda, que así fuera.

—Por supuesto que sí. —Eché mis brazos alrededor de su cuello y nos besamos de nuevo. Y luego otra vez. Cuando nos separamos, vi a Vince, el chófer de mi padre, por encima del hombro de Axel. El estómago se me fue a los pies.

—Vamos al otro lado de la recogida de equipaje —dije en voz baja —. Vince acaba de aparecer, probablemente para encontrarme y llevarme.

La molestia cruzó el rostro de Axel, pero debió de reprimirla porque tomó mi mano entre las suyas y se llevó el dorso a los labios.

—Hora de empezar el secuestro —dijo.

Seguí a Axel y nos escabullimos, perdiéndonos fácilmente entre la multitud de gente que cruzaba la zona de recogida de equipaje. Todo lo que quería era que nos escapáramos un fin de semana largo: ir a una cabaña, acurrucarnos bajo unas mantas, mirar un

fuego durante días. Pero dadas mis circunstancias actuales, la escapada de fin de semana era imposible. Esto tendría que bastar: una noche robada aquí, un brunch clandestino en dos días si teníamos suerte. Y luego… más espera.

Esperar, esperar y esperar hasta que pudiéramos robar otra noche. Hasta que mi padre dejara de ser el principal obstáculo entre nosotros. Hasta que las estrellas finalmente se alinearan para que pudiéramos ser abiertamente felices juntos. Hacer planes sin fricciones ni secretos. Si Dios quería, podríamos incluso despertar y dormir en la misma casa algún día. Era una realidad que casi podía saborear, pero no tenía ni idea de cómo llegar allí.

Nos perdimos en el torrente de peatones mientras Axel me guiaba de vuelta al aeropuerto, hacia la zona de salidas. Cada paso a su lado se sentía como una aventura; así había sido desde el día en que lo conocí, en la fila del centro de estudiantes esperando un queso a la plancha con una rodaja de pepperoni en el medio a mediodía, y me había preguntado si quería faltar a clase e ir a Chinatown con nuestros quesos a la plancha. Había sido un completo desconocido, pero algo en la picardía e inocencia de su mirada me había hecho responder que sí. Y había estado diciendo que sí desde entonces.

—Veo que hoy traes el bolso elegante —murmuró mientras nos abríamos paso entre la multitud.

—También traje el bolso de Venice Beach.

—Bien. Trae a Chris contigo, ¿sabes?

Sonreí. Axel no tenía miedo de hablar de Chris. No como todos los demás. Mis padres solo lo habían mencionado un puñado de veces desde que se quitó la vida hacía seis años.

—Sabes, cada vez que uso ese bolso, puedo oír su risa en mi cabeza. Creo que estuvo con nosotros ese día en la playa.

—Esa mierda me pasa con Jordan y Kaylee —dijo, sonriéndome cálidamente. Había perdido a sus dos hermanas menores, víctimas del sistema de cuidado de crianza. Kaylee había fallecido el primer año de universidad de los hermanos. Jordan simplemente había desaparecido, y aunque los hermanos aún mantenían una pizca de esperanza, se decían a sí mismos que había sufrido un destino similar al de Kaylee. El mismo sistema que se llevó a sus hermanas

le había permitido a él y a su hermano biológico, Damian, prosperar —. A veces juro que están pasando el rato conmigo por un día.

Me reí. —Quizás solo vienen de visita desde el Cielo.

—Es como la versión espiritual del Día de Llevar a tu Hijo al Trabajo, excepto que… —me miró, probablemente leyendo la confusión en mi cara—. No, en Margulis Realty no hacían el Día de Llevar a tu Hijo al Trabajo, ¿verdad?

—No, no lo hacían —dije con una risa.

—No te perdiste de mucho —reflexionó.

Pero nuestros hermanos perdidos todavía pesaban en mi mente mientras nos movíamos por el aeropuerto. —¿Alguna vez te culpas intentando seguir honrando su memoria?

Axel soltó una lenta exhalación. Pero no porque esto fuera demasiado pesado. Así éramos nosotros: podíamos hablar de todo. Cuando fuera y donde fuera. Era la primera persona con la que podía desahogarme por completo.

—Todos los putos días —confirmó—. Damian también.

—Siento que tengo que hacer tantas cosas para arreglarlo todo —murmuré. Esas eran palabras que nunca había —que nunca podría— pronunciar cerca de mis padres. Veían el suicidio de Chris como un acto tan atroz y vergonzoso que se negaban a hablar de ello. Ni siquiera conmigo.

—Parece que necesitas cariño y cuidados, nena. No sé si te voy a dejar ir esta vez —dijo Axel, apretando su brazo alrededor de mis hombros mientras nos abríamos paso entre la multitud—. Tu maestría no es para tanto, ¿verdad? Estarás bien si te encierro en mi apartamento.

—Sí. Mientras me alimentes y me des de beber. Ni siquiera me considerarían una víctima.

—Porque estarías dispuesta. —La sonrisa sexy que se dibujó en su rostro mientras me miraba tenía el poder de convertir esta broma en realidad. Porque yo haría cualquier cosa por él. Incluso sabotear mi carrera, si fuera necesario.

Incluso renunciar a mi familia… si fuera necesario.

—Podemos compartir tu maestría —bromeé, mientras pasaba una ráfaga de viento helado. Me acurruqué más en su abrazo.

—Puedes quedártela tú —dijo—. De todas formas, solo la estoy sacando por ti.

Me reí y le di una palmada en el pecho, pero él no me devolvió la risa. —¿No lo dices en serio?

Una mirada velada cruzó su rostro. —Sé que a tu papá le parecerá mejor si tengo la maestría. Y se verá mejor que el director general de nuestra empresa tenga una. Pero después de la semana que he tenido, estoy listo para dejarlo todo a la mierda.

Le di unas palmaditas en el pecho. —Ya casi terminamos. Porque tienes razón. Se verá mejor tenerla. Has llegado hasta aquí. ¿Por qué parar ahora?

Gruñó de la manera más típica de Axel, una mezcla entre un adolescente petulante y un toro. —Porque estoy harto.

—Ya pasaste más de la mitad…

—Y con la cuenta casi en ceros. Trace se gradúa este semestre, lo que significa que podemos empezar con el negocio. Y lo necesitamos. Además, yo estaba listo para ser director general hace dos años; entonces, ¿por qué tirar todo este dinero extra por el desagüe solo para recibir el derecho a presumir de una maestría de Colombia? —Suspiró, la tormenta azul de su mirada recorriendo la multitud—. Estoy tan en conflicto. Atrapado entre el dinero y el compromiso una vez más.

—Axel, si hay alguien que puede encontrar una solución a este problema, eres tú.

—Estoy harto de tener que encontrar siempre la solución. —Su nuez de Adán subió y bajó mientras miraba a lo lejos—. He lidiado con esta mierda toda mi vida. Solo pensé que una vez que llegara a este punto, sería más fácil.

Una risa triste se me escapó. Podía identificarme con esa frase de unas cien maneras diferentes. —No se vuelve más fácil. Solo te acostumbras.

Axel apretó más fuerte su brazo alrededor de mis hombros. —No quería empezar nuestra noche con todas mis quejas. ¿Me perdonas?

Le sonreí. —Mmm. Supongo que hay una forma en que podrías compensármelo.

Esa sonrisa rompecorazones volvió a su rostro, el tipo de mirada que me mantenía como rehén cada vez que dirigía ese brillo hacia mí. El tipo de sonrisa que vería incluso después de muerta. —¿Puedo empezar a compensártelo ahora?

No pude responder antes de que me levantara en sus brazos con un grito de júbilo. Me aferré a él, riendo tontamente y delirando de alegría. No era ajena a las muestras públicas de afecto que a Axel le encantaba dar, pero nunca dejaban de encantarme. Mi maleta de ruedas quedó olvidada cuando me echó sobre su hombro, dándome una palmada en el trasero como si eso me ayudara a mantenerme en mi sitio.

—Ahí está —dijo. *En voz alta.* —Justo donde me gustas.

La risa brotó de mí. —Ay, por Dios, Axel. Bájame. —La gente pasaba a nuestro lado, apenas notando la alteración en el continuo espacio-tiempo del pasillo.

—Te lo estoy compensando. Vas a poder mirar mi trasero durante los próximos cien metros. No hay mayor regalo, nena.

Ni siquiera podía hablar de lo mucho que me reía. Su arrogancia solo era superada por su humor. Este tipo de despliegue obsceno nos ganaría muchas miradas severas e incluso un regaño brutal de mi madre si esto sucediera cerca de ellos. Pero esa era una de las cosas que amaba de mi novio.

Le importaba una mierda las reglas de mi mundo.

Y a mí me encantaba volar libre en el suyo.



Una hora después, subimos a trompicones las escaleras de su edificio sin ascensor, apenas capaces de concentrarnos en caminar entre todos los besos y las risas. Me había reído más en la última hora con él que en los dos meses anteriores sin él. Otra prueba más de que mi cordura y bienestar *requerían* a Axel en mi vida.

Forcejeó con la cerradura de la puerta, intentando sin éxito meter la llave.

—Vamos, nene. —Atrapé sus labios en otro beso, tirando de la hebilla de su cinturón.

Inhaló bruscamente, lanzándome una mirada de advertencia. El calor se acumuló en su mirada azul pizarra, una promesa de las pasiones que acechaban dentro de él, esperando a explotar en el segundo en que estuviéramos detrás de la puerta cerrada de su habitación. —Cora…

—¿Qué?

Se quedó quieto, su nuez de Adán subiendo y bajando. La emoción desplazó al calor en su mirada, el mundo entero a nuestro alrededor desapareciendo hasta que solo quedó este momento. —Te amo, ¿lo sabes?

—Claro que lo sé. Yo también te amo.

Estrelló sus labios contra los míos, un beso tan desesperado como hambriento. Cuando nos separamos, con mis labios hormigueando y todo mi cuerpo electrizado, finalmente logró meter la llave.

—Ahí vamos —dijo mientras se abría de golpe.

—Estaba a punto de llamar a la policía —dijo alguien desde adentro, con voz inexpresiva. Damian. Inclinó la cabeza hacia atrás desde su posición en el sofá, con la computadora portátil frente a él como siempre.

—¿Por qué? ¿Allanamiento sin morada? —bromeó Axel, su agarre firme en mi mano mientras entrábamos. Le sonreí radiantemente a Damian, saludando con la punta de los dedos.

—Tanto tiempo sin verte, Damian.

—Me alegro de que hayas vuelto a nuestro vecindario —dijo Damian con un saludo imaginario con el sombrero.

—No podía mantenerme alejada.

Axel me lanzó una mirada misteriosa. Trace salió del pasillo un momento después, con una sonrisa tranquilizadora lista.

—Ahí está Cora —dijo mientras se acercaba para darme un abrazo de lado—. La única mujer a la que Axel mira, en la que piensa o de la que habla.

—Ya basta de cháchara, chicos —dijo Axel. Apretó mi mano y se dirigió directamente a la puerta del dormitorio—. Tengo algunas cosas que hacer. Nos vemos mañana.

Axel me arrastró detrás de él, y les ofrecí una sonrisa de impotencia a sus hermanos. Mientras entrábamos a su habitación, oí a Trace reír y decir: —*Ajá.* Cosas que hacer.

La puerta se cerró con un clic. Los murmullos ahogados de la conversación de Trace y Damian afuera se desvanecieron mientras Axel me agarraba los brazos, clavándome una mirada que prometía devorarme.

Pero en lugar de besarme, su nuez de Adán subió y bajó. —Cora.

—¿Qué, nene?

Su mirada bajó, y se hundió de rodillas frente a mí, sus palmas trazando líneas lentas e intencionadas por los costados de mi cuerpo. Cada centímetro de mí se volvió eléctrico bajo su agarre. Normalmente no perdía el tiempo cuando estábamos a solas. Y ponerse de rodillas… ¿iba a hacerme por fin la gran pregunta? Llevaba más de seis meses insinuándolo. Un enjambre de mariposas revoloteó en mi vientre mientras esperaba que finalmente cumpliera con las indirectas.

Pero no dijo nada, solo me mantuvo inmovilizada contra la puerta con su mirada. Sus manos convergieron en el montículo de mi intimidad, que estaba cubierto por mis costosos leggings. Su pulgar se deslizó en el surco caliente entre mis piernas. No había usado ropa interior —por él— pero era tan bueno usando mi propia consideración en mi contra. Lo que se suponía que era una sorpresa sexy para él ahora se convertiría en mi propia perdición. Deslizó su pulgar en un círculo lento, y me arqueé hacia él.

—No puedo creer que estés aquí —dijo finalmente, rodeando mi cadera con los dedos. Su pulgar presionó justo en el punto correcto contra la tela de mis leggings. Mi respiración se entrecortó.

—Ay, por Dios, Cora. —Pasó su pulgar de un lado a otro sobre la punta tensa de mi clítoris, que probablemente podía sentir a través de mis leggings, de lo excitada que estaba—. No llevas ropa interior, ¿verdad?

Una risa débil se me escapó. Dejé caer la cabeza hacia atrás, contra la puerta. —¿Cómo te diste cuenta?

—Porque siempre eres así de dulce. —Se humedeció el labio inferior y tiró de mis leggings, bajándomelos hasta las rodillas de un solo tirón experto. Su mandíbula se tensó mientras miraba mi sexo desnudo de frente.

—Abre las piernas.

Nunca perdía el tiempo. Amaba eso de él. Pero los leggings amontonados en mis rodillas no permitían mucho movimiento. —Nene, no puedo…

—Así está bien. —La comisura de su boca se levantó cuando mis piernas se separaron apenas un par de centímetros. Y entonces se lanzó hacia adelante, con la boca en mi pubis, enterrando su lengua entre mis labios vaginales. Su lengua encontró mi clítoris primero, ansiosa y expectante, el calor húmedo se sentía como un viejo amigo y la sensación más nueva y asombrosa del mundo. Un gemido comenzó a escaparse, pero lo contuve; sus hermanos estaban afuera. No es que no pudieran imaginar cuál era nuestro primer asunto pendiente.

Axel hizo un ruido ahogado y húmedo. Yo estaba vergonzosamente mojada. Siempre era así con él.

—Jesús, Axel —respiré, pasando mis dedos por su cabello desordenado. Anudé mis dedos en los mechones mientras su lengua asaltaba mi clítoris. Para anclarme y porque sabía que le encantaba. Él gruñó, hundiendo su lengua en mi vagina con abandono. Me arqueé con más fuerza contra él, pidiendo más. Axel deslizó sus dedos entre mis piernas, bombeando dos dedos dentro y fuera de mí lentamente.

—Estás goteando. —Se apartó para mirarme, su rostro brillando con mis jugos. Su mirada ardiente recorrió mi cuerpo, luego de vuelta a mi sexo—. Jesús, eres un puto sueño.

Una sonrisa perezosa apareció en mi rostro, pero se desvaneció rápidamente cuando sus gruesos dedos volvieron a llenarme. Chupó mi clítoris, mi cabeza golpeando contra la puerta por la sacudida de placer. Gemí de nuevo, pero esta vez no pude detenerlo. Axel movió su lengua sin piedad de un lado a otro contra la punta de mi clítoris.

La felicidad imposible comenzó a desenrollarse lentamente dentro de mí, enviando caminos exploratorios de calor y pinchazos por todo mi cuerpo.

—Oh, Axel. Estoy cerca. —Impulsé mis caderas contra él, el placer aumentando a un crescendo rápido. Cuando hundió sus dedos más adentro de mí, succionó con fuerza mi clítoris, y todos los muros se derrumbaron. Las rodillas se me convirtieron en gelatina. Fuegos artificiales. El calor golpeándome, una felicidad perfecta de la cabeza a los pies. Me desplomé, pero él me sujetó, la puerta golpeando detrás de mí mientras me sostenía.

Desde la sala, Trace y Damian se burlaban de nosotros. —¡Oh, Axel! —imitó Trace en falsete.

Pequeñas risas flotaron fuera de mí. Ni siquiera podía abrir los ojos.

La voz áspera de Axel me trajo de vuelta a la tierra, el apenas perceptible acento de Kentucky me hizo derretirme aún más. —¿Estás bien, nena?

Reí y reí. Estaba más que bien. Estaba perfectamente feliz en este momento.

Y lo sabía, porque pasaba cada otro momento de mi vida *sin* ser feliz.

Necesitaba aferrarme a esta felicidad todo el tiempo que pudiera.

Porque el reloj corría hasta que la vida real se impusiera de nuevo. Tan pronto como saliera por la puerta de este apartamento, la luna de miel habría terminado.

CAPÍTULO CINCO

AXEL

Mi aliento formó una nube blanca frente a mí. Nueva York estaba especialmente gélido hoy, aunque quizá fuera porque estaba a punto de entrar por las puertas principales de Margulis Realty. Cora se había ido de mi apartamento esa mañana y yo todavía podía saborear sus besos en mis labios. Me sentía a la vez soñador y temerario, como Romeo antes de hacer todas esas locuras con la familia de Julieta. Que era probablemente la razón por la que estaba aquí, para empezar.

Conocía a un tipo que trabajaba para Allan. Un puesto de bajo rango, pero estaba dentro. Jake y yo habíamos ido juntos a la universidad en Columbia. Le di diez mil dólares después de nuestra primera ganancia inesperada cuando Trace exprimió a Wall Street. Los necesitaba para cubrir los costos del funeral de su madre, y hemos estado conectados desde entonces. Supongo que hay algo en ayudar a un tipo a pagar un funeral. No había planeado cobrarle el favor hasta que Jake mencionó que trabajaba en el escalón más bajo de la empresa de Allan. Conocía a la gente adecuada para conseguirme un lugar en la agenda de Allan; bajo un alias, por supuesto.

Simplemente llámenme Spencer Wattford.

El interior del edificio era impecable y gris, como si el acero pulido se hubiera acostado con el mármol. Justo en el centro del vestíbulo había una gigantesca escultura de cristal que se enroscaba desde el suelo como volutas de humo. Era tan ostentosa como fascinante, aunque mi primer pensamiento fue que la escultura representaba las llamas de las almas que Allan quemaba para mantenerse en su pedestal dorado.

El aire mismo estaba cubierto por un manto de silencio, aunque no estaba seguro de si la gente tenía demasiado miedo de Allan para hacer ruido o si provenía de la reverencia a la industria inmobiliaria. La mudanza de la empresa de Allan a este edificio había sido un gran acontecimiento a principios de los 2000, al parecer —no es que yo estuviera en Nueva York entonces, ni me importara su negocio, pero Cora me había contado que la fiesta inaugural aquí fue uno de sus primeros recuerdos— y estaba bien documentado en la revista *Time*.

Y supongo que, en cierto modo, podía entenderlo. El lugar era a la vez cavernoso y profesional, artístico pero de buen gusto. Pero hasta el último centímetro gritaba dinero por los cuatro costados. Las paredes mismas estaban tejidas con los recuerdos de las vacaciones en el Caribe que la familia Margulis había tomado con tanta frecuencia que Cora consideraba las Islas Caimán como su patio trasero cuando era niña. El suelo estaba pulido con los millones de dólares de intereses que las inversiones de su padre generaban mientras dormía. El aire mismo presionaba en todos los rincones con el inmenso peso de su riqueza.

No te acobardes, carajo. Apreté con fuerza el botón plateado para subir en el ascensor, mi mirada se desvió hacia las mangas gastadas de mi chaqueta de cuero. Era un marcado contraste con el resto de mi atuendo: pantalones azul marino planchados, una camisa blanca impecable. Pero no tenía un abrigo formal.

Me quité la chaqueta de cuero, paseando la mirada por el vestíbulo. Sabía que no podía entrar a la reunión con esta triste y maltrecha excusa de chaqueta. No es que alguna vez diría esas cosas delante de ella; amaba mi chaqueta. Simplemente no podía acompañarme arriba. Divisé un helecho ostentosamente grande

cerca; algo así como follaje de Jurassic Park con esteroides. Parecía un guardarropa lo suficientemente bueno por ahora. Doblé mi chaqueta tanto como pude y la escondí entre las frondas. Estaría allí cuando volviera, lo sabía. Nadie que viniera a este edificio necesitaría robar una chaqueta de mierda de dentro de un helecho.

Las puertas del ascensor se abrieron y entré, mi imagen se reflejaba hasta el infinito en las paredes revestidas de espejos. Era fácil perderse en los símbolos de la riqueza; eso fue algo que aprendí de inmediato en Columbia y en cada velada a la que asistí con Cora. Y era cuando te perdías en esos símbolos que les resultaba tan fácil tomar la delantera.

Pero no iba a dejarme distraer por el brillo y el mármol. Podría esconder mi chaqueta en su maldito helecho, pero Allan no iba a ganar. Todo este despliegue de riqueza no iba a distraerme ni a intimidarme. Me acercaría a Allan con calma y firmeza para hablarle de mi inquebrantable intención de casarme con su hija. Carajo, hasta lo invitaría a la boda. Después de todo, era un buen tipo.

Cuando las puertas se abrieron, el rostro inexpresivo de una recepcionista me recibió.

—Spencer Wattford —dije en lugar de un saludo, afectando la misma energía desinteresada que ella emanaba. Había que seguir el juego en este mundo. Yo sabía cómo seguir el juego. Me humedecí el labio inferior e intenté apoyarme casualmente en su escritorio—. Estoy aquí para reunirme con el señor Margulis.

Su mirada me recorrió, espinosa y desaprobadora. Consultó su computadora, me evaluó una vez más como si buscara mi gafete con mi nombre. Yo sabía que no debía reiterar mi identidad. La reiteración era una señal segura de mentira o, peor aún, de desesperación. De nuevo, parte del juego en este mundo. Mentir estaba bien, pero ¿ser visto como un desesperado? No había pecado más grave. Permanecí firme, mi sonrisa serena inquebrantable. Mientras nada en mí delatara el martilleo de mi corazón, todo estaría bien.

—Un momento, por favor. —Frunció el ceño, sus uñas repiqueteaban contra el teclado mientras escribía algo. Luego

suspiró, dirigiéndome su mirada desaprobadora una vez más—. Lo verá.

La recepcionista me guio por el largo pasillo. A través de las ventanas, el anochecer tiraba de los bordes de la luz del día, impaciente y sensual. Manhattan se extendía como un mecanismo de relojería metálico desde nuestra posición en el piso cuarenta. Al final del pasillo, la recepcionista llamó dos veces, esperó algo y luego abrió la puerta. Me clavó una mirada inexpresiva.

—Buena suerte.

Esbocé una sonrisa y pasé rozándola, luchando contra el impulso de responderle con sarcasmo. La oficina de Allan Margulis se extendía lujosamente a mi alrededor. Dos paredes enteras eran ventanales del suelo al techo con la mejor vista de la ciudad de Nueva York que jamás había visto. Una vista sin obstáculos de la ciudad de Nueva York. Los fotógrafos probablemente pagaban una fortuna por *esta* vista exacta. Y este era el aburrido paisaje de todos los días de Allan.

—Señor Margulis. —Aparté la mirada del brillante hormiguero de vida más allá de los cristales—. Qué gusto verlo de nuevo.

Allan estaba sentado detrás de un enorme escritorio, con una laptop a un lado y papeles apilados ordenadamente en bandejas de correspondencia codificadas por colores. Su cabello oscuro estaba impecablemente peinado, en un estado constante de muñeco Ken. Era un oso embutido en un traje de Armani, del mismo tono azul marino de vestir que el mío, pero probablemente sesenta mil dólares más caro. Me miró, sus cejas iniciando un lento viaje hacia el centro de su cara.

—¿Qué carajo haces aquí? —La claridad agudizó sus ojos verde salvia, del mismo tono que los de Cora, pero mucho más amenazantes.

—Hice una cita con su oficina —dije, adoptando mi voz más neutra. Tenía que borrar cualquier atisbo de obviedad de mi voz, porque este hombre estaba a 0.05 segundos de echarme a patadas.

Agarró su celular de su escritorio con el zarpazo experto de un jaguar. Revisó algo, luego me miró—. ¿Y cuándo cambiaste legalmente tu nombre a Spencer Wattford?

—Hoy. —Ups. A veces el sarcasmo se me escapaba.

—Lárgate.

—Allan, por favor. —Levanté las palmas de las manos, como si esto pudiera convencerlo de mi inocuidad—. Solo necesito cinco minutos de su tiempo. Su recepcionista le bloqueó treinta minutos con Spence. Ambos salimos ganando, porque así usted se adelantará a su agenda.

Su mandíbula se tensó y su mirada azul se nubló; se avecinaba una tormenta—. Tienes *un* minuto. Empezando ahora.

—Genial. Trabajo mejor bajo presión. —Me metí las manos en los bolsillos, pasando la lengua de un lado a otro dentro de mi mejilla mientras luchaba por recordar el monólogo que había preparado. Pero todo lo que podía pensar era *jódete*, lo cual no ayudaba. Necesitaba calmarme a mí mismo *y* lograr que él se relajara un poco. Quizás ofrecerle un Xanax primero pondría las cosas en marcha.

—Gracias —empecé, mi corazón martilleando tan fuerte que me pregunté si podría oírlo—. Su oficina es absolutamente impresionante. Nunca he visto una vista tan increíble como esta. —Señalé inútilmente hacia Manhattan a través de la ventana—. Sinceramente, este tipo de cosas es una meta para mí…

—Ve al grano.

Tragué saliva con fuerza—. Cierto. Probablemente está al tanto de que su hija y yo estamos, eh… —Me quedé sin palabras. Pasé la lengua por mi labio inferior. Este hombre me iba a asesinar aquí arriba, carajo, y su recepcionista lo encubriría. Si salía vivo, me casaría con Cora de inmediato—. Llevamos juntos mucho tiempo. Y quería formalmente, eh, ya sabe…

—¿Olvidar cómo hablar?

Carraspeé. No por nada el hombre era conocido como un tiburón —. Planeo pedirle a Cora que se case conmigo. —Se me calentó el cuello cuando el rostro de Allan pasó de socarrón a inexpresivo. De alguna manera, que la emoción se drenara de él era más aterrador que cualquier otra reacción que hubiera imaginado—. Pensé que debería saberlo. Y quiero ver qué podemos hacer para que esta relación entre nosotros sea un poco más… agradable.

Me miró fijamente, pero se había desconectado. Me miró tanto tiempo que el último hilo de mi fachada de tranquilidad súper falsa se estaba deshilachando. *Di algo, ya.* Me froté la nuca, pero no me quebraría primero. El silencio se volvió ensordecedor. Cuando finalmente parpadeó, al menos me hizo saber que no lo había matado en el acto con la noticia.

—¿De verdad crees que ella va en serio contigo?

Sus palabras me cayeron como un gancho al hígado. Tragué el dolor. —Sé que sí.

—Estás completamente loco si crees que se casará contigo.

Metí las manos de nuevo en los bolsillos, recordándome que debía morderme la lengua. Había una persona completamente loca en esta habitación, pero no quería decirle a Allan que era él. —Ella y yo ya hemos hablado del futuro. Sé que aceptará cuando se lo pida. Quería tener la cortesía de…

—La cortesía. —Una risa burlona brotó de él, y se puso de pie de un impulso, apoyando las palmas en el escritorio—. Ahora sí que está buena la puta broma.

—No estoy bromeando, Allan. —Tragué saliva, pensando que no era buena idea usar su nombre con tanta confianza—. Señor.

—A mí no me vengas con esa mierda de *señor*. No ha tenido ni una pizca de respeto por mí ni por mi familia desde el día en que conoció a Cora. No solo es ridículo que esté en mi oficina, faltándome el respeto una vez más al darle información falsa a mi personal, es censurable. ¿Y encima tiene el descaro de decirme que se va a casar con mi hija? —Su cuerpo se sacudió con una risa amarga—. Absolutamente jodidamente ridículo.

Apreté las manos en puños. No estaba yendo exactamente como yo lo llamaría *bien*. —Si le hubiera dado mi nombre real, nunca me habría dejado pasar.

—¡Y con toda la razón! —Golpeó el escritorio con la palma de la mano, haciendo que algunos papeles cayeran al suelo—. Miente para poder entrar, ¿sobre qué más va a mentir? ¿Sus ingresos? ¿Su estabilidad? No se puede confiar en una puta palabra de lo que dice, muchacho. Mi hija merece más que eso. Merece a alguien a su altura, en todos los sentidos, algo que usted nunca será.

La garganta se me cerró y enderecé la espalda. —Estoy a poco más de seis meses de obtener mi maestría en Administración de Empresas. Tengo una sociedad de responsabilidad limitada en marcha —una pequeña mentira piadosa, pero no era momento de retroceder; tenía que ir con todo—, y mis hermanos y yo vamos en camino a generar un cuarto de millón de ganancias en nuestro primer año de gestión financiera.

Sus dientes brillaron con una blancura deslumbrante mientras reía y reía. —¿Acaso no es un negocio familiar muy pintoresco? ¿Va a meter a su mamá y a su papá también? Tal vez puedan ayudar a imprimir papeles o a preparar la comida mientras usted y sus hermanos están tan ocupados ganando todo ese dinero. Estoy seguro de que disfrutarán del pequeño armario desde el que podrán trabajar con todas esas ganancias tan duramente obtenidas. Vaya. Un cuarto de millón, ¿eh?

Jesús, este hombre era implacable. Me mordí la lengua, conteniendo las palabrotas que bullían por salir. Tenía que ser Axel el *agradable*, Axel el *déjeme-casarme-con-su-hija*. No Axel el *jódete-tú-y-tu-condescendencia-con-mi-puño*.

—Entiendo que la comodidad y la seguridad de Cora son de suma importancia para usted, como su padre —continué, cada palabra raspándome los labios. Otras palabras querían reemplazarlas con desesperación, pero no las dejaría salir. No ahora. No hasta que pudiera gritar hasta la última obscenidad dentro de mi chaqueta de cuero en un rincón de una estación de metro como un neoyorquino cualquiera—. Estoy preparado para demostrarle cuán comprometido estoy en darle la vida que se merece. Señor…, Allan…, amo a su hija más que a nada en este mundo. Haría cualquier cosa por ella. Y lo digo en serio.

Sus labios se curvaron, dejando al descubierto sus dientes en una sonrisa sardónica. —¿Cualquier cosa, eh?

—Cualquier cosa.

—Entonces, lárguese a la mierda.

Apreté los dientes, el torbellino caliente de ira danzando peligrosamente cerca de la punta de mi lengua. *No lo llames cretino*

pretencioso. No lo llames imbécil asqueroso. No lo llames narcisista pomposo que hace que Donald Trump parezca humilde.

—Dije que haría cualquier cosa para demostrar que estoy comprometido a darle la vida que se merece —le recordé, con la mayor neutralidad que mi rabia interna me permitía—. Si me largo a la mierda, señor, Allan, *señor Margulis*, entonces no puedo darle la vida que se merece.

—Ah, así que quiere jugar con las palabras. Bien. Juguemos. ¿Quiere mi bendición para un matrimonio que está condenado al fracaso? Entonces empecemos de cero. Si quiere siquiera considerar la ridícula noción de formar parte de *mi* familia, entonces tiene que dejar esa actitud de sabelotodo. Abandone sus planes. Aunque sé que esos míseros doscientos cincuenta mil dólares suenan como una mina de oro, le aseguro que no lo son. Se compromete al cien por ciento con Margulis Realty y *entonces* podremos ver si tenemos una conversación sobre esto bajo su nombre real.

No sabía si era una broma o un plan de acción. Apreté los dientes, pensativo. —De acuerdo.

—Empiece desde abajo, y tal vez en un par de años podamos volver a hablar.

Un picor de calor me recorrió los hombros. Lo que estaba diciendo no encajaba, no *podía* encajar, en mi visión del futuro. Pero tal vez necesitaba aguantarme y aceptarlo.

—Estoy dispuesto —fue todo lo que pude decir aunque había tanto sin decir retorciéndose dentro de mí.

—Genial. Puede encontrar una solicitud en la recepción al salir. —Allan se recostó en su asiento.

Parpadeé un par de veces. —¿Quiere decir que tengo que solicitar un empleo aquí?

Su risa resonó, aguda y sin remordimientos. Le encantaba esta situación, y yo lo odiaba por ello. Pero si quería a Cora, tenía que aguantar la paliza.

—Creo que hay una vacante ahora mismo, así que tiene una buena oportunidad de que lo contraten. —Aspiró por la nariz, sumergiéndose en sus papeles una vez más—. Si no, siempre

estamos buscando conserjes. Diez dólares la hora, y eso le permitirá entrar.

Me miró. —¿Al fin y al cabo, hará cualquier cosa, no?

Esta vez, me tocó a mí reír. —¿Prefiere que renuncie a doscientos cincuenta mil dólares en ganancias para tomar su trabajo por debajo del umbral de la pobreza?

—Necesito que demuestre su compromiso con la familia Margulis. —Él no se inmutó. Qué bastardo tan absoluto e impenitente.

—Limpiando sus inodoros.

Allan parpadeó dramáticamente, como si no entendiera en absoluto mi problema. —¿Es el tipo de trabajo lo que lo detiene? Pensé que se sentiría más a gusto a ese nivel. ¿No es así como su padre hizo sus miles?

Sus miles. Podría haberme ahogado en el mar de condescendencia con el que había llenado la habitación. Mi padre adoptivo no era conserje. Pero mi padre biológico sí lo había sido. Cómo lo sabía Allan era un misterio. Dudaba que Cora le hubiera dado el resumen de mi lamentable historia familiar. Lo que significaba que Allan había estado haciendo su tarea, incluso mientras me odiaba activamente.

Había hurgado más profundo de lo que esperaba.

—Escuche —empecé, soltando una ráfaga de aire derrotado. Pero no siguió nada más. No me quedaba nada que ofrecerle que no arruinara la minúscula oportunidad que aún me quedaba. Me había machacado, y yo me había contenido los insultos.

Allan miró su reloj. —Se le acabó el tiempo, muchacho. Fue un verdadero placer hablar con usted. —Con un exagerado acento sureño, añadió—: Vuelva pronto, ¿me oye?

—Váyase a la mierda —dije. La mirada fulminante que esto provocó fue el empujón final que me hizo perder la compostura—. Quiere hablar de falta de respeto. Cada puta cosa que me ha dicho aquí ha sido la definición de irrespetuoso.

—Mire a su alrededor, niño ingenuo. Está en mi edificio. Disfrutando de mi vista. Respirando *mi* aire. —No se equivocaba, ya que comprar los derechos aéreos en la ciudad era una práctica común. Resopló con desprecio—. No le debo una mierda. Ahora mire

bien a su alrededor, porque esta es la última vez que verá el interior de mi mundo.

La ira me acuchilló el pecho. Tenía que irme. *Ahora.* Allan creía que había ganado, pero esta batalla no había terminado ni de coña. Salí de su oficina hecho una furia, con el dolor y la perplejidad nublándome los bordes de la visión. Apenas podía ver por dónde iba, pero de alguna manera llegué al ascensor. Caminé de un lado a otro en la pequeña caja mientras caía en picado, tirando de mi pelo mientras luchaba por respirar hondo y con calma.

Nada me habría dado más placer que romperle la cara, pero tendría que conformarme con actos de vandalismo imaginarios.

En mi cabeza, estaba meando por toda su oficina y golpeando con un bate la escultura de llamas de cristal del vestíbulo mientras salía furioso del ascensor. Estaba tan enojado que casi olvido mi chaqueta, así que tuve que volver a cruzar el reluciente suelo pisando fuerte para tomarla. Todos los ojos se posaron en mí —quizás estaba echando humo con demasiada fuerza—, pero me importaba una mierda.

Lo único que me impedía mear de verdad en el vestíbulo era el hecho de que todavía planeaba casarme con Cora. La voz de la razón de Trace resonó en mi cabeza mientras me ponía el abrigo y me dirigía a las puertas giratorias de cristal de la entrada norte. —*Si meas en su vestíbulo, sabes que sobornará a todos los funcionarios del estado para asegurarse de que tu licencia de matrimonio no se tramite.* El Trace imaginario probablemente tenía razón.

No necesitaba darle más munición en mi contra, porque Cora y yo nos íbamos a casar.

Sin importar lo que pensara el Idiota de Margulis.

CAPÍTULO SEIS

CORA

—Cora, ¿puedes venir a la mesa ya? —La voz de mi madre en mi oído me sacó de mis pensamientos. Había estado pegada al teléfono toda la noche. Algo le pasaba a Axel, pero no decía qué. Hacía doce horas que lo había visto, pero la piel ya me picaba por querer más de él. Siempre era así cuando por fin podíamos vernos. El anhelo se imponía a todo lo demás. Él despertaba algo tan primitivo y tan intenso en mí que apenas podía funcionar después de nuestros encuentros.

—Estoy esperando mis limones —dije débilmente, señalando al barman al otro lado de la barra. Estábamos en Hallow, un restaurante de lujo ubicado en una catedral convertida. Todo brillaba dorado y celestial; los restos de la influencia divina, sin duda.

—Que te lo traigan a la mesa. —Mi madre usaba su voz de escenario, que era suave y ocultaba la molestia que acechaba por debajo. Solo yo podía oír lo agitada que estaba conmigo en realidad.

—Lo sé, pero… —tragué saliva. No quería ver a ninguna de las personas que se habían reunido en nuestra mesa—. Lo está cortando fresco. Además, sabes que siempre se olvidan de traer suficiente limón.

Bajó la cabeza y me lanzó una mirada fulminante.

—Te veo en la mesa.

Mi madre se abrió paso entre la multitud, dejándome con la sensación de ser una niña pequeña en problemas. Mis padres tenían una forma específica de hacer que todo el mundo cediera a sus deseos. Sus manipulaciones solían ser sutiles y prolongadas y, después de un tiempo, se convertían en lo mismo que el abrazo de una pitón. Al final, acababas aceptando lo que nunca habías considerado posible.

Había venido esperando el apretón. Sabía lo que me esperaba en esa mesa. Y guerra avisada no mata soldado. Necesitaba que así fuera.

Cuando el barman regresó con mi platito de gajos de limón perfectos, sonreí. Los pequeños placeres me mantenían en marcha. Saqué una foto y se la envié a Axel: *Mis limones de chica básica están listos.*

Guardé el teléfono en mi bolso de piel de Hermès y le deslicé al barman un billete de diez dólares antes de serpentear por el abarrotado restaurante con mi premio. Había venido sabiendo que era una reunión de negocios, por eso llevaba un sencillo vestido negro de cuello alto y tacones a juego. Mi bolso de piel de cabra rosa era el único toque aceptable para una reunión como esta. Pero aunque se trataba abiertamente de una reunión de negocios, sabía que había mucho *más* en juego que solo negocios, por lo que estaba preparada para holgazanear, desviar la atención y molestar.

—¡Cora! ¡Ahí estás! —La voz brillante de mi madre se crispó en los bordes mientras me llamaba por encima del alboroto. Me había «perdido» de camino a la mesa y su mano agitándose en el aire me sirvió de guía.

—Ay, no —ofrecí una sonrisa grande, pero falsa, mientras me acercaba a la mesa redonda, puesta para seis. *El grupo de los Margulis y los Rossberg*—. Casi salgo a la calle sin querer. —Que era lo que deseaba que hubiera pasado.

—¡Cora! Qué bueno verla de nuevo. —Los padres de Eli se levantaron para saludarme y su madre se acercó a mí con una cálida sonrisa y los brazos extendidos. Desde el primer día me había tratado como a una hija sustituta. Solo nos habíamos visto un

puñado de veces y, para ser justos, la mujer me caía bien. Siempre había sido dulce conmigo. Pero mi madre también podía ser dulce conmigo y eso no significaba que el abrazo de la pitón no estuviera esperando al final.

—Se la ve llena de vida, como siempre —me dijo el padre de Eli mientras me estrechaba la mano brevemente. El propio Eli esperaba detrás de sus padres, con una pequeña sonrisa en los labios. Su mirada verde musgo se posó en mí, con sus mechones rubios peinados en una perfecta onda al dedo. Tenía veintitrés años como yo, pero su arrogancia le añadía unos cuantos años más, lo hacía parecer mayor.

—Eli, qué gusto verlo —dije secamente, ofreciendo mi mejilla para el beso de rigor. Me presionó la mano en la espalda, cosa que normalmente *no* hacía, y me acercó más a él.

—Estoy tan feliz de que haya aceptado esta reunión —me susurró al oído—. Es usted difícil de atrapar, ¿lo sabía?

—¿Disculpe? —Me aparté.

Me observó como si supiera un secreto. Como si quizá mi padre le hubiera prometido algo.

—Digamos que es bueno saber que el dinero es lo que la hace ronronear.

Sentí que ese comentario merecía una bofetada, aunque no estaba del todo segura de por qué. ¿Qué se había dicho a puerta cerrada? Mi madre me instó a sentarme en la silla a su lado, dejando el último asiento vacío para mi padre, que se había retrasado en la oficina. Me tragué la frustración por el comentario de Eli y me senté… por supuesto, justo al lado de él.

—Y bien, Cora, cuéntenos… ¿cómo han ido las clases? —dijo la madre de Eli con entusiasmo.

—Oh, June, dele un momento para que pida una bebida al menos —la reprendió su marido con una mirada de disculpa hacia mí—. ¿Qué bebe, Cora? ¿Whisky solo? O quizá un sauvignon blanc.

Me reí educadamente.

—Con agua estoy bien. Un chardonnay no estaría mal.

Mientras el padre de Eli se esforzaba por llamar a un mesero, mi madre cruzó las manos sobre la mesa.

—Allan debería llegar en breve. No es propio de él llegar tan tarde.

—Quizá se le alargó una reunión —sugirió Eli.

—Estoy segura de que tiene una muy buena razón —dijo June.

El nudo en mi estómago se apretó más. No sabía por qué mi padre llegaba tarde, pero era raro. Axel no me respondía, lo que también era raro. Todo eso, sumado a la contemplación de la rareza que me rodeaba, me hacía sentir que podría ahogarme.

—No queremos que se pierda ni un segundo de nuestra conversación —dijo Jeffrey, sonriendo mientras se acercaba un mesero. Se cruzó de brazos y le dedicó una sonrisa demasiado amplia a la joven—. Por favor, el chardonnay más caro del lugar. Una botella.

—Yo ciertamente no necesito una botella —dije.

—Es para celebrar después —explicó Jeffrey—. Con Eli.

—En cuanto nos vayamos los viejos —añadió June con una risa despreocupada.

No habría ninguna celebración con Eli, eso era seguro. Un negocio no tenía por qué invadir mis horas libres. Además, encontraría cualquier excusa necesaria para pasar la noche en casa de Axel.

—Creo que esta cena debería ser celebración suficiente —dije—. ¡Miren dónde estamos! Prácticamente estamos en la gloria ahora mismo.

Eli se reclinó en su asiento, apoyando la mano en el respaldo de mi silla. Yo me incliné más cerca de la mesa, alcanzando mi vaso de agua para poder echarle el número apropiado de limones —tres— y alejarme de su alcance empalagoso.

No había nada inherentemente malo en Eli. Era simplemente el típico idiota rico. Padres famosos, una riqueza más allá de la imaginación, una afortunada mezcla de acervo genético. No podía negar que Eli era atractivo. Mandíbula cuadrada, una sonrisa encantadora que mostraba unos dientes blancos y perfectos. Su mirada me había sobresaltado una o dos veces en nuestro instituto privado. Pero la mezcla de alto, rubio y musgoso no era rival para el encanto de Kentucky del rubio sucio de Axel. Él podía arreglar un tractor *y* hacerme llegar al orgasmo. La mayoría de los hombres no podían hacer ninguna de las dos cosas.

Nuestros padres de vez en cuando veían a alguien que conocían en el restaurante, deteniéndose para saludar o enviar una rápida sonrisa a un colega. Era así dondequiera que fuéramos. El círculo de élite de la ciudad era pequeño. Todos nos conocíamos. Sabíamos quién pertenecía y quién no.

Eso era lo que hacía que la idea de negocio de Axel fuera tan frágil. Hombres como Eli y su padre —mi padre, también— nunca lo dejarían entrar en su círculo. Su grupo de potenciales clientes de alto calibre era más pequeño de lo que había planeado. Muy pocos hombres ostentaban un poder inimaginable. Por eso el plan de Axel necesitaba ser sólido como una roca para irrumpir en la industria como él y sus hermanos planeaban.

—Perdón, perdón a todos. —La voz áspera de mi padre interrumpió nuestra aburrida charla. Me enderecé, ofreciendo una sonrisa genérica mientras mi padre hacía su ronda saludando a todos. Se acomodó en el asiento vacío junto a mi madre—. Espero que no hayan esperado demasiado.

—Ni se preocupe por eso, Allan —dijo Jeffrey—. Su bella esposa pidió su bebida favorita mientras esperábamos y nos hemos puesto al día sobre las clases de Cora de este semestre. Todo está bien.

Mi padre asintió, mirando el vaso de whisky de alta gama —su bebida preferida— como si no lo reconociera.

—¿Cómo estuvo el trabajo hoy? —empezó mi madre, en lugar de decir *«¿Qué carajos te pasa?».*

Mi padre se aclaró la garganta, finalmente tomando el vaso y haciéndolo girar. Todavía no me había mirado.

—Un día ajetreado, como siempre. Aunque tuve una reunión sorpresa al final que se alargó.

—¿Ah, sí? ¿Nuevos planes para un hotel en alguna parte? —Una sonrisa cómplice se dibujó en los labios de Jeffrey—. Déjeme adivinar. Dubái.

Mi padre se rio, pero fue una risa hueca.

—No. Solo otro idiota iluso que cree que puede manejar las cosas a su manera.

Jeffrey gimió.

—Dios, nunca paran, ¿verdad?

—Este era peor que la mayoría. —La mandíbula de mi padre se movía de un lado a otro y finalmente me miró, con algo oscuro retorciéndose en su rostro—. Supongo que es parte del trabajo.

—Yo digo que hay que despedirlos en cuanto muestren signos de insubordinación. —Jeffrey enfatizó su punto dando un puñetazo al aire—. No los necesitamos. Y al parecer ellos no nos necesitan a nosotros.

—¿Pero qué pasa si no trabajan para usted?

—Entonces simplemente arruínelos —dijo Eli con una risa.

La sonrisa de mi padre se desvaneció rápidamente mientras tomaba un buen trago de su bebida. Cuando el vaso golpeó la mesa, giró el cuello de un lado a otro.

—Estoy listo para que empiece esta reunión. Y para meterme algo de maldita comida en el estómago.

—Ya pedí uno o dos aperitivos —ronroneó mi madre.

—Genial. Vayamos al grano. ¿Jeffrey? —Los labios de mi padre se curvaron en lo que parecía una sonrisa genuina. Sorprendente.

Jeffrey le devolvió la sonrisa y luego me miró. —Cora, brillante mujer de negocios de la nueva generación. La quiero en mi equipo.

Una risa de sorpresa se me escapó. —Vaya, Jeffrey, qué amable de su parte…

—Sus estudios en Stanford la ponen en una posición única para trabajar en conjunto con nuestra empresa. Pero lo que veo en el horizonte es más grande que una simple colaboración. Quiero que Margulis Realty nos acompañe en el viaje. Al *espacio*, por supuesto, pero también a la sala de juntas.

Asentí lentamente mientras fragmentos de mi conversación telefónica inicial con mi padre volvían a mi mente. —Por supuesto.

—Imagine los hoteles de su padre en la Luna. El primer edificio de oficinas de Margulis erigido en Marte. Cuando el turismo espacial despegue —lo que ocurrirá, y *pronto*—, necesitaremos a una innovadora social de nuestro lado para ayudar a navegar por el nuevo terreno.

Todo sonaba tan descabellado, casi inventado. Pero la semilla de la oportunidad me entusiasmaba. ¿Cómo no iba a hacerlo? —Eso suena… increíble.

—Así que está de acuerdo en que una fusión sería brillante. —La sonrisa de Jeffrey iba de oreja a oreja mientras su mirada pasaba de Eli a June—. Bueno, esto me facilita mucho el trabajo.

—No imagino un siguiente paso más ingenioso que unir Margulis Realty con Rossberg Aerospace. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí —refunfuñó mi padre.

—Digamos que fue idea de ambos —ofreció Jeffrey—. Después de todo, nuestra inspiración estaba justo frente a nosotros. —Sus ojos se arrugaron en las comisuras mientras miraba entre Eli y yo—. Aunque supongo que no debería adelantarme. ¿Ha decidido unirse a la empresa familiar una vez que termine su MBA?

Contuve mi expresión para no delatar ninguna de las emociones que este tema solía provocarme: fastidio, indecisión, total desinterés. —Esas negociaciones todavía están en marcha.

Los ojos de Jeffrey se abrieron de par en par y le lanzó una mirada de admiración a mi padre. —Le ha enseñado bien.

—Quizás demasiado bien —dijo mi padre, cruzándose de brazos.

—¿Cómo podría no entrar en el negocio familiar? —preguntó Eli con frialdad, y apestaba a que lo decía para beneficio de mi padre. Después de todo, estaba sentado justo a mi lado. Si Axel estuviera aquí, sabía cómo lo llamaría: un cretino pomposo.

—Quizás podría preguntárselo a ella —dije un poco más bajo, estrictamente para beneficio de Eli.

—Bueno, supongo que eso le pone un freno a la conversación —dijo Jeffrey, pareciendo decepcionado de la manera en que lo haría un actor de Broadway: un poco exagerado, para que el público de la última fila aún pudiera sentirlo—. Estamos interesados en trabajar con la próxima generación de Margulis Realty. Aunque estoy seguro de que las alternativas que está considerando son… valiosas.

Mi padre tosió. Mi madre tomó su vino.

—El punto es que veo un equipo increíble aquí mismo. —Jeffrey hizo un cuadrado entre él, mi padre, Eli y yo—. Sí, nuestros negocios insignia han tenido un éxito increíble. —Le dio una palmada en el hombro a mi padre, pero me clavó una mirada profunda—. Pero aquí estamos pensando en el futuro. Queremos estar al frente de esta carrera para desarrollar el espacio, no llegar en segundo o tercer

lugar. Y creo que es algo en lo que mis nietos también participarán activamente.

—¿Sus nietos? —repetí mientras tanto June como mi madre soltaban una carcajada.

—¿Pensé que éramos nosotras las que debíamos presionar? —preguntó mi madre con ironía.

—Mientras haya presión, no estoy seguro de que importe quién la aplique —respondió Jeffrey.

—Ay, Jeffrey. —June fingió molestia, pero de ella emanaba un placer secreto. La forma en que su mirada iba y venía entre Eli y yo servía de cartel para sus pensamientos: *¡Cásense de una vez y denme nietos!*

No tenía ninguna intención de casarme con Eli. Nunca. Era guapo, pero ahí empezaba y terminaba mi admiración.

El único hombre con el que me interesaba procrear no era bienvenido en esta mesa. Pero no podía pensar en ese enredo ahora mismo. Todos los hombres aquí querían algo de mí y yo no quería darles ni la mitad de lo que esperaban.

—Espero que a ninguno de ustedes le moleste que no esté planeando tener hijos —dije una vez que su risa se calmó. No era del todo cierto, pero no necesitaban saberlo.

—Ya cambiarás de opinión —me aseguró June—. Yo decía lo mismo a tu edad.

—Cora —empezó mi madre, con un tono que chorreaba un *no empieces*.

—¿No nos estamos adelantando? —intervino Eli, apretándome el hombro. Su contacto me produjo un cosquilleo, pero no por una buena razón—. Después de todo, es demasiado pronto para hablar de eso. Hay negocios que atender.

—Al menos en eso estamos de acuerdo —le dije.

—Bien. Dejaremos lo de los nietos para una reunión posterior —concedió Jeffrey—. Pero no podemos dejar que el futuro de esta fusión Margulis-Rossberg se nos escape. Por eso necesitamos actuar ahora. Miren todo este talento a nuestro alrededor. Toda esta oportunidad. Sería una negligencia dejarla escapar.

La cena avanzó, salpicada de ensaladas de pera asiática, cordero, vino caro y una charla interminable sobre negocios. La atención se desvió de mi potencial para tener hijos y la fusión de negocios, afortunadamente, pero Eli vibraba de interés a mi lado y era todo lo que podía hacer para no decirle que se fuera a la mierda. Esa era la influencia de Axel, sin duda; tenía un don con las palabras, pero no dudaba en desechar la delicadeza y recurrir a un buen *vete a la mierda* cuando era necesario.

Cuando el chardonnay y el cordero ya estaban dentro de mí, vi mi oportunidad de tomar mi bolso y dirigirme al baño. La curiosidad me arañaba, preguntándome si Axel habría respondido. Me disculpé, tomé mi bolso y salí disparada hacia el baño de damas.

Dentro del paraíso de azulejos malva y pardo, donde los aceites aromáticos daban a lo mundano un toque de elegancia, me apoyé en la pared y revisé mi teléfono.

AXEL: Nena, ¿dónde estás?

AXEL: Te necesito. Necesito verte. O sea, AHORA.

CORA: ¿Qué pasa? Acabo de ver estos mensajes. Estoy en una cena con mis padres.

Tres puntos aparecieron en la pantalla mientras Axel escribía. Me retorcí de anticipación, mordiéndome el labio superior.

AXEL: ¿Qué tienes en la agenda para después? Tengo una sorpresa preparándose.

CORA: Solo dime a dónde ir y ahí estaré. Ya me las arreglaré.

Después de guardar mi teléfono y hacer pis, me miré en el espejo ovalado. Había optado por un brillo de labios nude para complementar mi elegante vestido de negocios. Llevaba mi cabello castaño oscuro recogido a un lado, ocultando el rastro de un moretón que Axel me había dejado en el cuello la noche anterior. Lo había cubierto bien con corrector, pero nunca se es demasiado precavida en estas situaciones.

Le sonreí a mi reflejo mientras me secaba las manos. Unos escalofríos me recorrieron, recordando cómo Axel se había abierto paso a mordiscos por mi espalda, por la parte inferior de mis senos y hasta las partes carnosas de mi cuello. No había dejado ninguna parte de mí sin tocar anoche. Todavía estaba atrapada en la fantasía

de anoche cuando salí del baño, apenas consciente de mi entorno hasta que choqué con alguien.

Con Eli, para ser exactos.

—Oye, disculpa —dijo, sujetándome por los costados de los brazos —. No era mi intención que se estrellara contra mí, aunque no puedo decir que me moleste.

—Quizás si no anduviera acechando fuera del baño de mujeres, cosas así no pasarían —dije, apartándome de él. Él dio un paso conmigo, bloqueando la salida al comedor.

—¿Puede culparme? Usted es muy difícil de conseguir, Cora. Le encanta jugar a ese juego, ¿no?

—No estoy jugando a ningún juego, Eli —le dije, mi irritación alcanzando nuevas alturas—. Fui al baño y ahora está en mi camino.

—¿No puede simplemente darme una oportunidad? —preguntó. Algo en su tono rompió la irritación. Estaba siendo sincero, o lo más cercano a sincero que le era posible. Lo conocía desde la primaria, pero solo a distancia. No conocía los terrenos de su corazón ni cómo actuaba en su tiempo libre. Este fugaz atisbo de vulnerabilidad me tomó por sorpresa.

—¿Una oportunidad para qué? —pregunté—. Sabe perfectamente que tengo novio.

Sus ojos se afilaron. —¿Le ha propuesto matrimonio?

—No. —Tragué saliva—. Todavía no. ¿Por qué?

—Entonces no lo va a hacer. Además, no hay nada que diga que no podemos hablar de *nuestro propio* futuro —insistió Eli—. Ese chico no puede manejar a una mujer como usted. Yo sí puedo. Prométame que me dará una oportunidad.

Puse los ojos en blanco. —Usted no sabe nada de mi novio ni de lo que planea hacer. Pero claro. En el universo alternativo donde de alguna manera estoy insatisfecha con el amor de mi vida, sí, le daría una oportunidad. —Levanté la palma de mi mano mientras pasaba a su lado, creando una barrera entre sus intenciones y mi cuerpo.

No había dado ni cinco pasos cuando Eli me llamó.

—Sabe que podría arruinarlo, ¿verdad?

Me volví para mirarlo. —¿De verdad está tan desesperado, Eli? No necesita hacer eso. De hecho, no me necesita a mí para nada.

Simplemente búsquese una novia, literalmente cualquier otra.

Su mandíbula se tensó y una sonrisa tiró de sus labios. —Sabe que me excita cuando se hace la difícil.

Exhalé un suspiro frustrado y me di la vuelta. Eso era lo último que me importaba. —Nos vemos en la mesa.

Pero las palabras de Eli me siguieron de cerca.

Podría arruinarlo.

Eli no estaba exagerando.

Y por mucho que quisiera fingir que su interés no me importaba, todavía necesitaba averiguar cuán en serio lo decía.

CAPÍTULO SIETE

AXEL

CORA: ¿Dónde estás?

AXEL: Te estoy esperando afuera, nena. Iré a buscarte.

Me guardé el teléfono en el bolsillo, con el corazón latiéndome tan rápido que sentí que iba a caerme de bruces en la acera. Esto fue lo mejor que se me ocurrió: una cita improvisada justo después del no más grande y rotundo que había recibido en mi vida. Todavía no me había recuperado del todo de esa pésima reunión con Allan, pero no tenía tiempo para procesarlo.

Necesitaba convertir a Cora en mi prometida. De inmediato.

Esperaba que mi aire fanfarrón ocultara el temblor de mis rodillas mientras caminaba de un lado a otro frente al edificio de Park Avenue. Le había enviado la dirección sin darle contexto, apenas con suficiente efectivo encima para cubrir lo que probablemente terminarían siendo las bebidas más caras de la ciudad. Pero ese *lounge* valía la pena, un lugar con el que me había topado por pura casualidad gracias al amigo de un compañero de la escuela de negocios no hacía mucho. Y el dinero que no gastara en bebidas se lo daría al mesero de arriba como pago para que capturara esta pedida de mano en fotos y video.

Ahora todo lo que tenía que hacer era decir que sí y el resto de nuestras vidas podría comenzar.

El Meridian Lounge era la mezcla perfecta de elegancia y un ambiente sensual y melancólico. Parecía la misma combinación de lo que Cora y yo podíamos esperar también. Moderno. Bien combinado. Excitantemente glamoroso, pero aun así accesible. Justo en pleno corazón de Manhattan.

La vi bajar del auto de aplicación en la esquina. Sus tonificadas piernas relucían, lo que significaba que había usado la loción con brillantina para esta noche. Dios, me encantaba cuando usaba la loción con brillantina. Toda mi ansiedad se disolvió cuando dirigió su mirada ahumada hacia mí. Ninguna otra mujer en el mundo podría ser más hermosa, más perfecta, que mi Cora. Se me hizo un nudo en la garganta por la emoción mientras caminaba hacia mí, con un abrigo de terciopelo negro ceñido a su cuerpo y ese bolso de piel de cabra rosada, demasiado caro para ser real, colgando del hueco de su codo.

—¿Vas a quedarte mirándome todo el día? —bromeó.

La atraje a mis brazos y el alivio me inundó. Era mi mujer. Ahora y para siempre. No estaba seguro de cómo había tenido la suerte de encontrarla, pero la vida me la había traído. Mierda, iba a ponerme a llorar antes de siquiera acercarme a proponerle matrimonio.

—Axel, ¿estás bien? —se apartó para mirarme. Me aclaré la garganta, preguntándome si podría ver el brillo de las lágrimas en mis ojos.

—Sí. Totalmente bien, nena —le di un suave beso en los labios, acunando su rostro en forma de corazón entre mis manos—. No puedo esperar a enseñarte este lugar.

La tomé de la mano, comprobando discretamente con la otra que la caja del anillo seguía en mi bolsillo. La guié hacia el vestíbulo cavernoso del edificio, siguiendo los letreros con motas doradas que decían *Meridian* en los pilares entre la puerta y el ascensor. Otra pareja se nos unió en la subida, pero apenas nos dimos cuenta. Todo lo que podía ver era a Cora. La mantuve abrazada contra mí todo el camino hasta el piso trece. Las puertas se abrieron, revelando alfombras con estampado abstracto de cebra y una

iluminación tenue y ambarina. El *lounge* estaba lleno de gente de todo tipo de onda: hípsteres y empresarios modernos por igual, inclinados unos hacia otros en bajos bancos de madera y sillas minimalistas de estilo *wing chair* con estructura de alambre.

Cora dejó escapar un bajo murmullo de aprobación mientras la guiaba a través del atractivo bullicio. —Este sí que es un lugar encantador.

—Sabía que te encantaría —le di un beso en la mejilla y abrí la puerta de la terraza—. Era una noche fría, pero el fuego de nuestro amor y compromiso nos mantendría calientes. Además, las bebidas de celebración esperaban al otro lado de esta proposición. Estaríamos calentitos en un santiamén.

—¿Deberíamos pedir unas bebidas? —preguntó Cora.

—En un minuto —la vista ininterrumpida del horizonte del centro de la ciudad acaparó nuestra atención. Incluso después de vivir aquí durante cinco años, todavía me dejaba sin aliento. No estaba seguro de si alguna vez me acostumbraría a ser residente de Nueva York, después de haber estado atrapado en las colinas de Kentucky durante la mayor parte de mi vida. Algunos días podía ver Manhattan a través del velo de mis aspiraciones infantiles, donde incluso los embotellamientos me entusiasmaban.

—Oh, Axel —su voz salió como un susurro reverente mientras nos acomodábamos en un rincón rodeado de plantas con vistas a la ciudad. Altos calefactores de exterior salpicaban la terraza, lo que hacía soportable la noche fría—. Esto es hermoso.

Aunque no tan impresionante como la vista desde la oficina de su padre, aunque no quería sacar a relucir cómo sabía eso. El murmullo de otros clientes en la terraza se desvaneció a medida que mi ansiedad regresaba. Era ahora o nunca. Se me secó la boca. Toqué el contorno de la pequeña caja del anillo en mi bolsillo.

—No se compara con lo hermosa que eres tú —dije y le di un codazo.

Sonrió de lado, captando mi onda demasiado cursi para ser real. —¿Estás tratando de ligarme con esa frase?

—Solo si quisiera que te fueras directa a la puerta —miré hacia el bar, buscando al mesero al que le había adelantado cien dólares. Lo

miré a los ojos y asentí con la cabeza. Me levantó el pulgar y se dirigió hacia nosotros. Volviendo a mirar a Cora, dije—: Sé muy bien que no debo compararte con una metrópolis bulliciosa.

—Supongo que para algunas personas, las comparaciones de ciudad a humano funcionan —reflexionó, con la mirada recorriendo el brillante horizonte nocturno.

—A algunas personas les excitan los puentes. A veces los objetos inanimados son sexi, si eso es lo tuyo —tragué saliva, gritándome a mí mismo que me pusiera en marcha. Metí la mano en el bolsillo. *Solo hazlo, joder. Deja de decir estas pendejadas.*

Echó la cabeza hacia atrás y se rio. —¿Como a mí me excita tu chaqueta de cuero?

Le pasé el brazo por los hombros, acercándola. —A ti solo te gusta lo que hay debajo de la chaqueta de cuero.

Se giró hacia mí, mirándome a los ojos. Tenía toda su atención, y yo estaba sudando a mares. *Ahora. El momento es ahora.* La tomé por los brazos. —Cora.

Su sonrisa se desvaneció un poco. —Axel.

Respiré hondo, tembloroso. Su padre se iba a enojar muchísimo. Pero tenía que seguir adelante, al diablo con las consecuencias. Estábamos hechos el uno para el otro, y ambos lo sabíamos. —¿Sabes por qué te traje aquí esta noche?

—¿Porque nos gusta tomar bebidas en lugares bonitos?

—Sí, eso —me reí, besándole la frente—. Pero también tengo una pregunta muy importante que hacerte.

Sus ojos se abrieron como platos. —Oh, Dios mío. ¿Hablas en serio? —se tapó la boca con las manos y se le escapó un chillido.

—Cora… no…

—Axel, oh, Dios mío, oh, Dios mío, ¿me lo vas a pedir? —se abanicó la cara. Las lágrimas se acumularon en sus ojos.

Por encima de su hombro, vi al mesero capturando sigilosamente el momento. Todo lo que pude hacer fue reír. —Quiero decir, sí, pero se supone que no tienes que delatarme así.

Se secó una lágrima. —Oh, Dios mío, lo siento, lo estoy arruinando —se abanicó la cara de nuevo—. Mierda. Oh, Dios mío, lo estoy arruinando.

—No lo estás arruinando —le besé la frente de nuevo, tan divertido que podía estallar—. Solo iba a preguntarte si querías pasar la noche en mi casa.

Sus ojos se abrieron de nuevo, pero por una razón diferente. Una carcajada brotó de mí. Este era el momento. Todo era perfecto. Lentamente me arrodillé y su boca formó una gran O.

—Oh, Dios mío, *sí* que me lo vas a pedir —susurró con voz ronca.

Saqué la caja del anillo de mi bolsillo y la apreté en mi mano. Había planeado un millón de monólogos diferentes. Pero nada de eso importaba. No necesitaba que fuera perfecto con ella. Porque lo que hacíamos era perfecto para nosotros. —Cora Jean Margulis. He querido hacerte mi esposa desde la semana después de que nos conocimos. Supe desde el principio que eras tú para mí. La mujer que he esperado toda mi vida para conocer. Y pasaré el resto de nuestras vidas demostrando que soy digno de estar a tu lado.

Sollozó suavemente, con una mano apretada contra la boca.

—Cora Jean —dije, abriendo la caja del anillo—. Mi vaquerita. Mi encanto. ¿Quieres casarte conmigo?

Parpadeó para quitarse unas lágrimas y se derrumbó sobre mí, rodeándome el cuello con los brazos con fuerza. Lloró en mi cuello, repitiendo «Sí» una y otra vez. El anillo no importaba. Se trataba del amor entre nosotros. Era un pequeño detalle, pero solo reafirmaba lo que yo sabía que era verdad.

—Te amo tanto, nena —las lágrimas se acumularon en mis ojos y se derramaron. Desde el otro lado de la terraza, el mesero me levantó el pulgar y yo se lo devolví. Un aplauso estalló a nuestro alrededor, y las lágrimas de Cora se convirtieron en risas.

—Olvidé que había otras personas aquí —susurró.

—Les encanta que acabes de aceptar casarte conmigo.

Sus labios encontraron los míos, dos sonrisas que se encontraron. Nuestros besos manchados de sal se hicieron más profundos y apasionados. Puse el freno cuando empecé a empalmarme allí mismo en la terraza con público.

—¿No quieres ver el anillo, nena? —murmuré en su oído. Ella rio de nuevo, y ambos nos pusimos de pie. Miró dentro de la caja del anillo y se tapó la boca con una mano.

—Es tan hermoso, Axel. Es exactamente lo que siempre he soñado. ¿Cómo es que eres tan perfecto? —estaba lloriqueando ahora mientras yo le deslizaba el anillo en el dedo. Una vez que estuvo en su lugar, volvió a echarme los brazos al cuello—. ¿Cómo te las arreglaste…?

—Shhh. No necesitamos hablar de eso ahora mismo —le acaricié el pelo y empezamos a mecernos de un lado a otro. Como si fuera una señal, una romántica canción electrónica con toques de jazz llegó desde el bar. Otra señal más de que esto era lo correcto. Todo saldría bien. No importaba lo que Allan dijera o pensara. No podía entrometerse en el amor que nos teníamos.

Cora me apretó tan fuerte por la cintura que tosí. Me miró, con los ojos brillantes. —Seré la señora Fairchild.

—Dios, eso suena sexy.

—Cambiaré mi pasaporte para que muestre mi nuevo nombre.

—¿Estás tratando de escribir tus votos ahora mismo? Porque a eso suena.

El mesero se me acercó y le di las gracias, deslizándole otro billete de cien dólares. Al menos era más barato que un fotógrafo, y le ofrecí un descuento en servicios de gestión financiera si alguna vez los necesitaba. Mientras mi teléfono empezaba a vibrar con las fotos que me enviaba, me llevé los nudillos de Cora a los labios.

—Celebremos con una copa. Yo invito. Tú quédate aquí y disfruta de la vista, futura señora Fairchild. —Le di un beso en la frente y crucé la terraza, volteando cada pocos segundos para cruzar mi mirada con la suya y sonreír como un idiota. Dentro del bar, el volumen había subido: más gente, más parloteo, más notas frenéticas de jazz electrónico. Me dirigí hacia el barman con una sonrisa permanente, pidiendo dos de los favoritos de Cora: gin-tonic.

Cuando el barman me dijo el total, le deslicé mi tarjeta de débito. La pasó e hizo una mueca. —¿La rechazaron. ¿Tiene otra forma de pago?

El pánico me recorrió. Acababa de darle la mayor parte de mi efectivo al mesero y estas copas costaban casi cincuenta dólares. —Sí. Espera un momento. —Busqué a tientas mi billetera y saqué una tarjeta de crédito que guardaba a mano. Excepto que estaba casi al

límite. Recé mil plegarias mientras el barman la pasaba. *Por favor, no me hagas esto hoy. No ahora que estamos tan felices.* Él miró fijamente la pantalla de su consola y luego me devolvió la tarjeta mientras se imprimía un recibo. Solté un suspiro bajo de alivio.

Añadí una propina, aunque no estaba seguro de si la cantidad extra pasaría, y firmé con una floritura. Uno de mis hermanos debió de usar nuestra tarjeta de débito compartida por accidente, pero no iba a investigarlo ahora. Regresé a la terraza con nuestras copas y encontré a Cora frunciendo el ceño en un rincón junto al calentador de exterior, con la vista clavada en su teléfono.

—Salud, nena.

Ella levantó la vista hacia mí y esa bonita sonrisa regresó. Chocamos las copas mientras me acomodaba en el asiento junto a ella. Después de un sorbo, tarareó. —Justo lo que necesitaba.

—Me imaginé que sí. Y yo te daré en tu otro punto más tarde.

Ella se rio, su mano posándose en mi pecho. —Esa es la frase que siempre funciona conmigo. —Se acurrucó en mi cuello—. Te amo tanto, Axel.

—Yo te amo más.

—Entonces, ¿cuándo deberíamos casarnos? —Se acurrucó aún más contra mí, y levanté sus piernas para que descansaran en mi regazo.

Pasando mi mano de un lado a otro por la brillante suavidad de su piel, dije: —Quiero la fecha que tú quieras.

—La planificación de esta boda va por buen camino. Dándome todo el control. —Se rio con malicia y luego volvió a sorber su bebida —. Siempre he querido una de esas fechas redundantes. Como 22 del 2. O 4 del 4.

—Podemos grabarla en una tabla de cortar y colgarla en la cocina.

—¿Dónde debería estar nuestra primera casa?

—Donde tú quieras, cariño. —Volví a sonreír, capturando un dulce beso. Dios, qué bien se sentía decir eso. Pero mi ansiedad me carcomía. Tenía una tarjeta de crédito al límite para ofrecerle mientras empezábamos nuestras vidas juntos. *Ya la estás cagando.* Le di otro trago fuerte a mi bebida, necesitando el calor que

calmaría mi mente inquieta. *¿Y si tu negocio no despega como crees?* Otro trago fuerte. *Quizás Allan tenía razón.*

—Caray, bébetelo todo de un trago —bromeó.

—Estas copas caras saben mejor —dije con voz ronca, agitando lo poco que quedaba en mi vaso—. Como sea, estaba pensando que podríamos tener un condominio en la ciudad. Luego, probablemente una casa de campo en Kentucky, cerca de mis padres. Y un apartamento en Los Ángeles, para cuando empecemos a conquistar la Costa Oeste.

Ella se rio, acurrucándose contra mí. —¿Puedo decorar todas las casas?

—Claro que sí, nena. —*Excepto, ¿cuándo podrás permitirte todas estas casas? ¿Cuando ambos tengáis 70 años?*— Lo que la señora Fairchild quiera, la señora Fairchild lo obtiene.

Se mordió el labio inferior, clavándome la mirada más sexi que he visto en mi vida. —No estoy bromeando, Axel, si dices eso una vez más, puede que me corra ahora mismo.

Uf. Como si hubiera algún reto que quisiera aceptar más que este. Me humedecí el labio inferior y examiné la terraza. No había mucha gente aquí afuera, debido al frío, pero con lo cerca que estábamos del calentador y lo felices que nos sentíamos por el reciente compromiso, podríamos haber estado aquí desnudos. Me quité la chaqueta de cuero y le cubrí las piernas. Mi mano encontró el calor bajo su vestido. Ella bajó la barbilla, una sonrisa sexi jugueteando en sus labios.

—¿Qué decías, señora Fairchild?

Sus fosas nasales se ensancharon cuando mis dedos encontraron la entrepierna empapada de sus bragas. Así que la propuesta la había excitado. Nuestras frentes se juntaron mientras empujaba las yemas de mis dedos para encontrar su calor hinchado. Era un terciopelo jugoso, oprimido y eléctrico. Con un dedo dentro de ella, le robé un beso de lengua profundo y húmedo. Sus muslos se pusieron rígidos bajo mi chaqueta de cuero.

—Me la pones demasiado fácil —le susurré ardientemente al oído —, cuando estás excitada así. Chorreando. Y todo porque estás a punto de ser mi esposa.

—Es tu culpa —dijo sin aliento. Giré mis dedos alrededor del duro botón de su clítoris y ella se sacudió en mis brazos—. Eres el único hombre que hace que el matrimonio parezca una buena idea.

La convencí de que me diera otro beso apasionado mientras introducía un segundo dedo en ella, y luego un tercero. Le encantaba que la llenara, donde y como fuera posible. Y la noche de nuestro compromiso merecía algo para el recuerdo.

Deslicé mi pulgar de un lado a otro sobre la necesitada protuberancia mientras bombeaba mis dedos en ella con fuerza. Gimió suavemente, apretando su agarre alrededor de mi cuello.

—Estoy listo para dedearte en público por el resto de nuestras vidas.

Una sonrisa perezosa apareció en su rostro, y se arqueó ligeramente contra mí justo cuando un mesero se acercó velozmente a nuestra mesa.

—¿Necesitan algo más por ahora?

Hundí mis dedos en el calor aterciopelado de su coño y le dediqué una gran sonrisa al mesero. —Creo que estamos bien. ¿Verdad, Cora?

Cora se aclaró la garganta y luego soltó un chillido, con los muslos rígidos bajo la chaqueta. Estaba tan cerca de correrse. Le pellizqué el clítoris entre el pulgar y el índice, sus jugos goteando por mi mano. El mesero se alejó, sin sospechar nada, y capturé los labios de Cora en un beso.

—Córrete para mí, señora Fairchild.

Sus muslos se pusieron duros como una roca alrededor de mi mano. El gemido fue la única señal externa de que había cruzado el límite, pero bajo mi chaqueta de cuero podía sentir cómo su coño palpitaba alrededor de mis dedos, atrayéndolos más profundamente hacia ella. Solo yo podía sentir cómo su respiración se había vuelto ligera y apresurada.

Todo mi cuerpo me picaba por la necesidad de hundir mi verga en ella, de darle cada centímetro de mi pasión. Pero no aquí. Nunca engañaríamos a un mesero si me permitiera follármela como es debido.

Le mordisqueé el lóbulo de la oreja mientras su orgasmo amainaba, trazando círculos perezosos alrededor de su palpitante clítoris.

—Eso fue solo la previa —le susurré al oído—. La celebración propiamente dicha vendrá después.

—Ojalá no tuviera que volar de vuelta el domingo por la mañana.

—Iré a verte pronto —le dije, mientras el mensaje de «rechazada» de mi tarjeta de débito destellaba tras mis párpados—. Haré que funcione. —Aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo. Nuestro futuro dependía de ello.

Se movió contra mí, abriendo la boca para decir algo. Pero en lugar de palabras, jadeó. Retiré la mano de debajo de su vestido por instinto. Sus pies se plantaron en el suelo de un salto, con la mirada fija en la entrada del bar.

—Carajo, es Vince. —Se aferró a la chaqueta de cuero sobre su regazo, como si mis dedos todavía estuvieran enterrados hasta los nudillos. Su cuello se sonrojó y buscó su copa—. ¿Qué diablos hace él aquí? —murmuró por encima del borde del vaso.

El conductor de su padre era parte chófer, parte guardaespaldas. El hombre era uno de esos tipos tipo mafia a sueldo, un tipo de Brooklyn de los que no se andan con tonterías y que no dudarían en romperte la muñeca y luego amenazarte con demandarte por la molestia de haber tenido que hacerlo.

Era el tipo de hombre que quería de mi lado... y el tipo de hombre con el que temía tener que lidiar cuando estaba del lado de Allan.

—Podemos irnos —ofrecí—. La cuenta está cerrada.

—Como si pudiéramos escapar ahora. —Ella tragó saliva y maldijo en voz baja—. Nos acaba de ver.

Vince se nos acercó con el ceño fruncido. Estábamos en problemas, aunque no sabía por qué. A menos que Allan pudiera *sentir* que le había pedido a su hija que se casara conmigo.

—¿Qué está haciendo aquí? —siseó Cora cuando Vince estuvo lo suficientemente cerca para oírla.

—Recoge tus cosas. El auto está abajo. —Chasqueó los dedos y señaló con el pulgar en dirección a la puerta—. Pronto, señorita.

—Estoy ocupada —dijo Cora con los dientes apretados.

—No importa. Hay una emergencia. Vámonos. —Vince se cruzó de muñecas y esperó, sin dejar lugar a debate.

—Yo la llevaré —dije.

Vince soltó una risa. —Qué gracioso. ¿Lista, Cora?

—Mi padre es capaz de hablarme él mismo. —Ella enderezó la espalda—. No entiendo qué podría ser tan importante.

—Se lo explicará cuando llegue al hospital.

Los ojos de Cora se abrieron de par en par y se volvió hacia mí. En voz baja, dijo: —¿Debería ir, verdad?

Moví la mandíbula de un lado a otro. Todo el asunto era un poco jodido, pero no quería estar en el lado equivocado de una emergencia. A pesar de lo que yo sentía por el hombre, era su padre.

—Sí. Nos vemos después, ¿vale?

Ella asintió y tomó su bolso, dándome un beso rápido en los labios. Su tonificado cuerpo se estiró al ponerse de pie, el brillo de sus pantorrillas captando mi atención una vez más. La alcancé mientras se alejaba, las yemas de mis dedos rozando el dobladillo negro de su vestido.

Aunque tuviera que irse, todavía había motivos para celebrar.

El anillo de compromiso brillaba en su mano izquierda mientras caminaba hacia la puerta.

Se fuera o no, Cora era mía.

CAPÍTULO OCHO

CORA

Vince no soltó prenda en todo el camino. Era famoso por ser una tumba cuando mi padre se lo ordenaba, lo que me irritaba cada vez más hasta que llegamos al edificio de mis padres. Vince me acompañó hasta el elevador de servicio, estoico y fornido como siempre. A veces, en nuestros buenos días, era como un padre sustituto para mí. Pero la mayor parte del tiempo, era el fastidioso lacayo a sueldo de mi verdadero padre.

—Dijiste que íbamos al hospital —le recordé a Vince mientras pasaba la tarjeta llave antes de presionar el botón del *penthouse*.

—¿Ah, sí? —Una sonrisita socarrona apareció en su rostro.

—Voy a estar furiosa si no hay ninguna emergencia médica. —Miré fijamente la pared del elevador mientras subíamos a toda velocidad hacia el piso treinta y tres. Mi cuerpo ya sabía la verdad. No había ninguna emergencia médica. Y ahora tenía que prepararme para… algo. La incertidumbre era estresante, pero estaba acostumbrada. Toda mi vida había estado plagada de la tensión de esperar la siguiente ronda de malas noticias.

Había pensado que después de la muerte de Chris no podría haber más malas noticias. Después de todo, no podía haber nada peor que perder a mi hermano por suicidio, ¿verdad? Pero en ese entonces fui

ingenua. Lo único que significó fue que las malas noticias se pusieron peores.

Las puertas del elevador se abrieron, revelando el impecable vestíbulo trasero del *penthouse* de mis padres. Las luces estaban atenuadas y no se oía más ruido que el zumbido del elevador. Vince me hizo un gesto para que saliera.

Esperaba un comité de bienvenida, así que esta falta de noticias inmediatas me desconcertó aún más. La luz se derramaba desde el pasillo que conducía a la cocina, y me dirigí hacia allá. Desde lo más profundo de la casa, llegó un sollozo ahogado. Se me hizo un nudo en el estómago.

—Bernadette, vamos a hacerlo. —La voz severa de mi padre llegó desde el pasillo mientras me adentraba en la casa—. Es la hora. No voy a decirlo de nuevo.

—¿Hola? —Disminuí la velocidad, aferrando la correa de mi bolso. El peso de mi nuevo anillo de compromiso me recordó la gran noticia que tenía. No era el mejor momento. Me lo quité del dedo y lo guardé en mi bolso Hermès.

—Cora. Entra. —La voz de mi madre sonaba débil y llorosa. Doblé la esquina hacia la cocina y los encontré reunidos junto a la mesa del desayunador, con un montón de hojas sueltas, amarillentas y dobladas de un bloc de notas legal entre ellos. El nudo que tenía en el estómago se me cayó a los pies. Fuera cual fuera la noticia que me esperaba, no era buena.

—Siéntese —me ordenó mi padre.

—¿Está todo bien? —Me deslicé hacia una silla libre en la mesa. El jarrón de mosaico ostentosamente grande de mi madre rebosaba de rosas blancas. Siempre se aseguraba de que la casa estuviera llena de flores frescas. Y de alguna manera, la ansiedad desgarradora y el persistente olor a rosas evocaban recuerdos igualmente fuertes del hogar.

Mi padre respiró hondo, con la mirada fija en mi madre. —Bernadette.

Mi madre se apretó la frente con dos dedos y metió los labios hacia adentro.

—Me están asustando. Díganme ya. ¿Qué está pasando?

—Hay algo que tienes que ver —dijo finalmente mi madre—. Antes de que regreses a Los Ángeles.

Mi mirada se posó en los papeles que había entre nosotros. Ella revolvió algunos, y fue entonces cuando noté la caligrafía. Las tenues patas de araña, el trazo apresurado de las A mayúsculas, la floritura de la Y que siempre me había encantado en secreto. La caligrafía que mi padre había llamado «demasiado gay».

El vacío de mi estómago echó raíces de las que brotaron pequeñas flores de ansiedad. Se me hizo un nudo en la garganta. Esa era la letra de Chris. En la parte superior de una de las hojas: «Querida familia».

Era una carta de Chris.

—Encontramos esto —empezó mi madre, pero se detuvo en seco, su garganta se contrajo.

—Tienes que leerla —dijo mi padre bruscamente. Mantuvo mi mirada, había algo grave y suplicante en ella. La última vez que lo había visto así fue poco después del funeral de Chris, cuando emitió el mandato familiar de no hablar nunca abiertamente del suicidio de mi hermano. Con nadie. Bajo ninguna circunstancia. El acuerdo de confidencialidad formal llegó más tarde, y me animaron enérgicamente a firmarlo. A los dieciocho años y en medio de la angustia, lo firmé sin pensarlo dos veces.

Por eso el mundo pensaba que Christopher Margulis había muerto en un extraño accidente en la cocina. Lo que realmente ocurrió fue que se pegó un tiro en la cabeza en su dormitorio, justo antes de que yo llegara a casa del entrenamiento de tenis en mi último año de preparatoria.

—Pensé que no había dejado una nota de suicidio —logré decir con los labios secos.

—No lo hizo. La carta fue encontrada en su escritorio. —Mi padre parecía querer añadir algo más, pero cerró la boca con fuerza.

—Ustedes dos eran increíblemente unidos —dijo mi madre, pero esta vez no pudo controlar la emoción. Era la única de la familia que había llorado abiertamente por mi hermano… una vez. En cuanto a mí, me había dormido llorando durante dos años enteros. ¿Le habría pasado lo mismo a mi madre? ¿O tal vez peor?

Extendí la mano para darle un pequeño apretón en la suya. Ella no me dejó entrar en la tristeza de su corazón. Ni siquiera en sus alegrías. Nadie lo hacía en la familia Margulis.

—Solo creo que te interesará ver lo que hay aquí —terminó en un susurro—. Llévatela y léela. Pero por favor, cuídala. Me gustaría que me la devolvieras.

—Por supuesto. —Me temblaban los dedos mientras extendía la mano para tomar las páginas que me entregaba. Las fosas nasales de mi padre se ensancharon y se aclaró la garganta.

—Tienes mucho en qué pensar. Saldrás para el aeropuerto mañana a las diez de la mañana.

—Buenas noches, Cora. —Mi madre me dio un besito en la coronilla, y mis padres se pusieron de pie, dejándome bajo la suave luz blanca del desayunador. Nadando en ansiedad. Inundada por el aroma de las rosas. Las verdaderas marcas del hogar.

Caminé hacia mi dormitorio con las piernas temblorosas. Chris se había quitado la vida hacía seis años, cuando estaba en plena escuela de negocios, encaminado hacia la grandeza que mi padre siempre había deseado para él.

Solo había un pequeño problema. Chris no se ajustaba a *todas* las expectativas de mi padre. *Soy más gay que un día de fiesta*, solía decir con una sonrisa triste y un horrible acento sureño que usaba solo porque sabía que me haría reír. No importaba que Chris mantuviera sus inclinaciones en privado. No importaba que tuviéramos un tío gay (a quien la familia también rechazó). No importaba que viviéramos en «esta época».

Mi padre tenía expectativas. Esas expectativas engendraron reglas. Esas reglas se volvieron tan apretadas como un tornillo de banco.

Y después de tantos años en un tornillo de banco, ya no podía respirar.

Mensajes de Axel iluminaron mi teléfono mientras me acomodaba en mi dormitorio. A través de los grandes ventanales, el río Hudson brillaba frente al resplandeciente horizonte. Me quité los tacones de una patada, respondiendo al mismo tiempo.

CORA: Estoy en casa. Todo está bien, supongo. Mis padres solo tenían algunas noticias fuertes.

AXEL: ¿Qué noticias?

CORA: Todavía estoy averiguándolo. Te avisaré.

Me mordisqueé el labio superior, mirando las descoloridas hojas amarillas del bloc de notas, tratando de imaginar a Chris escribiendo esto. ¿Habría estado llorando? ¿Las escribió y las guardó antes de su suicidio, o las garabateó en un ataque de manía justo antes de apretar el gatillo? Lo que más me molestaba era no conocer los detalles de sus últimos momentos. No poder determinar su lucidez.

Mi madre no había mentido. Chris y yo habíamos sido prácticamente gemelos, con tres años de diferencia. Éramos cómplices en todo, incluso desde nuestros primeros tiempos, cuando Chris estaba demasiado ansioso para el gusto de mis padres por unirse a mí en las fiestas de té con mis muñecas. Lo que empezó como mejores amigos de fiestas de té floreció en el Dúo Dinámico. Yo era la única que podía calmarlo en sus días más oscuros. Yo era la única que sabía a dónde iba *realmente* los jueves por la noche cuando mis padres pensaban que estaba en el club de inversión (pista: un spa gay). Yo era la única que sabía cuán sensibles eran realmente las cavernas de su corazón.

Yo era la única que podría haberle impedido apretar el gatillo.

Las lágrimas se habían acumulado en el regazo de mi vestido negro antes de que me diera cuenta de que estaba llorando. Solo necesitaba leer esto y terminar de una vez. La tristeza era agotadora. Había estado agotada durante tanto tiempo.

Respiré hondo y temblorosamente, y me sumergí en la lectura.

Chris había escrito tres páginas enteras. No había fecha, pero se leía como un testamento en vida. Excepto que no estaba repartiendo objetos personales. Estaba repartiendo sus planes para el resto de nosotros.

Para mi madre: *Plántame en un jardín. Guarda mis recuerdos en tus flores y solo piensa en mí con una sonrisa. Eso es todo lo que quiero.*

Para mi padre: *Encuentre la felicidad en el próximo director de Margulis Realty. Lamento que no pudiera ser yo, pero ambos sabemos que solo lo habría decepcionado.*

Para mí: *Dale a nuestro padre lo que yo no puedo. Estás hecha para esto, Corky. ¿Qué tan increíble CEO serás? No solo darás un paso al frente, te adentrarás y harás historia en el camino.*

Sus palabras cayeron como una medicina agridulce en mi lengua. Había querido más de él desde el día en que lo enterramos, pero ver cómo imaginaba el futuro se sintió como un empujón en la dirección equivocada.

Releí todo una segunda vez, y luego una tercera. No hacía falta ser un genio para entender por qué mis padres me habían mostrado esto ahora. Pero lo que realmente me molestaba era preguntarme cuánto tiempo llevaban guardando esta carta. A veces, sus palabras eran más bien lo que ellos querían que fuera la historia. La verdad más conveniente para su agenda.

Habría sospechado de esta carta si no estuviera absolutamente empapada de las hermosas patas de araña de Chris.

Dejé las páginas a un lado con el corazón apesadumbrado, puntos oscuros de lágrimas en mi edredón malva.

Chris quiere que hagas el trabajo que él no pudo.

Era un detalle: la petición de una persona que ya no estaba aquí.

Pero Chris pulsaba con vida dentro de mi corazón cada día. Su espíritu zumbaba en mi mente, marcaba los éxitos y horrores particulares de la Semana de la Moda cada año, me preguntaba si *realmente* quería pepinillos en mi sándwich de charcutería como lo había pedido (la respuesta siempre era sí, Espíritu de Chris).

Si no hacía lo que él quería, me lo iba a echar en cara, carajo.

Pero ya no podía pensar en ello. Era demasiado; era demasiado pesado. Mi padre quería una decisión, y esta carta prácticamente la tomaba por mí. Incluso en nuestros malos días, habría hecho cualquier cosa que Chris me pidiera. ¿Y ahora esto?

Lágrimas saladas encontraron la comisura de mis labios. Tomé una bocanada de aire entrecortada y dejé las páginas sobre la superficie de mi tocador, desordenada de maquillaje. Al hacerlo, vislumbré el aterrador estado de mi rostro. Riachuelos oscuros de rímel por mis mejillas. Lápiz labial corrido. Ojos hinchados y rojos que todavía tenían lágrimas después de seis años de llorar por mi hermano.

Porque una cosa era cierta: yo estaba viva, y él no.

Yo era la única persona que quedaba que podía lograr las cosas que él había anhelado.

No había estado allí para detenerlo. No había intervenido. Había estado demasiado preocupada con mi propia vida para detener la espiral descendente.

Ahora, yo era la única que quedaba para caer en espiral.

CAPÍTULO NUEVE

CORA

A la mañana siguiente desperté aturdida, con esa pesadez que se instala después de horas interminables de llanto. Todavía con el vestido y el maquillaje de la noche anterior, deambulé buscando cualquier cosa que tuviera sentido: mi teléfono, desmaquillante, una taza de café. Lo primero que apareció fue mi teléfono, plagado de mensajes de un preocupado Axel. Le respondí primero, con los ojos legañosos mientras tecleaba el mensaje con un ojo cerrado. Los restos del rímel me dificultaban la tarea.

AXEL: Me estás asustando, amor. Jamás omito la oportunidad de darte las buenas noches.

CORA: Me dormí temprano y como una piedra. ¡Seguro que lo necesitaba!

AXEL: Es ese anillo nuevo, ¿verdad? Demasiado pesado, te cansa.

CORA: Sí, pero aun así voy a necesitar uno nuevo para el día de nuestra boda.

AXEL: Estoy en eso. Ahora, ¿cuál era la gran noticia de anoche?

Al menos tenía a Axel. El rayo de luz constante en mi vida. La ligereza y la perspectiva con las que podía contar. Me había levantado el ánimo a mí y a mi triste trasero demasiadas veces en la universidad. Sin embargo, no quería ser la novia perpetuamente

afligida. No quería entrar en los pormenores de la carta. Solo quería que este asunto pasara a segundo plano por un tiempo.

Que era como lo había estado tratando desde el principio.

CORA: No fue gran cosa. Solo algunas preocupaciones estructurales sobre el negocio. No valió la pena la visita al bar en absoluto.

AXEL: Es porque estabas conmigo. Te está rastreando. Probablemente a mí también.

La ansiedad regresó, extendiéndose en zarcillos nauseabundos por mi estómago. ¿Acaso mi padre también había estado leyendo mis mensajes de texto todo este tiempo?

CORA: ¿Hora de tener mi propio plan de celular?

AXEL: Te agregaré al mío.

AXEL: No, contratemos un plan nuevo.

AXEL: Para la familia Fairchild.

Hablar con Axel me ayudó a despertarme, a recuperar algo de claridad. Siguiente punto: admirar mi anillo de compromiso. Lo deslicé de nuevo en mi dedo, sonriendo mientras entraba al baño y me aseaba. Después de una ducha rápida y una exfoliación facial, estaba lista para regresar a Los Ángeles.

Empaqué mis cosas, me vestí con un cómodo suéter holgado y unos jeans, me calcé mis bailarinas favoritas y cambié mis cosas a mi bandolera de Venice Beach, guardando el bolso de diseñador en mi equipaje de mano.

Cuando salí de mi habitación, el olor a huevos y pan tostado flotaba en el aire. Encontré a mis padres en la cocina, donde su cocinera, Geri, preparaba la comida que olía. Una tostada de aguacate perfectamente emplatada me esperaba.

—Buenos días a todos —dije, forzando una pequeña sonrisa. Geri me saludó con más entusiasmo que nadie.

—Se ve usted radiante y hermosa —dijo con entusiasmo.

—No es exactamente como me siento, pero gracias.

—Quería prepararle algo con mucha energía para su vuelo de hoy, así que nos estamos cargando de grasas buenas. Le eché por encima una salsa de anacardo y chipotle recién hecha. Los brotes son de rábano y arveja.

—Se ve perfecto. —Me deslicé en un taburete alto frente a la isla central donde Geri tenía montada su estación de desayuno. Mi padre enarcó una ceja desde el comedor auxiliar, donde él y mi madre estaban sentados.

—¿Quieres acompañarnos? —preguntó mi padre.

—Sí, por supuesto. —Mi mirada bajó a los huevos—. ¿Puede servirme un plato de esos también? Con extra de microvegetales. Y esa cosa de anacardos. De hecho, vamos a mezclarlo todo.

Geri hizo lo que le pedí y me entregó el gran tazón de desayuno. Me uní a mis padres en el comedor auxiliar y vi signos de interrogación en los ojos de mi madre.

—¿Cuándo empezaste a comer huevos? —preguntó.

—¿No tengo permitido comer huevos? —Coloqué la servilleta en mi regazo como me habían enseñado. Incluso en un desayuno informal, nuestros cubiertos estaban dispuestos con precisión, servilletas de tela listas, todo en su lugar—. Pensé que para eso estaban ahí.

Mi madre frunció los labios, desviando su mirada hacia Geri. Una advertencia para que no me saliera demasiado del guion, ni siquiera frente al personal. Firmar acuerdos de confidencialidad era una práctica estándar para los empleados de nuestra familia, pero todos sabíamos que hablaban entre sí. Ninguna cláusula de confidencialidad podía erradicar los chismes.

—Siempre has preferido desayunos más ligeros. —Mi madre sorbió por la nariz, su mirada cayendo sobre la humeante taza de té verde que tenía delante, el único desayuno que había tomado durante las últimas dos décadas y media de matrimonio con mi padre—. No querrás enfermarte en el avión.

Parpadeé, mirando el glorioso conjunto en mi tazón. Era cierto, no había comido huevos en mi infancia. Pero principalmente se había debido a la sugerencia implícita de que todo lo más ligero era lo que mi madre consideraba apropiado para chicas como yo. A solo unas pocas calorías de un trastorno alimenticio.

—He estado probando una nueva dieta con mi entrenador en Los Ángeles —le dije, lo cual era solo parcialmente cierto. En realidad, fue mi visita para conocer a los padres adoptivos de Axel en

Kentucky hace un año lo que me había abierto los ojos a los placeres de los huevos recién puestos para el desayuno. Me habían deleitado con la delicia de huevos esponjosos y con queso de gallinas criadas allí mismo. Me convertí al instante—. Hacemos desayunos abundantes tres días a la semana para prepararnos para el entrenamiento de fuerza.

—Mmm. —El rostro de incredulidad moderada y ensayada de mi madre podría haber sido un meme—. Suena riguroso.

—Ha sido genial. Nuevo régimen, nueva yo —bromeé.

—Simplemente no te pongas demasiado musculosa —dijo mi madre entre sorbos de su té—. No querrás confundir a Eli.

Mis fosas nasales se ensancharon mientras tragaba las reacciones encontradas que amenazaban con salir a la superficie. Ni siquiera estaba segura de por dónde empezar. —Madre…, yo… Guau.

—¿Qué? —Dejó su té, parpadeando teatralmente. Era tan buena haciéndose la inocente después de lanzar las puyas más afiladas.

Me aclaré la garganta, clavando el tenedor repetidamente en mis huevos. Comentarios como estos hacían que no quisiera volver a casa nunca. Si no hubiera sido por Axel, no habría venido esta vez. La emoción me hizo un nudo en la garganta mientras una dolorosa avalancha de recuerdos me invadía. Siempre *sintiéndome así* cerca de mis padres. A pesar de todo, mantuve mi rostro neutral. No podían detectar ni una pizca de emoción o mi padre se me echaría encima como las abejas a la miel.

Porque los defectos en nuestra familia siempre habían estado clarísimos: Chris había sido demasiado queer; yo era demasiado emocional.

—No creo que sea necesario ser tan dramática —dije cuando estuve segura de que mi voz no delataría la avalancha de emociones que había golpeado mis entrañas—. Son literalmente huevos. Por si acaso, usaré una placa con mi nombre para que Eli recuerde mi rol dentro de la empresa.

Mi madre resopló, algo entre un bufido y una risa. Últimamente tenía que ser hábil para molestarla, y esa indirecta había dado en el blanco.

—¿Tuviste la oportunidad de leer la carta anoche? —preguntó mi padre, con los ojos puestos en Geri mientras ella se movía por la cocina.

Tragué un bocado de huevos. —Sí.

Siguió un largo silencio. Sus miradas ardían sobre mí.

—Difícil de leer, por decir lo menos —agregué finalmente y le di un mordisco a mi tostada de aguacate. El movimiento de mi mano izquierda con la tostada captó la atención de mi madre. Sus pupilas se dilataron cuando su mirada se posó en el anillo en mi mano izquierda.

Mierda.

Me había olvidado del anillo de compromiso.

Mierda, mierda, mierda.

Mi ritmo cardíaco se cuadruplicó y casi me atraganto con la tostada mientras la tensión se intensificaba entre nosotros.

—Oh. Cariño. ¿Cuál es ese nuevo adorno? —Su sonrisa forzada parecía tensa mientras se llevaba la taza de té a los labios una vez más. La mirada de mi padre finalmente se posó en el reluciente anillo. Me maldije por el descuido. Maldije la confusión mental que me había permitido salir de mi habitación con el anillo a la vista de todos.

Había planeado decírselo. Simplemente no *ahora*. No justo después de lo de la carta. No cuando no tenía mi plan preparado.

—No me di cuenta de que habías ido de compras mientras estabas aquí —murmuró mi padre.

—Parece un anillo de compromiso —dijo mi madre tras una risa nerviosa.

No podía mentir sobre esto. —Lo es.

Los ojos de mi madre se abrieron como platos por un brevísimo instante antes de girar su mirada hacia mi padre. Él se movió, y la silla de madera crujió.

—Geri, ¿puede darnos un momento, por favor? —preguntó mi padre, con los ojos clavados en mí. Una tempestad verde salvia se arremolinaba allí.

—¡Por supuesto! Hornearé estos muffins cuando vuelva —dijo, secándose las manos en una toalla mientras salía obedientemente

de la cocina. Mis padres esperaron unos momentos después de que Geri se fuera antes de lanzar el asalto.

—¿Quién te dio ese anillo? —La voz controlada de mi padre no pudo ocultar el temblor de ira.

—Axel —susurré tan bajo que apenas pude oírme.

—¿Por qué sigues viéndolo? —siseó mi madre, como si Geri estuviera al acecho y pudiera oírla.

Boqueé un par de veces antes de decir: —Es mi novio. Mi prometido ahora.

—Lo que ella quiere decir —espetó mi padre—, es ¿por qué desperdiciarías tu futuro por un chico como él?

—No estoy desperdiciando mi futuro —repliqué, pero mi voz se apagó ante su indignación.

—No hay futuro con él —dijo mi padre, sus dedos curvándose en un puño apretado—. Si estás con él, lo has tirado todo por la borda. Es tan simple como eso, Cora.

—No entiendo por qué lo ve así —susurré. Las lágrimas habían vuelto, la emoción me oprimía la garganta, y esta vez no fui lo suficientemente fuerte como para borrar cualquier rastro. —¿Es un buen hombre. Está destinado a la grandeza. Es…?

—No es nada —repitió mi padre—. Es un chiste. Es un… un… un capricho pasajero.

—Algo que necesitas sacarte del sistema —dijo mi madre en voz baja—. Que es lo que estás haciendo, ¿verdad?

—No quiero sacármelo del sistema —dije débilmente. No estaba segura de tener la fuerza para soportar esta conversación después del tormento de leer la carta de Chris. Pero esta conversación tenía que suceder—. Quiero casarme con él.

Mi padre soltó una risa amarga, negando con la cabeza como si le hubiera sugerido que quería casarme con un poste de luz. —Por supuesto que no lo harás.

—Sí, lo haré —dije, aunque fue tan bajo que no estaba segura de haberlo dicho realmente.

Mi madre presionó dos dedos en el centro de su frente. —Te sacarás esto del sistema. Y entonces entrarás en razón.

—Ninguna hija mía se va a casar con un… un pueblerino como ese —tartamudeó mi padre—. Fuiste criada para cosas mejores que las que él puede ofrecerte. No te dimos todo lo que necesitabas en una puta bandeja de plata solo para que lo tires todo por la borda por un pedazo de basura de campo como él.

Las lágrimas habían llegado y no les importaba guardar silencio. Un sollozo sacudió mi pecho. —No es basura. Si se dieran la oportunidad de conocerlo…

—Ya sé lo suficiente —siseó mi padre—. No tiene nada. No puede ofrecerte nada. ¿Cómo no puedes ver esto, Cora?

—Por favor. Entra en razón —dijo mi madre en voz baja, alargando la mano para apretar mi muñeca. El gesto maternal se sintió como un reproche. Aparté mi mano de un manotazo e intenté tragar otro sollozo. El silencio se prolongó, eterno y áspero entre los tres. Me cubrí la cara con las manos, intentando con todas mis fuerzas recomponerme.

—Deja de llorar —dijo mi madre después de un momento—. No hay necesidad de ser tan emocional.

Sus palabras eran tanto una advertencia como una súplica. En esta familia, nunca había necesidad de ser emocional. Ni siquiera cuando mis padres me estaban arrancando el corazón del pecho y obligándome a verme desangrar.

Mi instinto fue disculparme, calmarme, volver a ser de piedra como ellos querían. Y lo intenté. Lo intenté con todas mis fuerzas. Llevaba toda la vida practicándolo. Pero el dolor de lo que habían expresado aquí era demasiado grande. Todavía estaba curando las heridas que la carta de Chris había reabierto, y ahora querían que me clavara un cuchillo en el pecho y actuara como si no doliera.

—Necesitas hacer lo que es mejor para tu futuro —continuó mi padre—. No puedes dejar que tus emociones se interpongan. ¿Cómo crees que construimos esta familia hasta tan grandes alturas? No dejando que nuestros corazones lo jodieran todo.

—Hay un momento y un lugar para el amor —intervino mi madre —. Y este no es.

—Francamente, pensé que te habíamos enseñado mejor que eso —resopló mi padre. La decepción en su voz provocó otra aplastante

oleada de lágrimas que luché con todas mis fuerzas por ocultar.

—Quizá deberías irte —dijo finalmente mi madre cuando mis intentos de dejar de llorar no tuvieron éxito. Consultó su reloj—. Podrías llegar tarde. Allan, llamemos al auto.

Mi padre gruñó y sacó su teléfono. Tomé una respiración entrecortada, secándome los ojos con la servilleta.

Mi madre chasqueó la lengua. —Estás manchando la servilleta de rímel.

Dejé la servilleta y me pasé los dedos por las mejillas. Esta conversación estaba lejos de terminar, pero por ahora no saldría nada más de esto. —Iré a buscar mis cosas.

—El auto llegará en breve —anunció mi padre, tan despreocupadamente como si acabáramos de terminar una reunión de negocios. Asentí, excusándome para volver a mi habitación y poder reagruparme, respirando hondo y purificadoramente.

Pero la verdad era que nada me limpiaría por completo del asco y el desdén que habían derramado.

Detestaban a Axel porque no era de su clase. No su tipo de persona y no su tipo de dinero.

Y ninguna cantidad de tiempo, lágrimas o conversación nos ayudaría jamás a encontrar un terreno común.

CAPÍTULO DIEZ

CORA

De vuelta en Los Ángeles, seguí a la deriva, apática y vacía. Ni siquiera me animé a contarle a Axel sobre el encuentro con mis padres. No quería que se preocupara, o quizá simplemente no quería que indagara. Había demasiadas preguntas importantes sin respuesta y lo único que sabía hacer por ahora era mirar para otro lado. No me quedaba capacidad emocional para sumergirme en ese atolladero.

Porque no se trataba solo de Axel. También se trataba de las esperanzas de Chris. Él había querido que me hiciera cargo del negocio familiar, un puesto que había sido designado para él. No había deseado nada más que enorgullecer a nuestro padre, hasta el punto de negar su propia sexualidad. Y si había algo que yo quería en la vida, era honrar la verdad de mi hermano. La verdad que él trató de aplastar y silenciar. La culpa que cargaba por su suicidio era un veneno que me había estado disolviendo por dentro durante años. Unirme al negocio familiar era una forma de redimirme. Aún podía vivir la vida que Chris siempre había soñado para nosotros.

Pero no podía apartarme de Axel.

Tenía que haber una manera de combinar los dos caminos. Solo que no sabía cuál era.

El lunes por la mañana, después de un día y medio de tensa expectativa esperando a que ocurriera lo inevitable, llamaron.

—Cora, estamos los dos aquí —anunció mi madre después de que contesté, con su voz sosa y hueca—. ¿Estás disponible para hablar?

—Por supuesto —dije, dejando mi bolso en el vestíbulo de mi apartamento. Acababa de volver del seminario y una casa inmaculada me recibió. La empleada de la limpieza había venido y se había ido durante la mañana, dejándolo todo exactamente como me gustaba, incluido un cuenco de mentas cerca de la puerta para los invitados.

—Bien. Necesitamos aclarar algunas cosas para el futuro —dijo mi padre bruscamente.

—¿Sobre qué? —pregunté innecesariamente. Como si esta conversación pudiera ser sobre otra cosa que no fuera el anillo de compromiso que todavía rodeaba mi dedo.

—Sobre tu implicación con la familia —dijo él.

Ay. La emoción me hizo un nudo en la garganta de inmediato esta vez. Al menos no estaban allí para ver el dolor que había empezado a extenderse por mis extremidades.

—Ah. No me había dado cuenta de que mi estatus como miembro de la familia estaba a debate.

—Todo está a debate, en todo momento —dijo mi padre—. Otra cosa que pensé que ya habías aprendido.

—Bueno, a ver, dímelas. —Apreté el teléfono con tanta fuerza que me dolieron los nudillos—. A ver cuáles son las nuevas reglas.

—No hay reglas nuevas —continuó—. Simplemente hay una elección. A estas alturas creo que es evidente que tu madre y yo queremos lo mejor para ti. Hemos trabajado incansablemente toda nuestra vida para ofrecerte lo mejor de lo mejor en todo. Tienes un chófer personal en cada costa. Tienes residencias en cada costa. Empleadas domésticas, estudios pagados, chefs privados, entrenadores personales, una asignación ilimitada para lo que tu corazón desee. Estamos preparados para financiar tu estilo de vida todo el tiempo que lo necesites. Pero esa financiación solo se produce si se cumplen ciertas condiciones.

El nudo que se había estado apretando en mi estómago se convirtió en una piedra nauseabunda.

—Creo que también está claro lo que pensamos de este chico al que insistes en llamar tu novio —añadió mi padre—. Pero por si quedaba alguna duda, lo reiteraré: es un neandertal. Nos negamos a que nos asocien con alguien cuyo nombre suena más apropiado para el mecánico de coches en el que debería haberse convertido. Nunca haríamos negocios con él, y desde luego no permitiremos que alguien como él entre a formar parte de nuestra familia.

Hice un pequeño ruido, pero mi madre intervino. —Sientas lo que sientas ahora por él, te prometo que se te pasará. Sobrevivirás sin él. Te lo juro.

—Las palabras clave son *sin él* —dijo mi padre con brusquedad—. Porque no permitiremos que forme parte de este imperio. Tu futuro no lo incluye a él, si deseas continuar en esta familia.

Las lágrimas corrían por mis mejillas, pero contuve los sollozos que amenazaban con escapar.

—¿Continuar en esta familia? —repetí—. ¿Así que si me quedo con Axel ya no seré su hija? —Me reí con amargura—. Eso es una locura.

—El imperio y la familia son una misma cosa.

—Entonces, ¿por qué no invitas a los miembros del consejo de administración a nuestros cumpleaños? —repliqué.

—No te pongas a hilar tan fino —me advirtió mi madre.

—Si continúas con este chico, no tendrás ninguna de las comodidades a las que te has acostumbrado a tener a tu disposición —dijo mi padre con el aire de quien discute un próximo viaje de negocios—. Estarás sola. Todas las tarjetas de crédito, chóferes, empleadas domésticas, entrenadores, asignaciones y viajes en avión serán revocados.

El silencio retumbaba en el aire a mi alrededor. A mi padre le quedaba más por decir; podía sentirlo en la tensa distancia de kilómetros entre nosotros, tirando con fuerza como la promesa de una cuerda de bungee en el fondo del barranco.

—No lo entiendo —susurré—. ¿Qué más da? Daré un paso al frente por la empresa. Trabajaré con Eli. Solo déjenme estar con Axel.

—Absolutamente no.

—Lo mantendremos en secreto —dije, la emoción hizo que mi voz saliera forzada e hinchada—. Nadie tiene por qué saberlo.

—Ay, Cora, no seas tan tonta —me regañó mi madre—. Estás en la escuela de negocios. Compórtate como tal.

—No puedes tener las dos cosas —prosiguió mi padre—. Porque si lo eliges a él, estás eligiendo el fracaso. No permitiré que ese chico se asocie con mi marca. Con mi sustento. Con todo lo que he luchado toda mi vida por crear, mantener y defender. Si él se asocia de alguna manera con el nombre de Margulis, me aseguraré de que se hunda.

—¿Qué significa eso? —pregunté, obligando a mi voz a mantenerse firme cuando todo dentro de mí se desmoronaba.

—Significa lo que tenga que significar. Tú te alejas de él, y él es libre de perseguir sus malas ideas con su propia agenda y a su manera. ¿Pero si se atreve a acercarse a mi imperio? Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para asegurarme de que ni siquiera toque el suelo que piso. ¿Entiendes?

Me sequé algunas lágrimas que habían caído. —Si lo elijo a él y lo arruinas, entonces me estás arruinando a mí también.

—Así que sí entiendes. —Una pausa eterna—. Pero si este hombre es tan importante para ti, estoy seguro de que será un pequeño sacrificio —dijo mi padre, con el sarcasmo goteando a través de la conexión celular.

—No entiendo por qué es tan incompatible —finalmente logré decir—. Sé que no viene de una familia adinerada. —Tragué el hipo de un sollozo que amenazaba con delatar mis emociones descontroladas—. Pero es muy motivado. Igual que lo eras tú.

—Su motivación es ridícula. Además, este puesto requiere que tengas un socio apropiado a tu lado —dijo mi padre—. Y el chiste de hombre que estás eligiendo actualmente definitivamente *no* es apropiado.

—No es un chiste —dije a la fuerza, avanzando por el pasillo con las piernas de plomo—. Solo porque sea adoptado no significa que sea peor.

—Es absolutamente inferior en todos los sentidos imaginables. —La voz de mi padre salió en un siseo amenazador—. No sabes en lo que te estás metiendo. Puedo compartir los informes policiales si te interesa. Los registros de adopción. Las declaraciones de bancarrota de sus padres adoptivos. ¿Qué documentos te gustaría examinar primero?

El peso de esta conversación me había obligado a deslizarme por la pared. Me llevé las rodillas al pecho, llorando sobre ellas.

—Solo tienes que tomar una decisión. —La voz de mi madre se quebró, la primera pizca de emoción que le había oído desde el comienzo de esta conversación—. Elige tu futuro.

—No tienes que responder ahora —añadió mi padre—. Tómate tu tiempo para pensarlo, porque una vez que elijas, no hay vuelta atrás. Esta es una decisión irrevocable. La vida está llena de decisiones difíciles, Cora. Pero elegir correctamente es lo que separa a los ganadores de los perdedores. Te hemos preparado para ser una ganadora. Para ser la mejor de las mejores. Hay una razón por la que estás donde estás ahora mismo. Y no creo que quieras saltar al vacío desde tu pedestal de oro ahora mismo, porque te darás un golpe muy duro contra el suelo. No estás preparada para afrontar la realidad de lo que te espera abajo.

—Piénsalo —repitió mi madre—. Por favor.

—Necesitaremos una respuesta para el viernes —dijo mi padre. Y entonces la línea se cortó.

Mi celular cayó al suelo con estrépito, y me cubrí la cara con las manos mientras los sollozos brotaban de mí. Nunca me había sentido tan profundamente pisoteada o traicionada por mi familia. Estar con Axel siempre había sido arriesgado, pero nunca imaginé que amenazarían mi estatus como miembro de la familia. Esto se sentía como un exilio real, peor que cuando el príncipe Harry renunció a sus funciones.

No era la posible pérdida de las comodidades lo que me preocupaba. Mientras estaba sentada en el vestíbulo, llorando e imaginando el futuro sin mi chófer, mi chef o mi entrenador, estaba segura de que podría soportarlo. Puede que mi padre no creyera en mí, pero ¿en quién creía él realmente, aparte de en sí mismo? Claro,

me costaría un poco acostumbrarme. Ni siquiera había mirado mi presupuesto mensual antes, pero podría empezar, ver qué podía recortar.

Con Axel a mi lado, podríamos afrontarlo. Podríamos empezar nuestra nueva realidad. Empezaríamos nuestro nuevo negocio y estaríamos bien, tal y como Axel siempre había dicho.

Pero si lo elegía a él, entonces también estaría arruinando el futuro de Axel. Axel estaba decidido a que Fairchild Enterprises se convirtiera en una empresa de inversión de primer nivel. Él y sus hermanos podrían mudarse a Mongolia, y mi padre seguiría siendo capaz de bloquearlos a cada paso. El alcance y la red de mi padre eran increíblemente vastos.

Y no había nada que Axel quisiera más que llegar a ser alguien por sí mismo. Apuntar a las estrellas y llegar a la siguiente galaxia, como siempre había dicho. Si le quitaba eso, la culpa me comería viva.

La carta de Chris persistía desagradablemente en mis pensamientos.

Esta era mi oportunidad de honrarlo. De darle lo que él quería para nuestra familia, ese brillante mejor escenario que él había visto como el objetivo final, incluso en sus momentos más oscuros.

No había ayudado a Chris lo suficiente mientras estaba vivo. La única manera de redimirme era darle lo que él quería para la familia Margulis.

Elegir por Chris creaba mi peor escenario personal.

Elegir por Axel creaba su peor escenario personal.

Aquí no había forma de ganar. Ni para mí. Ni para nadie.

CAPÍTULO ONCE

AXEL

—¿Quieren comida china o coreana esta noche? —preguntó Damian con voz apagada desde la cocina mientras rebuscaba entre los menús para llevar.

—¿Tenemos suficiente dinero para pedir comida otra vez? —preguntó Trace bruscamente desde el baño, donde se estaba afeitando frente al diminuto espejo.

—Mierda, más nos vale —intervine mientras abría el refrigerador, evaluando el estado absolutamente lamentable de cualquier cosa comestible—. Porque la cosa no pinta muy bien aquí adentro.

—Aquí es donde deberíamos intentar una actividad llamada «ir al supermercado» —dijo Trace, golpeando su navaja de afeitar contra el borde del lavamanos. Mañana tenía una entrevista importante con un posible empleador, ya que se graduaba este semestre, en lugar del próximo como Damian y yo. De alguna manera, después de casi una década de práctica, todavía era un desastre afeitándose. Necesitaba algo de tiempo para que las cortadas se curaran antes de reunirse con esa gente—. Sé que suena como una lata, pero les prometo que podemos preparar nuestra propia comida de vez en cuando. Mamá no nos quería mucho en la cocina, pero todos

sabemos cómo hervir unos malditos fideos y hacer una buena salsa boloñesa.

—Entonces… ¿eso significa pedir el súper a domicilio? —le pregunté a Damian.

—Por Dios. Ustedes son un desastre administrando el dinero —murmuró Trace.

—Por eso tú serás el director financiero de nuestro negocio —repliqué—. Sabemos que eres el mejor, Señor Dios del Dinero. Ahora, ¿deberíamos perder el tiempo pidiendo el súper y cocinando, o simplemente hacer que nos traigan el pollo teriyaki directamente a la boca como queremos?

Trace suspiró dramáticamente.

—Pollo teriyaki —confirmó Damian. El debate sobre la comida estaba resuelto, pero las preocupaciones por el dinero me carcomían. Llevábamos unas semanas bordeando la indigencia. Lo que había sido una tarjeta de débito rechazada la noche que le propuse matrimonio a Cora era en realidad una cuenta bancaria en sobregiro y ahora, un pago de matrícula retrasado. Por suerte, uno de nuestros restaurantes chinos favoritos aceptaba criptomonedas, lo que significaba que podíamos comer durante al menos un par de meses más solo con nuestras reservas de cripto.

—Haré salchichas y papas la semana que viene —le grité a Trace por encima del hombro—. Como las de mamá. Lo prometo.

Refunfuñó algo que no oí mientras enjuagaba su navaja. Pequeños trozos de papel higiénico salpicaban su barbilla y su mejilla izquierda cuando salió a la cocina.

—Otra afeitada bien hecha —me burlé de él—. Estás listo para el mundo laboral, amigo, con esa cara de carnicería.

—Vete a la mierda —dijo—. Ustedes saben tan bien como yo que necesito este trabajo para que todos podamos mantenernos a flote y lanzar nuestro negocio como se merece. Si yo fuera ustedes, me estaría ofreciendo a afeitar esta hermosa cara yo mismo solo para impresionar al reclutador.

Le di una palmada en la espalda. —Eso suena como una de tus fantasías raras otra vez.

—¿Es esta la parte en la que se supone que debemos agradecerte por graduarte antes y cuidar de tus hermanos pobres? —dijo Damian sin expresión—. Porque si lo es, tendrás que informar a la clase de tus expectativas.

—Creo que deberíamos darle los elogios de todos modos —le dije a Damian—. Así estará más dispuesto a mantenernos una vez que gane sus primeros mil millones y nosotros todavía estemos tratando de graduarnos.

Trace parpadeó. —Me siento honrado de que pienses que podría hacer mil millones de dólares tan rápido.

—O tal vez estaba diciendo que a Damian y a mí nos tomará unos cuantos años más terminar esta mierda.

Todos compartimos cálidas sonrisas. Las bromas juguetonas eran uno de nuestros métodos probados para lidiar con la ansiedad por el dinero. Lo habíamos aprendido durante nuestra adolescencia, una vez que Damian y yo nos habíamos instalado de verdad en la casa de los Fairchild. Nos había llevado cerca de un año sentirnos lo suficientemente seguros como para dejar que los Fairchild entraran en nuestros corazones y tres más antes de completar el proceso de adopción formal y cambiar el apellido Haynes por Fairchild.

El hogar que encontramos con Deb y Gary Fairchild era cálido pero con poco dinero. Trace era su único hijo biológico, y la adición de dos hermanos de crianza temporal creaba un hogar bullicioso pero sin un peso. Incluso si mis hermanas menores no hubieran sido separadas de nosotros antes de los Fairchild, ciertamente no habrían podido unirse a nosotros, y su pérdida todavía me atormentaba.

Había pasado años traumatizado y repasando el giro de los acontecimientos que nos separó de nuestras dos hermanas. Cuando nos enteramos de que Kaylee había fallecido en nuestro primer año de universidad, solo hizo que todo doliera más. Se había convertido en víctima de la trata de personas. El mismo sistema que le falló a ella nos había elevado a nosotros. Todavía no podíamos encontrar a Jordan. Habíamos logrado averiguar que ella y Kaylee habían sido separadas en algún momento después de su colocación conjunta inicial. Dolía demasiado considerar dónde —o cómo— podría haber

terminado. Especialmente cuando Damian y yo estábamos prosperando. ¿Dónde estaba el puto equilibrio en eso?

Sin embargo, a pesar de esos primeros años tumultuosos en el sistema de cuidado de crianza temporal, Damian y yo encontramos algo de estabilidad. Vimos que un futuro decente era posible. Recogíamos mierda de caballo por una mísera mesada mientras mamá Deb y papá Gary aliviaban la carga del estrés monetario con un repertorio rotativo de bromas y desenfado. Estábamos a una emergencia de distancia del banco de alimentos, pero nunca se sintió tan grave.

No fue hasta que nos independizamos que nos dimos cuenta de lo jodidamente pobres que éramos en realidad.

Deslicé el dedo por mi teléfono, listo para pedir un maldito pollo teriyaki, pero también buscando a medias una señal de vida de Cora. Desde que se fue, algo andaba mal. Incluso tres semanas después, ella todavía no me decía qué, pero yo lo sentía, y buscaba alguna manera de ecualizar la presión. La única forma que conocía era irme a Los Ángeles a visitarla, pero después de comprar el anillo de compromiso y abastecer el apartamento con papel higiénico, estábamos en las últimas.

AXEL: Hola, nena. No he sabido de ti desde esta mañana. ¿Cómo van las clases? Desearía poder apretujarte ahora mismo.

Ella tardaba más en responder, lo que atribuía a sus clases. Y cuanto más tardaba en responder, más necesitaba saber de ella, lo que me hacía sentir como un imbécil codependiente. Observé el hilo de mensajes por un momento y luego apagué la pantalla.

—¿Qué pasa? —preguntó Damian en voz baja a mi lado. Había empezado a hojear el menú para llevar del restaurante chino que aceptaba Bitcoin.

—Nada.

—Ah, de acuerdo. Entonces, ¿por qué pareces que estás tratando de cagar un destornillador?

Parpadeé, mirándolo sorprendido. —¿Alguna vez has cagado un destornillador?

Trace nos miró desde el otro lado de la isla de la cocina que hacía las veces de mesa de comedor. —¿Qué te hizo Cora con un

destornillador?

Crucé las manos en el aire. —Vamos a calmarnos. No hubo destornilladores involucrados, a menos que Damian tuviera un accidente en la granja en el pasado y se olvidó de contarnos.

—Bueno, ¿entonces qué pasa? —intentó de nuevo Damian.

—Nada —repetí.

—Entonces déjame reformularlo. —Hizo una pausa, lamiéndose los labios pensativamente—. ¿Cómo está Cora?

Se me revolvió el estómago. Malditos mis hermanos por conocerme tan bien. —Está bien, supongo.

—Supones —repitió Trace—. Eso suena raro viniendo de ti. Pensé que ustedes estaban conectados telepáticamente.

—La telepatía solo funciona cuando usa su teléfono, lo cual está haciendo menos estos días. —Moví la mandíbula de un lado a otro. Odiaba cómo mis hermanos podían sacarme la verdad tan jodidamente rápido—. No sé. Algo ha sido diferente desde que se fue, y no puedo averiguar qué es.

—¿Estás seguro de que no son nervios prematrimoniales? —preguntó Damian.

—Estoy seguro. Nunca he estado más seguro de nada en mi vida, de hecho. Pero te juro por Dios que Cora está… distante.

—Pero dijo que sí —me recordó Trace—. Quiere casarse contigo.

—Lo sé —dije, aunque no lo sabía. Sentía que todo este castillo de naipes podría derrumbarse en cualquier momento. No solo con Cora, sino con lo que estábamos tratando de hacer aquí. Con el negocio. Con todo. —Tal vez se dio cuenta de lo pobre que estoy y entró en razón.

—Estoy bastante seguro de que siempre ha sabido lo pobre que eres —bromeó Damian.

—Sí, pero salir con un tipo pobre es diferente a casarse con uno.

—Ella no es así —me tranquilizó Trace—. Sé que no lo es. Tú sabes que no lo es. Llevan tres años juntos. Probablemente solo está estresada por la universidad.

—Sí, tienes razón —murmuré, pasándome los dedos por el flequillo. Quería creerle con todas mis fuerzas, pero simplemente no

podía. —Sinceramente, esperaba algún tipo de reacción de su padre a estas alturas. Supongo que aún no se lo ha dicho.

—Se enterará el día de la boda —rio Damian.

—No puedo esperar para la prueba del traje —dijo Trace, empujándome el hombro—. ¿Dónde vamos a hacer la despedida de soltero?

Sonreí con suficiencia. —Depende de si vas a financiar esta mierda o no.

—Por supuesto. Lo que sea por mi hermano menor —dijo Trace, llevándose la palma de la mano al corazón.

—¿Eso también aplica para mí? —preguntó Damian.

—Primero tienes que querer casarte —replicó Trace—. Y, ya sabes, salir con alguien.

Damian frunció el ceño, mirando el menú para llevar en sus manos. Sus gafas se deslizaron por su nariz y las empujó hacia arriba con el dedo índice. —He salido con muchas.

—Has *cogido* mucho, que no es lo mismo que salir —dijo Trace.

Mientras mis hermanos continuaban discutiendo sobre la diferencia entre coger y salir, volví a encender mi teléfono. Regresé a mi conversación con Cora, dándome cuenta de que la última vez que me había escrito ese día había sido a las nueve de la mañana, y ahora eran las seis. El estómago se me fue a los pies de nuevo.

La llamé de inmediato. Esto no estaba bien.

El teléfono sonó y sonó mientras mis hermanos seguían discutiendo sobre las virtudes de los amigos con derechos. Discutir en nuestra familia era solo otra forma de demostrar amor. La llamada se fue al buzón de voz. Colgué y le envié otro mensaje de texto a Cora.

AXEL: Nena, ¿está todo bien? Has estado distante y me está preocupando.

Hice que mis hermanos volvieran a lo suyo y pedimos nuestra comida china, pagando cantidades minúsculas de cripto a cambio de la entrega caliente y grasosa. Justo cuando la comida llegó cuarenta minutos después, recibí una llamada de un número desconocido de Los Ángeles.

—¿Hola? —contesté, una mitad de mí esperando que fuera un vendedor telefónico, la otra mitad esperando que fuera un cobrador de deudas.

—Axel, gracias a Dios que contestaste. —Era Cora. El alivio me inundó, rápido y caliente. Casi me caigo de la sensación.

—Nena, ¿dónde has estado? ¿Qué pasa? ¿Qué número es este?

—Estoy usando el teléfono de una amiga. Siento no haberte escrito. Mi teléfono ha estado funcionando raro.

Chasqueé los dedos. Era solo el teléfono. Todo estaba bien. Al menos, eso quería creer. —Me tenías preocupado, pensé que estabas muerta.

Ella rio, pero sonó triste, como si hubiera contado un chiste sin darme cuenta. —No, todo está bien.

El silencio floreció entre nosotros. Tenía tantas preguntas para ella que no sabía por dónde empezar.

—¿Cómo estuvo tu día? —pregunté finalmente.

—Bien. Largo. Estresante. —De fondo, oí a alguien decir: «¡Eli, qué onda!». Los vellos de mis antebrazos se erizaron.

—¿Y qué haces ahora?

—En una reunión con algunos compañeros de clase —dijo. Hubo algunos vítores de fondo.

Había tanto ruido dondequiera que estuviera, que apenas podía pensar en lo que quería hablar con ella. No era el lugar para que nos conectáramos o nos pusiéramos al día como necesitábamos. —¿Puedes llamarme cuando llegues a casa?

—Si mi teléfono funciona —dijo.

—¿Necesitas que te envíe uno nuevo?

—Lo estoy resolviendo.

Moví la mandíbula de un lado a otro mientras meditaba sus palabras. Algo andaba mal. Solo un poco raro, como hablar con alguien que se hacía pasar por Cora.

—Oye, será mejor que me vaya —dijo—. Te amo, Axel. Hablamos pronto.

La línea se cortó antes de que pudiera siquiera devolverle las palabras. Fruncí el ceño mientras guardaba el teléfono en el bolsillo

y tomaba mi envase de comida. El pollo teriyaki me esperaba, y mi estómago rugiente estaba listo.

—Así que te llamó —dijo Trace mientras sorbía un poco de lo mein de res—. Eso es bueno.

—Sí. Excepto que no usó su teléfono y estaba con Eli.

—¿Eli? —preguntó Damian, encorvado sobre su pollo a la naranja.

—El imbécil rico con el que sus padres quieren que se case. —Pinche mi comida, los aromas no me emocionaban como normalmente lo hacían. Me metí un tenedor lleno de pollo en la boca. Después de masticar pensativamente, añadí—: Creo que necesito ir para allá.

—¿A Los Ángeles? —preguntó Damian.

—No, a Shanghái. —Le di una patada en la pierna en el sillón a mi lado—. Sí, a Los Ángeles.

—¿Ya venden boletos de avión con cripto? —bromeó Trace.

—No —. Clavé los palillos en mi comida otra vez y luego me encontré con la mirada de Trace—. Pensaba que quizá podrías vender una o dos acciones por mí.

Trace dejó escapar un quejido exagerado. —¿Tienes que estar bromeando?

—Amigo, algo anda mal con Cora. Solo necesitamos *vernos*, ¿sabes? Probablemente es su papá el que está complicando las cosas de alguna manera. Digo, ¿no es siempre él? A lo mejor la está rastreando. No sé…, solo necesito verla.

—Sé que extrañas a tu novia… —empezó Trace.

—Prometida. —lo corregí bruscamente.

—Cierto, tu prometida. Pero eso no justifica vender acciones para que puedas pagar un boleto de avión —. Trace inclinó la cabeza, enviándome una mirada de reproche por encima de su envase de comida para llevar. Él manejaba la fortuna familiar, como me gustaba llamarla. En realidad, era un portafolio expertamente diversificado de acciones, bonos y más que Trace administraba y hacía crecer para nosotros, para que pudiéramos cosechar los dividendos cada trimestre. Era una de las principales razones por las que podíamos mantenernos a flote en Manhattan: su ingenio—. Tenemos que ser inteligentes. Estamos con recursos limitados hasta que yo consiga

este trabajo o logremos atraer a algunos de los primeros clientes para nuestro negocio.

—Pero algo anda mal. Sé que sí —. Le di otro bocado a la comida, inquieto por lo insípida que la encontré. Eso por sí solo era una señal de que algo tenía que hacerse—. No puedo explicarlo.

—Creo que tienes los nervios de punta —ofreció Damian.

—Al diablo con tus nervios de punta —le dije—. Cora y yo estamos conectados, ¿entiendes? —Clavé con rabia un trozo de pollo y luego me di cuenta de que en realidad ya no tenía hambre. Dejé el envase y me recliné en el sofá, entrelazando los dedos sobre mi frente—. Ha estado actuando raro desde que se fue. Y tengo que averiguar por qué.



Lo que pasaba con la escuela de posgrado era que apestaba. Los días eran largos y los problemas económicos eran reales. Eso sin siquiera tomar en cuenta mi pasantía, que pagaba lo justo para apenas cumplir con las leyes laborales. Pero incluso con todo lo que pasaba en mi día a día, todavía podía contar las ausencias acumuladas de Cora.

Se apilaban en los largos tiempos de respuesta, segundos acumulados sobre minutos, sobre días enteros. Me herían con cada llamada no respondida. Las llamadas cortas, anormalmente forzadas con Cora, como la noche del teriyaki de pollo cripto, comenzaron a ocurrir cada vez más. Incluso le envié flores a su casa una vez, recibí la confirmación de entrega y no las mencionó en dos días enteros. A veces, me escribía desde una aplicación de redes sociales por primera vez en un día. ¿Quién carajo hacía algo así después de tres años juntos y un compromiso?

Mi Cora no. Cuanto más tiempo pasaba con lentitud, peor me sentía al respecto. Ella siempre esquivaba el comentario sobre la distancia. No importaba cuántas veces mencionara la distancia que

crecía como un abismo entre nosotros, ella desviaba el tema, cambiaba la conversación o colgaba.

Sentía que estaba comprometido con una sombra, cuyos jirones desaparecían cada vez que lograba vislumbrarla.

Y por lo que a mí respectaba, esto no iba a seguir así. El semestre estaba casi por terminar, lo que significaba que Cora debería volver a casa para las fiestas pronto. Pero no había sabido ni pío de ella al respecto. Una semana antes de Navidad, decidí que ya era suficiente. La haría sincerarse. Que dejara de estresarse por las clases —si de eso se trataba realmente— o que se calmara o lo que sea que necesitara hacer.

AXEL: Llámame lo antes posible. Muy importante.

Envié el mensaje a través de la última aplicación de red social que ella había usado para escribirme y esperé. De hecho, esperé todo el puto día. Pasé el día entero yendo y viniendo entre la biblioteca de negocios y economía y mis exámenes repartidos por el campus. Este era el penúltimo periodo de exámenes que tendría en mi vida —¿no era increíble?—, pero apenas podía disfrutar lo cerca que estaba de obtener mi MBA porque en lo único que podía pensar era en Cora.

Finalmente recibí una llamada de un número cualquiera de Los Ángeles alrededor de las ocho de la noche. Tenía que ser ella. Porque esto era normal ahora.

—¿Cora? —pregunté al contestar.

—Axel. Hola. ¿Qué pasa?

Eché un vistazo alrededor de las paredes de mi cubículo de estudio en la biblioteca. No podía tener esta conversación aquí. Me sacarían a callar del maldito edificio. Corrí hacia las escaleras, manteniendo la voz baja. —Terminando de estudiar para mi último examen. ¿Cómo estás?

Su pausa dijo más que sus palabras. —Estoy bien.

—¿Lo estás? —salí a las escaleras, y una ráfaga de aire fresco con olor a papel me envolvió.

—Claro. ¿Por qué no lo estaría?

Solté un aliento que había estado conteniendo. —Porque estás actuando súper jodidamente rara últimamente.

Cuando se quedó en silencio, me di cuenta de que era porque ni siquiera tenía cómo defenderse. Así que ella también lo reconocía.

—¿Qué te pasa, cariño? —pregunté suavemente. Mis dedos se crisparon por las ganas de verla. De abrazarla. De calmarla—. Me tienes preocupado.

—No sé —. Su voz sonaba a un millón de kilómetros de distancia —. No lo sé, Axel.

—Bueno, ¿podemos arreglar esto? —Me apoyé contra la pared, mirando a través de la gruesa ventana cuadrada de la puerta de las escaleras, de vuelta al interior de la biblioteca. Allí dentro, todo estaba ordenado. Organizado. Lo opuesto a la mayor parte de mi infancia. Representaba el pináculo de todo por lo que había luchado junto a mis hermanos. Pero aquí, en las escaleras, mi mundo entero amenazaba con desmoronarse. Lo que sea que Cora dijera durante esta llamada telefónica tenía el poder de demolerlo todo.

Ella siempre había tenido ese poder, porque yo se lo había cedido voluntariamente. Era la única mujer en el mundo que lo tendría.

Cora estuvo en silencio por un rato, lo que me irritó.

—Cora —dije bruscamente—. ¿Qué está pasando? Necesito que hables conmigo.

—Lo estoy haciendo.

—Ah, ¿a esto le llamas hablar? —resoplé, agarrándome el pelo de la frente con el puño—. Antes te sincerabas conmigo, sin problema. ¿Acaso todavía quieres casarte conmigo?

Ella jadeó. —¡Axel! ¿Cómo pudiste…? —suspiró acaloradamente—. Eso es exagerar y lo sabes.

—Es una pregunta honesta. ¿Quieres?

—Tú sabes la respuesta.

Su evasión era exasperante. Mi sangre bombeaba más rápido, más caliente, más furiosa. —¿Por qué no puedes darme un sí o un no?

—Axel —comenzó, pero nada más siguió.

—Mira, déjame mostrarte cómo suena. Cora, estoy profundamente comprometido con nuestra relación. Mataría a otro ser humano para mantenerte en mi vida. Tu felicidad es literalmente más importante que la mía. Lo único que quiero hacer más que lanzar este negocio con mis hermanos es convertirme en tu esposo y tener hijos contigo.

El silencio inundó la línea, pero no pasó mucho tiempo antes de que captara el sollozo ahogado de un llanto.

—Cora, ¿qué carajo te pasa? —grité, mi voz resonando en las escaleras. Las puertas dobles se abrieron entonces, y dos estudiantes me miraron con curiosidad mientras bajaban.

—Las cosas han estado raras por aquí, Axel —dijo, con la voz cargada de emoción.

—Es tu papá.

—Es más que eso —susurró ella.

—No puedo ayudarte si no hablas conmigo. Cariño, necesitamos una sesión de playa.

—¿Ahora?

—Sí. Reunión de playa de emergencia —. Las reuniones en la playa siempre nos arreglaban. Buscar los cristales de mar que se parecían al color de nuestros ojos calmaba de una manera que nada más podía hacerlo. Sabía que si teníamos una oportunidad de arreglar esto, sucedería en la playa. Los Hamptons estaban a un trecho larguísimo de donde estaba ahora, pero iría, incluso si me tomara hasta la medianoche.

—No puedo.

—¿Qué? Entonces hagámoslo mañana.

—No, yo… no puedo —. Su voz estaba ahogada en lágrimas.

El rechazo fue tan impactante que por un momento me costó respirar. —Está bien. Entonces, ¿cuándo vuelves a casa? Ya casi es Navidad. Vayamos juntos cuando regreses.

—No voy a volver a casa este año. Mis padres ya volaron a Los Ángeles para pasar la Navidad. Yo… —Su voz flaqueó, pero no retomó el hilo de sus pensamientos. Reflexioné sobre sus palabras. Si sus padres estaban allí, entonces probablemente la estaban presionando mucho.

—¿Se enteraron del compromiso?

—Sí.

—Por Dios, Cora, ¿por qué no me lo dijiste? —golpeé la pared lisa con la palma de mi mano, creando un fuerte *¡bang!*—. Eso es una noticia, ¿sabes? Es una jodida noticia que deberías compartir conmigo.

—No he tenido oportunidad —dijo, con la voz llorosa de nuevo—. He-he-he estado muy ocupada.

—¿Ocupada? Yo… —mi voz flaqueó mientras una marea de emociones me invadía—. Claramente. Estás tan ocupada que ni siquiera puedes hablar con tu prometido. ¿Cómo vamos a hacer que un matrimonio funcione si ni siquiera puedes hablar conmigo mientras estamos comprometidos?

—Axel, es que tú… estás *haciéndolo* otra vez —siseó ella.

—¿Haciendo qué?

—Estás siendo autoritario.

—¿Crees que el que yo quiera hablar con mi *prometida* es ser autoritario?

—Creo que haces muchas cosas de una manera muy autoritaria —soltó.

—Vaya. Esto es simplemente… vaya. Ni siquiera tengo palabras.

Un tenso silencio se instaló entre nosotros.

—Es como sacarte las palabras con tirabuzón para que hables por teléfono —solté—. Estoy sorprendido de que no estemos escribiéndonos por Instagram ahora mismo, ya que aparentemente es donde te encanta llevar nuestra relación ahora.

—Axel…

—Nunca pensé que llegaría el día en que tendrías que recurrir a las redes sociales para hablar conmigo. Podría resolver esto ahora mismo y enviarte un teléfono, pero no. Eso no es suficiente. ¿Por qué no me dices qué está pasando realmente, Cora?

Su voz estaba ahogada en lágrimas. —Creo que deberíamos tomarnos un tiempo.

Me quedé mirando la pared frente a mí durante tanto tiempo que olvidé dónde estaba. Pero las puertas dobles que se abrían para otros estudiantes me lo recordaron.

—¿Perdón?

—Y-yo… ya me oíste.

—Te acabo de pedir que te cases conmigo, ¿y ya se te enfriaron los pies?

—Sí.

—¿Después de tres años juntos?

—Axel…

—¿Por qué no me mandaste un mensaje por Instagram?

Ella suspiró temblorosamente, y se le escaparon sollozos silenciosos.

—Esto es una mierda. Voy a volar para allá para que podamos tener esta conversación en persona —. Me agarré el pelo de la frente con el puño, mi ritmo cardíaco casi en niveles fatales. Quería llorar, romper mi teléfono y hacer pedazos la pared de cemento, todo al mismo tiempo. Nada de esto tenía sentido. Ni un puto ápice.

—No puedes —dijo—. Mi papá está aquí.

—Me importa una mierda. ¿Qué importa él?

—No vengas —advirtió en voz baja—. No terminará bien.

—Ah, ¿y que tú me pidas un tiempo a más de tres mil kilómetros de distancia es el final feliz con el que soñabas? Cora, ¿qué carajo te pasa? En serio… ¿estás enferma? ¿Tienes un tumor cerebral?

Una risa suave se abrió paso entre las lágrimas, pero fue más triste de lo que jamás la había oído.

—Tú misma me dijiste que tu padre no importaba cuando se trataba de hacer funcionar nuestro futuro —escupí al teléfono. Un par de estudiantes aminoraron el paso al pasar a mi lado, y los fulminé con la mirada antes de girarme bruscamente para mirar otra parte de la pared—. ¿Por qué importa ahora? La única razón que se me ocurre para que rompas conmigo es que él te haya incitado a hacerlo.

—No lo hizo —dijo después de una pausa—. Es mi decisión. Creo que esto es lo mejor —. Más sollozos brotaron de ella—. Se me permite tener dudas.

—Dudas.

—Sí. He estado pensando en lo que quiero y simplemente…

—¿Tú qué?

Ella sorbió por la nariz. —Eres demasiado. Ni siquiera puedo funcionar cuando estoy cerca de ti. Verte y luego no estar contigo y luego… el futuro… es que yo…

Entonces estaba balbuceando, como si hubiera estado leyendo unas notas y se le hubieran caído a mitad de camino.

—No me creo esto ni por un segundo —. Sonaba como un robot. Como una imitación medio muerta de la mujer que amaba—. Estás actuando como una loca, pero podemos hablarlo. Por lo menos, necesitas que alguien verifique que estás bien.

—Estoy bien —insistió con una voz congestionada por las lágrimas.

—Sí, claro. Suenas muy bien.

Ella gimió. —Tengo que irme.

La línea se cortó, y me quedé mirando mi teléfono por unos momentos, preguntándome si realmente estaba despierto. Tal vez esto era parte de una pesadilla activa. Algo en lo que había caído debido a los exámenes.

Pero cuando accedí a mi historial de llamadas, la conversación de diez minutos estaba en la primera línea.

Esta mierda era real. Y mi mundo se estaba cayendo a pedazos oficialmente.

Recogí mis cosas y salí corriendo de la biblioteca.

Trace no estaría contento conmigo, pero necesitaba liquidar mis acciones.

No aceptaría un no por respuesta. No cuando necesitaba llegar a Los Ángeles para ayer.

CAPÍTULO DOCE

CORA

El timbre de mi teléfono en la otra habitación me provocó otra oleada de náuseas.

Me arrastré fuera del sofá y me tambaleé hacia el baño de la planta baja.

Vómito por ansiedad número cinco de la semana: listo.

Mientras me limpiaba la cara y me preparaba para recoger el teléfono, otra oleada de pavor me atravesó. Era una de las pocas constantes estos días, junto con la confusión absoluta y una pérdida profunda.

Sin mencionar una tristeza honda, punzante.

La decisión que había tomado de seguir el camino que Chris—y mi padre—querían para mí venía con un costo altísimo. No solo renunciar al hombre que amaba, sino arrancar de raíz toda mi vida como la conocía y empezar de nuevo.

PAPÁ: Los mudanceros llegarán en diez minutos. Prepárate.

Tomé aire con un temblor. Durante la última semana, empacadores habían ido y venido de mi condominio, preparando todo para trasladarlo. Casi no había prestado atención, salvo para indicarles que dejaran en paz las cosas personales debajo de mi

cama. Había reunido allí cada vestigio de Axel, evidencia del amor que mi padre jamás podría tocar, que nunca borraría.

Ese amor seguiría por el resto de mi vida, estuviera o no con Axel.

Porque no solo estaba aceptando lo que Chris quería para mí. También estaba haciendo lo mejor para Axel. ¿Cómo podía honrar a dos hombres a los que amaba tanto y que aun así se sintiera tan absolutamente desgarrador?

No tenía esperanzas de que esa sensación se fuera. Tenía las manos atadas. No podía contarle toda la verdad a Axel. Si lo hacía, perdería la cabeza. Pondría en riesgo su propio futuro. Arruinaría todo por lo que él y sus hermanos habían luchado.

Axel demolería su propia vida con tal de enfrentarse a mi padre. Y eso no ayudaría a nadie.

Si no otra cosa, quería que Axel y sus hermanos cumplieran sus sueños. Eso, al menos, podía dárselo.

Intenté mejorar mi aspecto frente al espejo del baño, pero era casi inútil. No había manera real de ocultar la hinchazón de haber llorado a diario durante las últimas tres semanas. El maquillaje ayudaba a que mi piel se viera menos pálida, pero nutrirme había pasado a segundo plano mientras lloraba la pérdida de Axel y trataba de racionalizar cómo podía hacerle esto. Hasta mi chef personal empezaba a preocuparse por lo poco que comía. Sabía que todos le estaban informando a mis padres, pero hasta ahora, mi madre y mi padre no me habían dicho una palabra sobre mi comportamiento alarmante.

Probablemente no les importaba. Su única preocupación era que Axel desapareciera de mi vida.

Y técnicamente, todavía no lo había logrado. Dos noches atrás logré pedirle un descanso por teléfono, metida en el clóset del departamento de una compañera de clase. Medidas extremas eran lo único que me quedaba en la caja de herramientas. Mi padre vigilaba mi uso del teléfono como un halcón, hasta el punto de a quién le enviaba correos y cuánto duraba cualquier llamada con un número de Nueva York, no fuera a ser que me estuviera comunicando a escondidas con Axel.

Después de que mi ama de llaves me delatara por usar su teléfono para llamar a Axel, mis opciones se redujeron a las redes sociales y la telepatía. Dos semanas atrás, mi padre me dijo que no se permitía más comunicación. Le aseguré que las cosas habían terminado.

Excepto que no. Y ahora Axel venía a LA.

Resaltando todo su plan por mensajes de texto que mi padre probablemente se estaba bebiendo como miel.

PAPÁ: El chofer viene muy cerca.

Entré tambaleándome al vestíbulo de mosaicos blancos de mi condominio, mirando a mi alrededor el entorno despojado. Todos los toques de color que había añadido—desde los emocionantes arreglos dorados de ramas decorativas hasta los pedestales de remolino negro que había elegido para mis velas favoritas—ya no estaban. Empacados. Esperando un nuevo hogar, en un vecindario nuevo. Amaba este lugar y no tenía ninguna intención de mudarme.

Mi padre había insistido en nuevos aires para mí. *Un hogar que encaje mejor con la futura CEO*, dijo. Pero en realidad, encajaba mejor con el CEO actual. Mi condominio era más bien pequeño, con solo dos recámaras de sobra, ninguna a la altura de los estándares de mi padre para quedarse a dormir. No es que alguna vez necesitara usar el condominio para quedarse, aunque creo que este aspecto influyó en la decisión de mejorar mi espacio.

Esta casa nueva costó tres millones, así, como si nada, y tenía dos recámaras principales. Sospechaba que mis padres planeaban quedarse con una para ellos–probablemente para poder vigilarme mejor durante sus visitas aleatorias y frecuentes a la costa oeste. Ubicada a un par de millas fuera de la ciudad, la casa estaba escondida en su propio oasis privado en Stanford. Vistas impresionantes de las montañas a lo lejos, junto con una alberca infinita empotrada que me suplicaba hacer una fiesta de inauguración.

Excepto que mi invitado favorito no podía asistir. Y por diseño de mi padre, ese mismo invitado ni siquiera sabía dónde quedaba esta casa nueva.

Otra oleada de tristeza me apretó el pecho, pero me la tragué cuando se escuchó un golpe en la puerta. Habían llegado los

mudanceros. Obligé una sonrisa como única forma que conocía y dejé a un lado las emociones que me tenían secuestrada desde hacía semanas.

—Señorita Margulis —dijo el hombre en la puerta tras consultar su orden de trabajo—. —Estamos listos cuando usted diga.

Nunca estaría lista. No en mi corazón. Todo mi mundo me había traído hasta este punto, pero por dentro todo en mí quería salir disparada en la otra dirección.

Lo único que me mantenía en el camino era el hecho de que sentía que era lo correcto. Darle a Axel y a sus hermanos la oportunidad de florecer. Elegir el negocio familiar. Convertirme en la CEO que mi padre y mi difunto hermano querían que fuera. Seguir este camino cuidadosamente trazado que se había construido, con paciencia, a lo largo de los años específicamente para mí. Aunque no me encantara, era lo correcto.

A veces las decisiones más difíciles son las correctas. Tenía una lista cada vez más larga de mantras que salpicaban mis horas despierta. *Tienes un legado que honrar. Nadie dijo que sería fácil.*

Les di indicaciones a los de la mudanza lo mejor que pude, sin perder de vista la caja de objetos personales. Conociendo a mi padre, no podía descartar que de alguna manera supiera que ahí estaban guardadas las últimas cosas de Axel, incluida la bolsita con cordón de vidrios de mar del mismo azul tormenta de sus ojos.

Cuando los de la mudanza estaban ya acomodando lo último en el camión, metí la caja bajo el brazo, tomé mi bolso y dejé que Randall, nuestro chofer de la Costa Oeste, me llevara a toda prisa a mi nuevo hogar.

Solo había estado aquí una vez antes, cuando mis padres me enviaron una larga lista de posibles propiedades para visitar. Di mis preferencias, pero esta ni siquiera estaba en mis tres primeras. Solo podía suponer que nos tardamos demasiado o ofertamos demasiado bajo para asegurar la casa que de verdad quería.

Y en serio, ¿qué importaba? Esto era un regalo. No podía decir nada. Aunque deseaba con desesperación escoger una casa yo misma, aunque mi opción fuera muchísimo más pequeña y en otra zona, así no funcionaba esta transacción.

Mi padre tomaba las decisiones.

Todo sucedía conforme a su gusto. A sus preferencias. A sus deseos.

Y todos a su alrededor solo miraban cómo el tornillo de banco apretaba cada vez más.

—Cariño. ¡Bienvenida a su nueva casa!— Mi madre me esperaba en la rotonda de losas de pizarra de la casa de estuco de dos pisos que, según la agente, había sido en sus inicios una residencia de Jennifer Aniston. Yo había visto a Jennifer Aniston en ese programa *Friends* que Axel me hizo maratonear con él en Netflix una vez, así que era un tema de conversación, si no otra cosa, para futuros invitados.

—Gracias, Madre.— Intenté otra vez la sonrisa forzada, pero no prendió. Mis mejillas se contrajeron y se rindieron.

Me saqué del auto como pude, con las extremidades perezosas y pesadas.

—Deje de encorvarse— soltó en voz baja —. Pensé que se le había quitado eso después de cumplir trece.

—Debo estar involucionando— murmuré, enderezando la espalda. Mi cuerpo claramente quería acurrucarse en posición fetal y quedarse así un año hasta metamorfosearse en una versión distinta, descansada y sin emociones de mí misma. Pero hasta entonces, encorvarme era lo único que tenía sentido.

—¿Todo salió bien en la casa anterior?

—Seguro. Sí. Genial. Está vacía y lista para la próxima persona.— Me colgué el bolso al hombro y agarré mi caja con recuerdos de Axel.

—¿Qué hay ahí?

—Solo mis cosas personales que no quiero que toquen los de la mudanza— le dije —. Mis aretes y pulseras y esas cosas.

Mi madre olfateó y asintió, ya sin escuchar. —Vine para ayudarla a instalarse. ¡Es un gran día! ¿No está encantada?

Encantada ni siquiera estaría entre las cien primeras palabras que usaría para describir cómo me sentía, así que solo dije: —Mmm. Sí.

Mi teléfono vibraba intermitentemente dentro del bolso, señal de mensajes entrantes. Seguí a mi madre por los escalones de mármol

mientras pescaba el teléfono.

Axel había escrito en Instagram: *¿Ya no te llegan mis mensajes? Acabo de intentar llamarte y va directo al buzón. ¿De verdad bloqueaste mi número?*

AXEL: ¿Cómo carajos pasas de comprometida a "tomarnos un tiempo" a bloquear mi número?

AXEL: ¡Cora, contéstame!

Las náuseas me revolvieron el estómago, erizándome la piel de los brazos. Yo no lo había bloqueado. No necesitaba adivinar quién sí lo había hecho.

—Cora, ¿está bien?— preguntó mi madre, pero su voz sonó a un millón de millas. La rocé al pasar y me dirigí al medio baño justo dentro del vestíbulo principal.

Abrí la puerta de golpe y me lancé al inmaculado inodoro, levantando la tapa a tirones para expulsar sin gloria otra ronda de bilis.

Me desplomé frente al inodoro y arcadié un par de veces más.

Los tacones de mi madre repiquetearon sobre las lisas losas grises. La puerta del baño se cerró un momento después, con mi madre del lado equivocado.

—¿Está embarazada?

Entrecerré los ojos con fuerza. —No.— *Estoy hecha pedazos por la vida.*

—Si lo está, tiene opciones— continuó en una voz baja y calculada —. Y si es de él, sugiero que nos encarguemos de esto de inmediato.

—Y... yo no...

—No se avergüence— aconsejó mi madre —. Todas hemos pasado por eso. Pero debe saber que habrá límites a nuestro apoyo si sí es de él y decide tenerlo.

Ahí estaba otra vez. La ilusión de elección. Me aparté del inodoro y llené los pulmones de aire.

—No estoy embarazada. Solo estoy jodidamente triste.

Frunció los labios. Me puse de pie tambaleante y ella me dio un apretón rápido en el hombro.

—Va a superar esto— dijo, quemándome con una mirada significativa —. Duele por un tiempo. Pero eventualmente se pasa.— Su garganta subió y bajó, y luego repitió: —Todas hemos estado ahí.

No sabía si agradecerle o apartarla. Así que me arrastré al lavabo para echarme agua en la cara.

—Supongo que la casa ya es mía— croé —. Una vez que vomitas en ella, ya es tuya.

Mi madre chasqueó la lengua. —No sea vulgar, querida. La espero afuera.

Rechiné los dientes mientras miraba mi reflejo. Había pasado horas afinando mi apariencia hoy, para verme sana, viva, compuesta. Pero bajo la capa de base, fijador y máscara de pestañas de larga duración, era una niña que solo quería que la abrazaran.

Axel se habría reído de mi broma y me habría abrazado hasta la mañana siguiente.

Aquí, en mi perfecto paraíso nuevo de estuco, los fríos vientos de la soledad amenazaban con congelarme en el acto.

Mi teléfono vibró sobre la encimera de mármol. Sabía que era Axel, porque iba a estar conectada a él hasta el día en que muriera.

AXEL: Me voy a LA esta noche. Vamos a resolver esto, Cora.

AXEL: Tienes que dejarme arreglar esto.

Pero no había solución. No para él.

Ya estaba todo arreglado, y él no podía formar parte del cuadro.

CAPÍTULO TRECE

CORA

Las siguientes veinticuatro horas transcurrieron dolorosamente lentas, cada hora una eternidad mientras esperaba lo que fuera que viniera después. El sábado temprano por la mañana, después de no haber logrado dormir la noche anterior, decidí que necesitaba llegar a un acuerdo con mi padre. Me levanté de la cama a las siete de la mañana, preparé el café más cargado que pude y lo llamé.

—¿Por qué llamas tan temprano? —preguntó mi padre en lugar de saludar—. No me digas que ya te quedaste afuera de tu nueva casa.

El nudo en mi estómago me obligó a ir al grano. —Axel viene en camino a Los Ángeles.

—¿Y?

—Viene a verme.

—¿Por qué *demonios* lo invitaste a verte después de nuestro acuerdo? —Su voz temblaba con una furia apenas contenida.

Sentí que se me revolvía el estómago mientras estudiaba el piso de piedra gris de mi cocina. Todo en este lugar era precioso. Simplemente no era lo que yo habría elegido. —No lo invité. Se lo digo porque intento ser una persona decente. Pero la verdad es que necesito verlo una última vez. Solo para terminar las cosas.

—Usted me dijo que todo había terminado.

—Es un proceso —le espeté—. Llevamos tres años juntos.

—Tres años no son nada.

—Para nosotros es mucho —dije, con la voz entrecortada—. No es como un interruptor de luz que apagas y ya. Hay sentimientos de por medio. Estas cosas son… delicadas. —No podía creer que tuviera que explicarle esto a un hombre adulto.

—Sea lo que sea, ahora estás oficialmente en una situación de negocios. Los negocios están por encima de las emociones. ¿Cuántas veces has oído esto en tu vida? ¿Cuándo lo vas a entender por fin?

Lágrimas calientes se agolparon en mis ojos. —Esta es una excepción a la regla. Axel no es un negocio. Sienta lo que sienta al respecto, hemos tenido una relación durante años…

—Y las relaciones terminan. Sigues adelante. Fin de la historia. ¿Es todo para lo que llamó?

Me estaba despachando. Todo en su tono decía: *es hora de colgar.*

—Le digo que solo necesito un último encuentro con él —dije en voz baja y temblorosa. Después de las últimas semanas, tenía los nervios destrozados, todas mis reservas de compostura agotadas—. Media hora. Eso es todo. La única razón por la que viene hasta acá es porque no he podido hacer la transición sin problemas.

—Eso suena a falta de una gestión decisiva.

Su insensibilidad intencionada pasó de ridícula a exasperante. —¡Por Dios, papá! ¡Era mi novio, no un maldito empleado! No puedo salir de esto como si fuera un negocio.

—Pero ahí es donde te equivocas, Cora. Puedes gestionar tu salida de cualquier cosa. Esta es una de las lecciones que tendrás que aprender rápidamente antes de tomar el control. Todo es una cuestión de estrategia. Y si eres inteligente —cosa por la que he luchado con uñas y dientes para asegurarme de que lo seas—, tu estrategia para tu pareja romántica estará estrechamente ligada a tu plan de negocios. Cuando un matrimonio se arregla correctamente, la pareja ideal no está muy lejos de ser un empleado asalariado de todos modos.

La tristeza me invadió en oleadas tan densas que amenazaban con ahogarme. *Cuando un matrimonio se arregla correctamente.*

—¿Así que cree que mamá es una empleada asalariada? —susurré.

—Es mi compañera perfecta —respondió, imperturbable—. En la familia y en los negocios. ¿Qué más podría pedir?

—¿La ama?

—Somos muy felices juntos.

Cerré los ojos con fuerza. —Por favor, solo déjeme ver a Axel una vez más.

—Absolutamente no. Espero que se esté instalando en la nueva casa.

La línea quedó en silencio.

Se me escapó un sollozo y me tapé la boca con una mano. Estaba tan cansada de llorar. Cansada de estar de luto. Cansada de esta tristeza que me pesaba en los huesos.

Y, sin embargo, me sentía condenada a vivir en este estado para siempre. Desde que Chris se había quitado la vida, las cosas habían ido de mal en peor.

Y ahora me veía forzada a apagar el único punto luminoso de mi existencia.

Revisé mi teléfono con desgano. Tenía que haber un plan de acción escondido en alguna parte. Sabía que Axel debía estar cerca. Si había salido de Nueva York anoche, probablemente llegaría en menos de una hora. Y tal vez por eso no había dormido anoche, sabiendo que Axel se acercaba a cada segundo. Reduciendo la distancia entre nuestros corazones. Poniéndonos al alcance de la mano, pero aun así a un mundo de distancia.

Miré mi teléfono sin saber siquiera qué buscaba. Axel iría al viejo apartamento. No sabía que me había mudado. Eso había sido a propósito.

No tenía forma de llegar al apartamento por mi cuenta. Randall no me llevaría; no necesitaba preguntar para saber que mi padre ya había puesto esa dirección en la lista prohibida. Y después de lo que pasó con mi ama de llaves, podía imaginar mejor las formas en que mi padre me vigilaba desde todos los ángulos.

La mordaza en la que vivía se apretaba más. Cada día que pasaba.

Y se sentía más apretada que nunca dentro de esta hermosa casa, impregnada del gusto y la vida de otra persona.

Aquí dentro, Cora Margulis no importaba. Solo era un peón en un juego más grande y más importante.

Y lo peor era que yo había elegido esto. No estaba loca; no estaba mal de salud; no había ningún psiquiatra que pudiera dar fe de mi estado mental incapacitado. Había elegido esta mierda, con mi propio cerebro y libre albedrío.

¿En qué te has metido?

Respiré hondo mientras miraba mi café, buscando respuestas en su color acaramelado.

Axel va a ir al apartamento.

¿Cómo podría estar allí con él?

La idea se formó menos como un rayo y más como una revelación glacial. La aplicación del timbre todavía estaba en mi teléfono. Lo que significaba que podía *verlo*, por lo menos.

Mi ritmo cardíaco se aceleró mientras pasaba de una pantalla a otra. Presioné el ícono, conteniendo la respiración.

El porche de mi antiguo apartamento, tranquilo y vacío, llenó la pantalla. Activé el sonido e incluso pude oír el piar lejano de los pájaros.

Mierda.

Coloqué mi teléfono en su base de carga y pegué los ojos a la escena de mi antiguo hogar. Me quedaría aquí todo el día mirando si fuera necesario, cualquier cosa por un atisbo de Axel. Esta era la peor despedida que podría haber imaginado para nosotros. Ni en mis peores pesadillas había previsto esta terrible conclusión.

Solo esperaba que hubiera alguna forma de poder arreglar las cosas para él algún día. Arreglar las cosas para *mí*.

Deambulé por mi cocina durante la siguiente hora, haciendo jugo y comiendo almendras, escuchando constantemente cualquier señal de movimiento en el apartamento. Un par de falsas alarmas me pusieron nerviosa: un grito lejano en la calle, los pasos arrastrados del cartero.

Los segundos se convirtieron en horas y, con cada tic-tac del reloj, sentía más ganas de salirme de mi piel. Axel tenía que estar cerca. ¿Dónde estaba?

Otra cafetera acababa de terminar de prepararse cuando oí los pasos. La respiración agitada. El *toc, toc, toc* contra la puerta principal de mi antiguo apartamento.

—Cora. Soy yo. —La voz rasposa de Axel hizo que mi taza de café cayera al suelo con estrépito. Se hizo pedazos a mis pies, pero no pude apartar la vista de la pantalla de mi teléfono.

—¡Cora! —Volvió a llamar, más fuerte—. Cora, estoy aquí.

Pasaron unos segundos en silencio y él apoyó las palmas de las manos en mi puerta principal. —Cora. *Por favor*. —Golpeó la puerta tres veces más.

Axel negó con la cabeza, pasándose los dedos por su cabello desordenado. Se puso las manos en las caderas, mirando hacia la calle, lo que me permitió vislumbrar su rostro.

Oh, qué estresado se veía. Qué demacrado, abatido y vacío. Me tragué una oleada de náuseas —demasiado familiares para mí a estas alturas— mientras asimilaba los efectos físicos de lo que le había hecho a este hombre. A *mi* hombre. El hombre que supuestamente amaba más que a nada ni a nadie en el mundo.

No había nadie vivo a quien amara más.

Pero de una manera retorcida, que yo lo lastimara lo beneficiaría. Esquivaría la ira de Allan Margulis. Axel pensaba que la opinión de mi padre no importaba, pero estaba equivocado. No había forma de escapar de mi padre cuando estaba decidido a cumplir su palabra.

Su promesa de arruinar a Axel me aterrorizaba.

—¡Vamos, Cora! ¡Abre! —El grito ronco de su voz me sacó de mi estupor. Luego se metió entre las plantas, ahuecando las manos alrededor de su cara mientras se asomaba por la ventana de la sala de estar—. ¿Qué carajos? ¿Dónde están todos los muebles?

Cuando regresó a la plataforma de cemento del porche, entrelazó los dedos detrás de la cabeza, mirando fijamente la puerta. No podía verle la cara, y habría dado casi cualquier cosa por hacerlo.

—Cora, ¿estás ahí? Solo necesito que abras —dijo finalmente, dejando caer los brazos a los lados. Miró a su alrededor, localizando finalmente la cámara de mi timbre—. Y esta vez, me miró directamente a mí. —¿Puedes hablar conmigo? Solo háblame, nena. Podemos resolver esto. Te lo prometo. —Sonaba roto, a un suspiro

de las lágrimas. Cada ápice de emoción nadaba en su rostro, un desfile descarado para que yo lo viera.

Tú le hiciste esto. Y ahora no puedes deshacerlo.

—No sé qué hice mal, Cora, pero te prometo que lo arreglaré. ¿Me oyes? Somos más grandes que esto. Somos mejores que esto. No puedes hacerme esto. No puedes simplemente darme con la puerta en la cara y huir.

Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras hablaba. Alargué la mano hacia él, agarrando el aire, mi corazón fragmentándose en pedazos mientras veía su hermoso rostro contraerse de dolor. Finalmente, volví en mí y busqué a tientas en mi teléfono, abriendo el botón del intercomunicador.

—Axel —solté ahogada.

—Cora. —Se le quebró la voz y se pellizcó el puente de la nariz—. Gracias a Dios. ¿Podemos hablar? ¿Dónde están todos los muebles? ¿Qué está pasando?

—Yo… yo ya no vivo ahí —dije, un sollozo se me escapó—. Mi papá me compró una casa nueva. No he podido contactarte a ti ni a tus hermanos a través de mi celular. Bloqueó todo. —Las palabras salían de mí a borbotones, desesperadas por decirlo todo en lo que parecían los pocos segundos que quedaban hasta que mi padre volviera a reprimir todo.

—Por Dios, Cora —gimió Axel, pasándose las manos por la cara—. Eres su puta rehén.

—Axel, deberías irte —dije temblorosamente. La seguridad llegaría en cualquier momento. No podía creer que realmente nos estuviéramos comunicando, y a través de una tecnología que mi padre pagaba.

—Sé que tu papá te está jodiendo por nosotros —comenzó, su voz quebrándose mientras miraba directamente a la cámara de nuevo—. Y he estado pensando en lo que dijiste… que tenías dudas y todo eso. Y está bien, está bien, yo solo… —Hizo una pausa, tirando del frente de su cabello mientras miraba hacia la calle y de vuelta a la cámara—. ¿No podemos hablarlo?

Mis lágrimas se habían convertido en sollozos. Él se merecía eso y mucho más. La desesperación se levantó como un tornado dentro de

mí, arrebatándome el aliento y la concentración.

—No quiero rogarte así para siempre, Cora —dijo Axel, con la voz quebrándose de nuevo—. ¿Estás ahí?

—Estoy aquí —dije. Las palabras de mi padre resonaban en mi cabeza, donde vivían permanentemente, manchando mi existencia. *Totalmente inferior en todos los sentidos imaginables.* Eso es lo que pensaba de Axel, pero yo sabía la realidad. Axel era el único hombre que había luchado por mí. Que pagaría un vuelo a través del país para llegar a mí aunque apenas tuviera dinero para vivir. No podía seguir robándole su amor y su energía cuando no llevaría a ninguna parte.

Solo me hacía sentir peor. Más egoísta. Más inútil.

—Encuéntrate conmigo. —La súplica que tensaba su voz provocó otra ronda de lágrimas—. Solo déjame ver tu hermoso rostro una vez más, nena. Sé que podemos resolver esto.

—No podemos, Axel —susurré, con la voz espesa por la emoción —. Simplemente no hay manera.

—No digas eso…

—No lo entiendes —espeté—. Estaba equivocada. Pensé que podría funcionar, pero no puede. ¿De acuerdo? Me equivoqué sobre nosotros. Te amo, Axel —solté ahogada, sintiéndome mareada y como si pesara mil kilos al mismo tiempo. Me sorprendía poder hablar a través de todas las lágrimas—. Pero el amor no es suficiente.

Usó el cuello de su camiseta para secarse el labio superior. Luego se secó una lágrima de la mejilla. —Maldita sea. ¿Te escuchas a ti misma?

Paseó por el porche un par de veces y luego volvió a presionar las palmas de las manos contra la puerta principal. Entonces desató su furia, golpeando tan fuerte que parecía que la puerta podría partirse en dos. *¡Bam, bam, bam!* Cada golpe perforó mi corazón aquí en mi nueva casa a las afueras de Stanford, y me cubrí la cara con las manos y sollocé.

—Cora, ¿te oyes? Estás llorando. Te tiene que estar obligando a decir esta mierda. ¿Con qué te está amenazando?

—Con nada —me obligué a decir tras un nuevo sollozo que me sacudió el cuerpo—. No sé qué más decirte. —Un mensaje de texto apareció en la parte superior de mi pantalla.

ALLAN: ¡¡¡Deja de hablar con él!!!

Podía imaginármelo intentando con todas sus fuerzas cerrar la aplicación desde dondequiera que estuviera. Probablemente había estado observando todo este tiempo, llamando a soporte técnico, derritiéndose en su forma silenciosamente letal. Me quedaban segundos con Axel. Si acaso.

—Por favor, solo intenta olvidarte de mí —susurré, ahuecando mi cara con las manos. Me dolían las mejillas de lo contraído que tenía el rostro por los sollozos. El llanto feo en su máxima expresión—. Sigue adelante.

La respiración de Axel se hizo más pesada, y luego se oyeron pasos adicionales. Dos hombres subieron al porche.

Los guardias de seguridad de mi padre habían llegado.

—Debe irse. Inmediatamente —declaró uno de ellos bruscamente.

—Qué puta sorpresa —dijo Axel, sin molestarse en ocultar la emoción que le ahogaba la garganta. Nunca lo había visto así antes. Tan roto. Tan en carne viva. Tan absolutamente devastado.

—Por favor, salga de la propiedad —dijo el otro guardia.

—Solo deme un segundo —dijo Axel, con los hombros caídos—. Estoy en medio de algo.

—No está en la lista de visitantes aprobados y va a tener que irse. Ahora. —La tercera advertencia fue la última. Ambos guardias agarraron a Axel. Él esquivó, pero contra cuatro brazos musculosos, no tenía ninguna posibilidad de evadirlos. Lo capturaron fácilmente, aunque luchó contra su agarre.

—¡Maldita sea! —espetó Axel, tratando de liberarse—. Los matones contratados por Allan, ¿eh? Cora, ¿ves esto? ¿Por qué no luchas por mí, joder? ¿Después de todo lo que hemos pasado?

Axel continuó despotricando contra mí y mi padre mientras los guardias lo arrastraban, pero cuanto más lo alejaban, menos podía oír. Se lo llevaron, con los brazos enganchados bajo sus axilas, hasta que finalmente la cámara mostró una escena tranquila en el porche una vez más.

Los pájaros piaban. La tuya, podada e impecable. El liquen de encaje trepando por la esquina del apartamento. Todo perfecto como en una postal.

La verdad yacía más allá de los bordes del encuadre.

Fragmentos de nuestros corazones estaban esparcidos por todas partes, justo fuera de la vista. Los restos rotos de nuestras promesas. Nuestras esperanzas. Nuestras expectativas. Ninguna de ellas pudo resistir lo que la vida me había deparado. La presión imposible que mi camino en la vida tenía reservada.

Solo podía imaginar lo destrozado que estaría Axel. No se recuperaría rápidamente de esto. Yo tampoco.

Ya me estaba culpando por ello. Tal vez debería haber reprimido mis sentimientos al principio. Tal vez podríamos haber evitado todo este dolor, desamor e incompatibilidad de caminos si hubiera visto las señales cuando nos conocimos. Y ahora era mi culpa que Axel se estuviera desmoronando, que se viera hundido y hueco. La razón por la que había estado estresado, preocupado y distraído.

Al igual que fue mi culpa no haberme esforzado más por salvar a Chris. Fue mi culpa haberme encerrado en mi propio mundo. Había elegido salir con mis amigos la noche que me envió su último mensaje. No lo había protegido del resplandor implacable de este mundo en el que habíamos nacido. Aunque era más joven, siempre lo había manejado mejor. Y siempre lo había sabido.

Yo llevaba cada onza de esta carga.

Una carga que solo podía soportar por el bien de los dos hombres que amaba más que a la vida misma.

CAPÍTULO CATORCE

AXEL

TRES MESES DESPUÉS

—Me gustaría mucho que lo reconsideraras —dijo Trace, con el ceño fruncido.

Damian me observaba, desaprobando, desde un costado de nuestro desgastado sofá de la sala. Estaban de pie sobre mí como si esto fuera una intervención y, en cierto modo, supongo que lo era.

Querían que continuara con mi MBA mientras todavía tenía la oportunidad de terminarlo de una vez por todas.

Yo, sin embargo, estaba en completo y jodido desacuerdo.

—Escuchen, sé que ustedes quieren que sea todo noble y justo en mi búsqueda de besarle el culo al todopoderoso imbécil rico, pero no voy a hacerlo. —Me crucé de brazos y me recosté en el sofá. Después de que Cora rompió conmigo antes de Navidad, prácticamente abandoné mis cursos de manera formal. Y claro que tampoco había pagado la matrícula del último semestre. Pero como eran buenos hermanos, les preocupaba la creciente cantidad de tiempo que pasaba caminando de un lado a otro en mi habitación y elaborando estrategias de negocio.

—No teníamos suficiente dinero para que los tres termináramos nuestras maestrías —continué—. Honestamente, ya saqué lo que necesitaba del programa. No puedo concentrarme más en las teorías de mierda. Solo necesito sumergirme de cabeza en nuestro negocio. Estoy listo.

La concentración en cualquier cosa que no fuera un progreso tangible era una amenaza. Una posibilidad de que me deslizara por la resbaladiza pendiente de la autocompasión, hasta el fondo del pozo de anhelo que todavía burbujeaba dentro de mí. Cualquier paso en falso era una oportunidad para perder la puta cabeza de nuevo por Cora.

Había pasado los últimos meses en una agonía insoportable, analizando y repasando cada palabra que habíamos compartido en el último mes de nuestra relación. Recordando la pura alegría en su rostro la noche que le pedí que se casara conmigo, y luego desmenuzando cada segundo después de eso, tratando de descifrar qué la había hecho cambiar de opinión.

Su padre ejercía un poder inmenso, pero no controlaba sus emociones.

Puede que Cora haya sido coaccionada, pero tomó la decisión por sí misma.

—Piénsalo de esta manera —dijo Trace, pasándose una mano por su espeso cabello oscuro—. Somos un equipo. Un trío. Y todos necesitamos tener nuestros malditos MBA.

—Ya terminé de jugar su juego —dije, apoyando los pies en la mesa de centro—. Dos de tres con MBA no está mal, caballeros. Ahora pueden tomarlo o dejarlo, y los convenceré de que lo tomen. Necesito ser nuestro vendedor, y podría hacer este trabajo incluso sin mi licenciatura.

Damian me miró por encima de sus lentes redondos. —¿Vas a ser nuestro hombre clave en cada una de las transacciones comerciales… y quieres entrar ahí sin tu puto MBA?

—Sí —resoplé—. Iré a terminarlo algún día si quieres. ¿Pero por ahora? Necesitamos hacer despegar este negocio. No tenemos el dinero para que Damian y yo nos graduemos en mayo ahora que tú estás fuera, Trace. Yo seré el sacrificio virginal aquí.

Trace bufó. —Sí. Virgen mis polainas.

Me aclaré la garganta. Mi esperanza tardó aproximadamente un mes en morir por completo, y entonces recurrí a la única vía de escape que conocía: coños sin fin. Durante tres semanas me volví loco, cogiendo por todo el Bajo Manhattan una vez que realmente me di cuenta de que Cora se había ido para siempre.

Tres meses después, el dolor no había disminuido. Solo se había extendido a nuevos extremos. Como la hiedra venenosa, extendiéndose silenciosa y territorial, advirtiendo a cualquier humano que se atreviera a cruzar su camino. Y se estaba retorciendo en nuevas formas. Empujándome a situaciones aterradoras. Provocando nuevos tipos de pensamientos. Rompiendo barreras que antes había considerado infranqueables.

Y a pesar de lo enojado que todavía estaba, de lo herido y desconsolado, no podía decir que la rechazaría si apareciera en mi puerta mañana. Como Cora dijo una vez: *no se vuelve más fácil, solo te acostumbras a ello.*

No estaba seguro de si alguna vez me acostumbraría a esto.

Estaba tan jodidamente mal. Toda la situación apestaba a mierda. Nunca había estado tan confundido, ni siquiera después de entrar en el sistema de acogida y luchar por echar raíces junto a Damian, lamentando la pérdida de nuestras hermanas menores.

Lo que pasó con Cora fue una nueva profundidad de pérdida, algo que nunca había sentido antes y que no quería volver a sentir jamás.

—No sé qué quieren que les diga —continué, arrastrando las manos por mi cara—. He querido renunciar desde hace dos semestres. Y ahora, financieramente, uno de nosotros tiene que abandonar. No recibiremos nuestros dividendos hasta el trimestre después de la graduación, así que estoy dispuesto a hacerlo. Y mientras tanto, he estado trabajando de sol a sol para poner nuestras cosas en marcha en la dirección correcta. Se los prometo. Con MBA o no, estos hijos de puta no sabrán qué los golpeó. ¿Y honestamente? Quiero mostrarles lo que un chico de Kentucky puede hacer *sin* un MBA.

Una sonrisa asomó a los labios de Trace. —Sabes, lo que da miedo es que incluso cuando tienes ideas extravagantes y completamente ridículas, todavía te creo.

—Entonces estoy haciendo mi trabajo.

Damian se quitó los lentes y dedicó un momento a limpiarlos con el borde de su camisa. Cuando se los volvió a poner, se inclinó tan cerca que pude ver las motas amarillas en sus ojos verdes.

—¿Realmente quieres hacerlo de esta manera?

—Sí.

La mandíbula de Damian se tensó. —Bien. Pero no tienes mi permiso para cagarla. Hay demasiado en juego. No solo estamos tratando de pagar la universidad y salir de deudas. Esto es por Jordan y Kaylee.

Mencionar los nombres de nuestras hermanas menores fue un golpe de realidad. Aparté la vista, estudiando la constelación de luces de la ciudad visibles fuera de la ventana de nuestro quinto piso. Un silencio palpitó entre nosotros, la energía oscilando entre tensa y sombría.

—¿Crees que no lo sé? —logré decir finalmente.

—Por supuesto que creo que lo sabes —dijo Damian, esta vez más suave—. Pero estoy diciendo que necesitamos darle a este negocio todo lo que tenemos. *Tiene* que funcionar. Y por lo que veo, tenemos una sola oportunidad.

—Cualquier cosa que hagamos para establecernos —dijo Trace—, se va a convertir en parte de nuestra reputación. Necesitamos andar con cuidado. Pero necesitamos actuar con decisión.

—Tengo decisión de sobra. Y tengo mis botas de goma, así que puedo andar con cuidado por cualquier mierda que la gente decida lanzarnos. Demonios, entre esas dos cosas y tres cuartas partes de un título de la Escuela de Negocios de Columbia, creo que estoy tan listo como nunca lo estaré para dirigir la firma como director ejecutivo. Un trozo de papel de la universidad no va a cambiar mucho. Nosotros tres podemos cambiar el mundo.

Damian asintió, cediendo finalmente. Caminó lentamente por la sala de estar, con los brazos cruzados con fuerza.

—*Vamos* a cambiar el mundo —prometió.

—Siempre y cuando tengamos la cabeza fría. Estemos concentrados. Y podamos mantenernos fuera del foco de atención —añadió Trace.

—Toda publicidad es buena publicidad —dije—. Es inevitable que aparezcamos en los tabloides una vez que seamos lo suficientemente ricos. Es solo cuestión de tiempo.

—Bien. Foco de atención limitado entonces —concedió Trace—. Al menos minimizar el foco de atención para los asuntos no relacionados con los negocios.

—Esa es una buena distinción —señaló Damian—. Porque el algoritmo que preparé va a llamar la atención. No vamos a poder pasar desapercibidos, así que tenemos que tener el historial limpio. —Cuando Damian hablaba así de lo que preparaba mientras programaba, yo le creía. El hombre era un genio. Podía hackear cualquier computadora e incluso se había metido en archivos del Pentágono una vez por diversión en la universidad. El algoritmo que había creado se convertiría en la base de nuestro enfoque de gestión de patrimonio.

En otras palabras, era lo que nos convertiría en *la crème de la crème* de las finanzas.

—Estoy bien con eso. —Apreté mis rodillas, cada centímetro de mi ser ansioso por poner este espectáculo en marcha. Cada paso más cerca del éxito equivalía a más distancia entre el recuerdo de Cora y yo. Mi meta era erradicarla por completo de mis pensamientos conscientes. A este ritmo, podría tardar una década en lograrlo—. Mantendré mis rollos de una noche a un nivel discreto. Y ni siquiera tenemos que preocuparnos por ustedes dos en ese departamento. —Sonreí con suficiencia.

—Ah, ¿no? —Trace enarcó una ceja—. Actúas como si se nos hubieran caído las vergas.

—Porque así fue. —Extendí la mano para golpear a Trace en la entrepierna, pero él detuvo mi puño. Tuvimos una breve batalla de fuerza antes de que yo cediera.

—Conseguimos lo que necesitamos —dijo Damian.

—¿Qué es, una vagina de bolsillo? —bromeé.

Los labios de Damian se afinaron. —Solo porque no ande presumiendo mi verga como tú estos días no significa que no me divierta.

—Amigo, si no presumo mi verga, me volveré loco —le dije con seriedad. La tristeza me atenazó de nuevo, una dolorosa llave de estrangulamiento—. Necesito mi mecanismo de afrontamiento.

—Déjalo en paz —reprendió Trace a Damian—. Al menos no son drogas o alcohol.

—… *en ocasiones* —aclaré. La verdad era que había estado bebiendo mucha más cerveza y whisky que nunca. Pero algunas noches, era la única manera de hacer que los pensamientos sobre Cora se detuvieran. El sexo apagaba mi cerebro en las noches en que los recuerdos eran más ruidosos. El alcohol adormecía el dolor cuando sentía que me ahogaría en lo mucho que todavía la amaba.

Y en el fondo, no estaba seguro de que este sentimiento fuera a desaparecer de verdad. Sabía que el tiempo curaba todas las heridas, pero esta era una herida desagradable que había cortado en un lugar que quizás nunca se recuperaría.

—El punto es que estoy listo para apostarlo todo. *Ahora.* Porque la alternativa no es bonita. Estoy harto de andar corto de dinero y de esperar a que los dividendos lleguen a la cuenta bancaria. Estoy harto de pagar la comida china con criptomonedas porque nuestros activos están inmovilizados hasta alguna fecha futura al azar. Quiero que tengamos un puto penthouse con vistas y tanto dinero que estemos donando a organizaciones benéficas *semanalmente*. Nadie tendrá miedo de invertir con nosotros, porque Fairchild Enterprises se convertirá en *el* nombre de la riqueza. Esa es una puta promesa.

—Dios, me encanta cuando te pones así —dijo Trace con una sonrisa.

—Y con este algoritmo, vamos a hacer lo correcto por Jordan y Kaylee. No bromeaba cuando dije que estos imbéciles ricos no sabrán qué los golpeó. Estaremos inyectando su propio dinero de vuelta en las comunidades que más apoyo necesitan.

—¿No sería divertido investigar personalmente a cada cliente, averiguar su punto débil y poner el dinero ahí? —dijo Damian, con un brillo malévolo iluminando sus ojos.

—Oh, me gusta cuando te pones diabólico —dije.

—Para que lo pienses —dijo Damian encogiéndose de hombros—. Si tenemos el personal, podríamos averiguar dónde canalizamos sus extra-versiones. —*Extra-versiones* era nuestro término interno. Significaba los porcentajes que planeábamos tomar, no como nuestra tarifa de servicio, sino como nuestra tarifa de caridad, integrada en el esquema de inversión para que nuestros clientes no tuvieran idea de que estaban alimentando silenciosamente con dinero a los servicios sociales y organizaciones benéficas.

Era un área moralmente gris y una en la que nos complacía entrar. Después de todo, Trace invertiría el dinero tan bien que nuestros clientes no tendrían motivo para quejarse. No les faltaría nada. Y nosotros estaríamos cobrando lo que parecía una tarifa de servicio.

Todos ganaban.

—Sabes que me apunto a eso —dije—. Y estaría extasiado si pudiéramos conseguir a Allan Margulis como cliente en el futuro y enviar una porción aún mayor de sus ganancias directamente al sistema de acogida de Kentucky.

Damian se rio entre dientes. —Sí. Buena suerte consiguiéndolo.

—Hablo en serio —dije.

—Sé que hablas en serio —replicó Trace, lanzándome una mirada severa—. Pero no vamos a buscar al Papá Imbécil, ¿de acuerdo? Él no es nuestro objetivo.

Me aclaré la garganta para evitar responder como realmente quería.

Allan Margulis *era* mi objetivo. ¿Cómo podría no serlo?

Me había meado encima desde el primer día. Me había ignorado de todas las formas posibles. Me había menospreciado en mi cara. Había impedido que su hija me viera. Y sin duda una lista entera de cosas aún peores de las que yo no sabía. *Todavía*.

Porque me enteraría de ellas.

No, Allan Margulis no era solo un objetivo; él y todo su asqueroso imperio eran *el* objetivo.

No estaba contento dejándolo que me aplastara hasta el olvido. Allan Margulis tenía prácticas sucias, y no permitiría que dictaran mi futuro. De hecho, fue precisamente porque él quería declararse amo

de mi destino que mi motivación se había afilado hasta convertirse en una daga.

Le había prometido que pondría en marcha mi negocio para demostrar mi valía y mantener a su hija.

Ahora esa promesa se había convertido en una amenaza. Más le valía rezar para que no cumpliera mi palabra. Porque una vez que mi negocio se catapultara a la estratosfera, iría a por él.

A por todos ellos.

No sabía cómo, pero me aseguraría de conseguir lo que quería de la familia Margulis.

Venganza.

FIN

¡La historia de Axel y Cora está LEJOS de terminar! Descubre lo que sucede ocho años después en *El Precio de la Venganza*, la primera novela completa de la serie.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría sido posible sin la generosa flexibilidad de mi esposo Jorge y nuestros hermosos niños, para quienes ya es una escena familiar verme sacar la computadora en los viajes por carretera o durante la cena.

Un agradecimiento especial a mi increíble equipo de lectores beta, que siempre encuentran tiempo para darme sus opiniones, comentarios e ideas para mejorar mi trabajo. Una mención especial para Rebecca Hamilton, cuyos increíbles métodos ayudaron a dar forma a toda esta serie.

Hay muchísimas personas e influencias tras bambalinas por las que estoy constantemente agradecida. Y lo más importante, gracias a todos los que me han apoyado a lo largo de los años compartiendo, comprando o leyendo mi trabajo. Significa más para mí de lo que jamás podría expresar.



¿QUÉ TAL OTRA PRECUELA GRATIS?

Dale una probada a mi mundo de romance deportivo de MMA ambientado en Los Ángeles con la serie Breaking. ¡Te enviaré *Breaking the Hate* **gratis** cuando te suscribas a mi boletín de noticias! Al unirte, también recibirás información sobre próximos lanzamientos, ofertas y otras noticias emocionantes. ¡Genial!

O únete a mi grupo de lectores, EMBER'S BLOSSOMS, ¡para pasar el rato de una forma más cercana y personal! Vistazos anticipados a nuevas portadas, acceso exclusivo para registrarse a las ARC y más.

FACEBOOK
INSTAGRAM
GOODREADS
BOOKBUB
http://www.emberleighromance.com/

Y antes de que te vayas...

¡Por favor, considera dejar una reseña honesta sobre este libro! Incluso solo unas pocas palabras o una línea significan mucho para nosotros los autores.

OTRAS OBRAS DE EMBER LEIGH

LOS CHICOS MALOS DE WALL STREET

El Precio de la Venganza

El Precio de la Pasión

El Precio de la Infamia

El Precio del Para Siempre

WINTER HARBOR

(coescrito con Whitley Cox)

El Heredero Bastardo

El Heredero Imbécil

El Heredero Rebelde

Los Herederos Casamenteros

SERIE BAYSHORE

Hazme Perder

Hazme Caer

Hazme Tuya

Hazme Elegir

Hazme Arder

Hazme Sonreír

SERIE BREAKING

Rompiendo las Reglas

Cambiando el Juego

Rompiendo al Pecador

Rompiendo el Hábito

Amortiguando la Caída